Gino Germani
Torcuato S. di Tella
Octavio Ianni

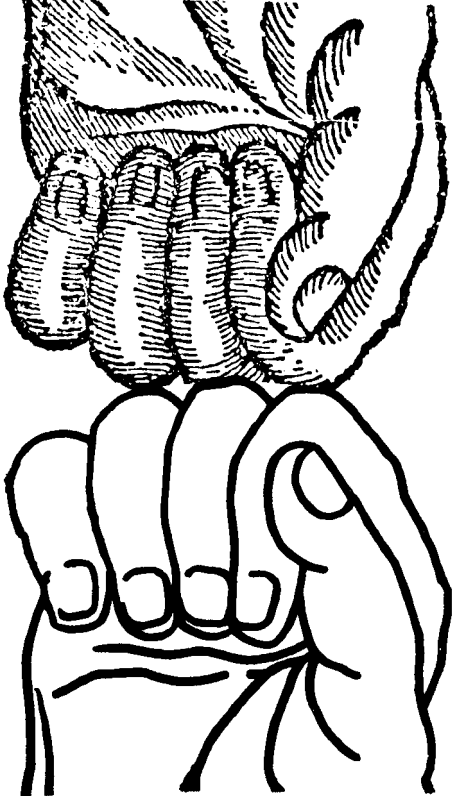
Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica

Serie popular Era

Serie popular Era/21

Gino Germani
Torcuato S. di Telia
Octavio Ianni

Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica



Gino Germani
Torcuato S. di Tella
Octavio Ianni

Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica

Selección y presentación de Octavio Ianni

Serie popular Era

Primera edición: 1973
DR © 1973, Ediciones Era, S. A.
Avena 102, México 13, D. F.
Impreso y hecho en México
Printed and Made in Mexico

INDICE

Presentación, 9

Gino Germani
Democracia representativa y clases populares, 12

Torcuato S. di Tella
Populismo y reformismo, 38

Octavio Ianni
Populismo y relaciones de clase, 83

PRESENTACION

La problemática del populismo latinoamericano sigue siendo uno de los hechos al mismo tiempo políticos, económicos y sociales más importantes de la historia de América Latina. Si es verdad que el populismo corresponde a una experiencia pasada para algunos países, también es verdad que algunos otros parecen ingresar en nuevas experiencias de populismo, autoritario o democrático, militar o civil. En especial, nadie duda de que los Estados, movimientos, partidos, clases sociales, líderes e ideologías populistas representan una etapa fundamental de la historia de Latinoamérica. En el centro de esa historia están formas particulares de organización y desarrollo de las relaciones y antagonismos de clases en la mayoría de los países de América Latina.

Todos los que estudian o piensan sobre los problemas políticos, sociales y económicos de las naciones de Latinoamérica se ven obligados a enfrentarse con hechos como los siguientes: peronismo, varguismo, cardenismo, aprismo, velasquismo, gaitanismo, perezjimenismo, bonapartismo, nasserismo, populismo militar y varios otros. En muchos casos, esos hechos políticos y sociales están relacionados a otros, también muy importantes para la interpretación de América Latina: nacionalismo económico, antimperialismo, desarrollismo, industrialización, urbanización, migraciones internas, emancipación económica, política exter-

na independiente y otros. Esos son los hechos sociales, políticos y económicos que componen la problemática del populismo latinoamericano.

Los ensayos reunidos en este libro son un aporte fundamental para la discusión e interpretación de la problemática populista. No hay duda de que todavía hay aspectos importantes del populismo por estudiar; y que algunos de sus rasgos específicos en cada país están por ser mejor estudiados. Pero los estudios hasta ahora realizados revelan ya algunas de las características básicas de los Estados, movimientos de masas y partidos políticos populistas latinoamericanos. Los que aquí se reúnen son una muestra representativa de los intentos realizados. Además de eso, ellos señalan problemas empíricos y teóricos sobre los cuales todavía hay que trabajar. En conjunto, estos ensayos pueden ser considerados tanto como una contribución al estudio de las varias formas de populismo como a la interpretación de la historia de América Latina en las últimas décadas.

Hay también una contribución particularmente fundamental en estos ensayos. En ello se hacen análisis e interpretaciones algunas veces bastante originales, sobre las relaciones y las contradicciones de clases en Latinoamérica. Este es uno de los principales intentos de estos ensayos: señalar algunas formas concretas de organización y desarrollo de los antagonismos de clases en los países de América Latina.

Por último, debemos señalar que los problemas que se enfocan en estos ensayos y algunas de las interpretaciones e hipótesis que se presentan pueden proporcionar algunas perspectivas nuevas a la

comprensión de las condiciones de cambio, reforma o revolución en Latinoamérica.

Octavio Ianni

México, noviembre de 1972

Gino Germani
DEMOCRACIA REPRESENTATIVA Y CLASES POPULARES*

Para comprender la conducta política de las clases populares de América Latina es preciso recordar, primero, un rasgo general de los países subdesarrollados: la simultaneidad de lo "no contemporáneo". Se trata de un fenómeno muy conocido del que haremos aquí sólo una breve mención.[1] Sus manifestaciones más visibles son, indudablemente, lo que podríamos llamar: asincronismo técnico y asincronismo geográfico; o sea, la utilización de los adelantos más recientes de la técnica al lado de la supervivencia de instrumentos ya caducados, o bien, el contraste entre "regiones evolucionadas" y "regiones atrasadas" en un mismo país. Así se dice del Brasil que en él se puede pasar de la época nuclear a la edad de piedra, en pocas horas de viaje en avión. Igualmente, todos los aspectos de la estructura social pueden ser asincrónicos: tanto sus elementos psicológicos como la "superficie" material y ecológica. Dentro de la misma región –lo mismo que dentro de regiones ecológicamente diferentes–, coexisten grupos "avanzados" y grupos "atrasados". Unas normas contradictorias (las correspondientes a unos estadios anteriores de la sociedad y las que surgieron bajo el efecto de cambios de diversa índole, producidos en otros sectores de la estructura) pueden continuar rigiendo la misma institución, con tal que unas y otras guarden cierta legitimidad. De modo análogo, pueden coexistir actitudes, creencias y valores que "corresponden" a épocas diversas.

Es evidente que la noción de "correspondencia", lo mismo que la de "arcaísmo" o de "supervivencia", está

* Publicado por Alain Touraine y Gino Germani en *América del Sur: un proletariado nuevo.* Ed. Nova Terra, Barcelona, 1965.

1 Se trata aquí de una aplicación de la noción clásica del "desfasamiento cultural" *(cultural lag)*.

sujeta a ciertas deformaciones: los grupos "atrasados" contemporáneos no son una reproducción fiel de sus equivalentes tradicionales, es decir, anteriores al comienzo de la transición hacia estructuras modernas. Un país, un sector, un grupo social o un rasgo de la cultura se vuelven "atrasados", cuando otro país, otro sector, otro grupo social u otra institución sufren una modificación juzgada como "avance", "progreso" o "desarrollo" no solamente por los actores del cambio, sino también por aquellos a quienes no afecta el cambio. Una sociedad tradicional, aislada y fuera de comunicaciones, no es subdesarrollada por sus propios miembros; pero lo será cuando estos miembros se hallen en una condición de dependencia –política, económica, cultural– frente al mundo "desarrollado". Al mismo tiempo, si el *pattern* tradicional subsiste enteramente, no se puede afirmar que dicho *pattern* sea el mismo que era antes del conocimiento del hecho del desarrollo insuficiente. Asi, excepto el caso de un aislamiento económico, político y psicológico total, toda estructura "arcaica", todo grupo social "atrasado" ha sufrido alguna modificación respecto al *pattern* tradicional. Ciertamente, el grado de esas modificaciones puede variar considerablemente, tanto desde un punto de vista cualitativo como cuantitativo. El modo más fácil y corriente de la determinación de ese grado consiste en examinar la posición del grupo o del rasgo en cuestión, dentro de la continuidad de "sociedad tradicional-sociedad industrial". La mayoría de los autores, explícita o implícitamente, emplean esta caracterización u otra análoga y, aunque no es necesario llamar la atención sobre los graves peligros y los límites de un método semejante, parece ser que nosotros tampoco disponemos de otro medio para tratar el tema propuesto con concisión. No obstante, es preciso observar que las modificaciones sufridas por un grupo "atrasado", pueden ser de orden psicológico (cambio de actitudes, difusión de nuevas ideologías, etc.) o de orden subjetivo (cambios en la organización económica, en la estructura

demográfica o ecológica, en las diferentes instituciones, etc.) o aun cambios que afectan a los dos órdenes, si bien con una intensidad desigual. A veces, los cambios de orden psicológico preceden a los cambios objetivos (tal es el caso llamado la *revolución de aspiraciones*) y, en otros casos, el orden se invierte (por ejemplo, la implantación del trabajo industrial y la permanencia de actitudes tradicionales). Con más frecuencia todavía, los dos procesos corren paralelos y, en este caso, lo esencial es la diversidad de contrastes que pueden surgir de la yuxtaposición de elementos, objetivos y psicológicos, situados en diversos grados de "avance" o de retraso, según lo hemos visto más arriba.

Para la comprensión de la conducta política de las clases populares en la América Latina, también es preciso tener en cuenta los modelos opuestos del desarrollo económico, propios de Europa occidental y de los Estados Unidos, de la URSS, de China y, finalmente, de casos diferentes como Yugoslavia, Egipto y la India. Igualmente, es indispensable recordar la evolución interior de cada uno de estos modelos, particularmente, la del occidental, desde su fase liberal hasta el *welfare state* y el consumo de masas.[2] Los fenómenos bien conocidos del *demostration effect* deben considerarse como factores muy importantes para la determinación de la conducta política, tanto de las clases populares como de los grupos medios y superiores.

La evolución de los países iberoamericanos puede ser resumida como una serie de seis estadios sucesivos y, por consiguiente, el estado actual de cada país puede ser determinado con respecto al estadio al que haya llegado en el proceso de transición. A pesar de conocer los límites de este esquema, continuaremos utilizándolo en consideración a su valor práctico. Ha sido empleado ya en otro

2 Según la terminología empleada por W. W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1970.

estudio[3] y, por consiguiente, nos limitaremos a desarrollar aquí sólo aquellos de sus aspectos que conciernen de un modo más directo a la posición política de las clases populares. Los seis estadios son los siguientes:

I Guerras de liberación y proclamación formal de la independencia.
II Guerras civiles, caudillismo, anarquía.
III Autocracias unificantes.
IV Democracias representativas de participación "limitada".
V Democracias representativas de participación "extensa".
VI Democracias representativas de participación "total"
VIa (Como una alternativa posible de estas tres formas de democracia): Revoluciones "nacionales-populares".

Durante los dos primeros estadios, cuya duración fue distinta en los diversos países, no ocurrió casi ningún cambio en el *pattern* tradicional de la estructura social. Las élites criollas, dirigentes de las revoluciones contra el poder colonial en la mayoría de los países, trataron de superponer las formas modernas de un Estado nacional de democracia representativa sobre la sociedad tradicional. Esta tentativa estaba condenada al fracaso. Por una parte, faltaba la base humana indispensable: las burguesías nacionales no estaban aún suficientemente desarrolladas y casi ningún sector de las clases populares estaba bastante "modernizado". Por otra parte, el vacío producido por la destrucción de la organización colonial y el aislamiento cultura y geografico de la mayoría de la población constituían un obstáculo insuperable.

La primera fase, independencia formal, fue seguida así

3 G. Germani y K. Silvert, "Politics, social structure and military intervention in Latin America", *Archives Européennes de Sociologie*, 1961, n. 1.

por una segunda etapa, caracterizada por un grado muy elevado de desintegración: anarquía y caudillismo. Consistía en una fragmentación política y geográfica, en luchas perpetuas de jefes locales, en las que los caudillos sudamericanos, no obstante, representaban a su manera una forma elemental de democracia autoritaria, en comparación con las tendencias aristocráticas y hasta monárquicas de las élites liberales. El régimen de los caudillos, que se basaba principalmente en un lazo personal de lealtad y admiración de las virtudes del jefe, que procedía frecuentemente del pueblo y hasta de grupos étnicos menospreciados –mestizos, indios, mulatos o negros–, significó, en suma, la conservación del *pattern* tradicional de la estructura social. En muchos casos, un caudillo fue capaz de instaurar una dictadura personal lo bastante fuerte para asegurar la unidad del país y mantener cierto orden. Tan sólo el tercer estadio, el de las *autocracias unificantes,* a pesar de que continuaba a veces con el aislamiento y con la inmovilidad de la estructura tradicional, era el que favorecía en otros casos a una modernización económica y social: por ejemplo, por medio de la inversión de capitales extranjeros, el desarrollo de la inmigración, la integración del país en la economía mundial (aunque bajo formas coloniales, exportando materias primas), la construcción de medios de transporte, algunos progresos en el campo de la educación, etc. La transición al cuarto estadio: *democracias de participación limitada* (llamado comúnmente en la América Latina: "la oligarquía"), se ha efectuado bajo formas muy diversas: a veces ocurrió muy pronto, como en Chile, después de Portales; a veces, a partir de la segunda mitad del siglo, como en la Argentina, después de Rosas; a veces, incluso, a finales del siglo XIX y principios del XX, como en Uruguay, después de los tres dictadores que dominaron al país entre 1870 y 1903. Se puede considerar, aunque con muchas reservas, que en el Brasil, después de la desaparición del "poder moderador" de la democracia coronada de Pedro II, y el advenimiento de la

República, se ha realizado una transición análoga. El caso de Costa Rica, excepcional en América Latina por su estructura agraria, cuya base se forma por un amplio sector de campesinos propietarios, también muestra una transición semejante a una forma estable de la democracia representativa, sobre todo después de 1889, año de las primeras elecciones libres. Finalmente, se ha de citar el caso de Colombia que, a partir del fin del siglo XIX, consiguió instaurar un régimen de democracia "limitada", sólida, aunque sufriendo a veces interrupciones.

En el resto de los países de Iberoamérica, existe el círculo vicioso: autocracia, crisis de sucesión, tentativa fracasada de instaurar un régimen democrático y, finalmente, nueva autocracia. Este estado de cosas dura hasta nuestros días, y sólo en el transcurso de las últimas décadas (principalmente, a partir de 1955) se han efectuado en varios países nuevas tentativas de adoptar formas más avanzadas de gobierno.

Estos cambios políticos recientes, que son la expresión evidente de modificaciones sustanciales y aceleradas que se producen en la estructura social de todos los países de América Latina, han motivado la desaparición de casi todos los regímenes autocráticos (casi siempre de tipo militar) con excepción de Paraguay y de la República Dominicana. No obstante, las tentativas más recientes de democracia representativa en Venezuela, Ecuador, Perú y en otras naciones, tienen que enfrentarse con graves amenazas interiores. Al mismo tiempo, y de una manera paradójica, los países incluidos en el primer grupo, los que alcanzaron ya cierta permanencia y normalidad en el grado de la democracia "limitada", presentan actualmente graves signos de inestabilidad. Dos de ellos, el Brasil y la Argentina, han conocido ya la experiencia de regímenes autoritarios y, en el caso del segundo, una intervención creciente del ejército en la vida política, después del golpe de Estado de 1930 que derrocó a un gobierno legal. Sin embargo, tanto en los países donde la fase de la demo-

cracia representativa acaba de comenzar, como en aquellos que volvieron a las dictaduras, militares o no, después de un largo periodo de gobierno parlamentario más o menos normal, el significado de la inestabilidad actual es completamente diferente de los acostumbrados pronunciamientos militares, característicos durante la segunda y tercera etapas de nuestro esquema. La novedad consiste, como es sabido, en la participación activa de amplios sectores populares que, hasta ahora, permanecían aletargados manteniéndose al margen de la vida política.

La democracia representativa de "participación limitada" presenta cierta estabilidad en los países cuya estructura económica y social está lo bastante avanzada para crear una clase media urbana que, aunque sea limitada a una parte pequeña de la población (por ejemplo, 10 o 15%), logra adquirir cierta importancia política por su concentración ecológica en pocas ciudades o en una sola y por las funciones que cumple en un país cuya economía y organización social necesita de cierta concentración de especialistas. Esta importancia es lo bastante considerable para permitir a estas clases medias participar en el poder, aunque sea junto a los "grandes terratenientes" y para disminuir las posibilidades de intervenciones irracionales de otras fuerzas (particularmente, del ejército) o, por lo menos, para limitarlas y orientarlas hacia un sentido menos funesto, en orden al funcionamiento de una sociedad en vías de modernización.

Estas clases medias crecen al ritmo de desarrollo de la urbanización y de la industrialización y, aunque al principio sigan identificándose en parte con la "oligarquía", terminan por adquirir cierta conciencia de su propia existencia y de sus propias posibilidades. El funcionamiento de la democracia representativa, el "juego normal de las instituciones", según una celebre consigna política, en realidad, se basa en otro hecho: sólo una pequeña parte de la población es la que participa en tal funcionamiento normal. El país se divide (esquemáticamente) en dos partes:

algunas regiones centrales en las que hasta cierto punto ya se ha producido un proceso de modernización, junto con la formación de una o varias ciudades, centros de las mencionadas clases medias, y el resto del país que comprende la gran mayoría de la población. Esta pertenece sociológicamente al *pattern* tradicional (con las reservas anteriormente indicadas): economía de subsistencia, formas mentales y control social basados en los mecanismos y en las normas de las instituciones tradicionales. De este modo, la mayor parte de la población permanece pasiva, no a consecuencia de una exclusión (debida, por ejemplo, al empleo de formas legales o ilegales de limitación del derecho de voto), sino *sobre todo* porque su mentalidad, el grado de sus aspiraciones y sus esperanzas "se adaptan" a las posibilidades y a las condiciones concretamente ofrecidas por el tipo de estructura en que vive.

Sin embargo, en este estadio de la participación limitada, la restricción del funcionamiento de la democracia entraña no sólo la *no participación* de los elementos de regiones "periféricas", sino también la (relativa) marginalidad política de las clases populares que viven en las regiones centrales, es decir, del proletariado urbano que se halla en vías de formación.

Estas clases, según los países y las épocas, se identifican más o menos con una mentalidad "moderna" y ejercen una presión variable sobre los grupos dirigentes y sobre los que participan en el poder (presión que puede manifestarse en movimientos de protesta, organizaciones sindicales, partidos políticos, etc.).

La transición al estadio siguiente, al de la "participación extensa", ocurre en el momento en que, generalmente a consecuencia de una alianza, consciente o no, entre clases medias y clases populares, las primeras se vuelven más fuertes y las últimas adquieren una posibilidad real de participar en la vida política y de hacer sentir su influencia en ella.

Así como la estabilidad del régimen de "participación limitada" presupone la posibilidad de mantener al margen del proceso político a la población de las zonas periféricas junto con las clases populares de las regiones desarrolladas "centrales", el régimen de "participación extensa" se basa, por una parte, en el mantenimiento de exclusión de la población "periférica" y, por la otra, en la existencia de un *consenso* entre todos los grupos de las regiones desarrolladas "centrales", (alta burguesía, clases medias o clases populares), con el fin de sostener el "funcionamiento regular de las instituciones" dentro de estos límites. Tal vez, conviene hacer aquí una distinción entre los términos "movilización" e "integración".[4] El primer término corresponde al proceso psico-sociológico, en cuyo transcurso

4 El término "social mobilization" fue utilizado por Deutsch para señalar un aumento de la comunicación: K. W. Deutsch, *Nationalism and social communication.* Ed. Wiley, Nueva York, 1953, cap. VIII. En el libro de D. Lerner, *The passing of traditional society.* Free Press, 1958, cap. II, el mismo concepto está definido como *una capacidad de identificación.* Nosotros lo hemos definido como la transición de la acción *prescriptiva* a la acción *electiva* (véase G. Germani, "Secularización y desarrollo económico", en *Resistencias a mudança.* Ed. Centro latinoamericano de pesquisas, Río de Janeiro, 1960, pp. 261-266). N. Stokes ha dado una descripción de ese fenómeno, observado entre los indios de Guatemala: "Para muchas personas, esto fue un verdadero despertar, de significado profundo... pero era distinto de lo que se llama generalmente un cambio 'ideológico'. Merecería más la denominación de un 'despertar sociologico', ya que fue el descubrimiento del hecho de que ciertas funciones y preceptos, previamente aceptados, ya no se regulaban por las mismas normas que antes, y que se habían abierto unos nuevos caminos hacia la expresión y la satisfacción de las necesidades. [...] Esta conciencia de una nueva potencialidad sociológica tenía aspectos netamente ideológicos; los cambios sociológicos desencadenaron grandes transformaciones en las actitudes tradicionales. Probablemente, para los campesinos... tenía poca importancia el nombre del proceso que se desarrollaba; lo importante era disponer, por primera vez, de gran variedad de medios de comunicación entre ellos y la autoridad... y de cierta autonomía." (N. Stokes, "Receptivity to communist fomented agitation in rural Guatemala", *Economic Development and Cultural Change,* V, 1957, pp. 358-361.)

los grupos hundidos en la "pasividad" del *pattern* tradicional (predominio de *la acción prescriptiva,* a causa del cumplimiento de normas interiorizadas) adquieren cierta capacidad de comportamiento deliberativo; alcanzan unos grados de aspiración diferentes de los fijados por el *pattern* antiguo y, por consiguiente, manifiestan cierta actividad en el terreno político. En lo sucesivo, estos grupos intervienen en la vida nacional y su intervención puede manifestarse en formas muy diversas: movimientos espontáneos de protesta, explosiones abiertamente revolucionarias, movimientos religiosos, actividades políticas dentro de los partidos, participación en las elecciones, etc. Justamente, en relación con estas diversas posibilidades, podemos definir una forma particular de intervención de los grupos movilizados, como *integración.* Se trata de una participación que presenta dos rasgos distintos: a] por un lado, la que se efectúa a través de los medios institucionales *dentro del marco del régimen político dominante* (esta clase de participación tiene, al menos cierto grado de eficacia, aparte de su reconocimiento formal); b] por otro lado, la que es comprendida y vivida como "legítima" por los grupos movilizados. Añadamos que dicho sentimiento de legitimidad deberá apoyarse también, de forma explícita o no, consciente o no, en toda la estructura institucional; es decir, en el régimen político y en ciertos valores básicos, a fin de poder garantizar un mínimo de integración. No es necesario subrayar que, en ese caso, se trata de una actitud de legitimidad y no de una legitimidad legal. También, se ha de tener en cuenta la extrema complejidad de ese proceso y el hecho de que la actitud de legitimidad puede unirse perfectamente a ciertas oposiciones profundas, coexistir con unos conflictos de suma gravedad y con antagonismos violentos entre los grupos sociales que forman la sociedad global. Lo importante es que, a pesar de esos conflictos, exista un mínimo de acuerdo, implícito o inconsciente, en cuanto a las reglas del juego, y que tal respeto tenga su base en aquellos me-

canismos del control social que no dependen totalmente del ejercicio de la fuerza represiva exterior, sino que, por el contrario, poseen, en cierta medida, la espontaneidad de unas normas interiorizadas. Como es sabido, esos mecanismos pueden unirse perfectamente con actitudes verbales de extrema agresividad, con el rechazo total del orden existente, puesto que ese rechazo no es *actual*, sino proyectado en un futuro no especificado.

Esta terminología nos permite concluir que la democracia representativa ha funcionado en América Latina en la medida en que haya habido correspondencia entre "movilización" e "integración", y que la posibilidad de tal correspondencia depende, entre otras causas, de la capacidad de establecer unos medios institucionales de participación y unas bases mínimas de consenso durante la etapa anterior a la "movilización" o, al menos, en la medida en que ésta concierne a nuevos grupos.

Ciertamente, el esquema que hemos intentado trazar no es de gran originalidad. Es fácil reconocer en él un proceso análogo al que ha conducido a la ampliación progresiva de las bases políticas de las democracias occidentales por medio de la integración de las clases populares, la extensión sucesiva de los derechos civiles políticos y sociales mediante el sufragio, el *welfare state* y el *consumo de masa*, que es la etapa más avanzada del desarrollo económico. La prosperidad de la sociedad industrial exige y de hecho entraña la movilización de todos los habitantes de un país. En el modelo occidental, esta movilización ha significado *también* una movilización política, y este proceso, por ejemplo en Inglaterra, sólo pudo ser juzgado como concluido (de un modo *formal*, aunque, ciertamente, no del todo real) después de 1918.[5]

Sin embargo, esa transición presenta en los países de desarrollo más tardío, como los de Iberoamérica, unas ca-

5 T. H. Marshall, *Citizenship and Social Class*. Cambridge University Press, 1950, cap. I.

racterísticas diferentes y de suma importancia. Justamente, estas características son las que merecen nuestra atención, al querer comprender la política de las clases populares. En términos generales, se las puede clasificar en tres grupos.

a] Diferencias entre la estructura social, la cultura y las particularidades de los países de la Europa occidental y de aquellos cuya industria se halla actualmente en vías de desarrollo.

b] Diferencias en el orden de los sectores de la vida social, influidos por los cambios, y la distinta rapidez de su evolución.

c] Diferencias entre las épocas históricas, las circunstancias sociales y el contexto global.

a] El primer punto ha sido estudiado con frecuencia en la literatura sobre el desarrollo y no necesita de largas explicaciones. Es suficiente recordar que las diferencias pueden manifestarse en los valores, las actitudes, los tipos de personalidad, los rasgos institucionales, los sistemas de estrategia, la distribución del poder político o las condiciones económicas, y que la existencia de tales diferencias revela una relativa inaplicabilidad del modelo occidental (de un grado mayor o menor, según los casos).

b] En cuanto al segundo punto, es sabido que el hecho esencial del *asincronismo de los procesos de transformación* es también una de las características del modelo occidental y que, por consiguiente, en estos países se producen discontinuidades considerables tanto en el plano geográfico como en el de las instituciones, de los grupos y de las actitudes (estas discontinuidades existen todavía parcialmente). De este modo, usando solamente el paradigma clásico del desarrollo occidental, se observa que la extensión progresiva de los derechos civiles, políticos y sociales, se escalona en el transcurso de tres siglos. Por ejemplo, la extensión de la participación política fue muy lenta. Como lo destacó Marshall, estos derechos políticos

fueron extendidos sucesivamente a unas categorías que antes se veían privadas de ellos. Después de la reforma del año 1832, que, por lo demás, señala un progreso con respecto a la situación anterior, sólo el 20% de la población adulta tenía derecho de voto. Casi 90 años habían de transcurrir aún para llegar a la universalidad del sufragio, tanto para los hombres como para las mujeres (aunque, en justicia, desde los finales del siglo la proporción de los electores se aumentó considerablemente en comparación con el año 1832). Sin embargo, el aspecto más importante de ese proceso no es su carácter *lento* y *gradual,* sino más bien el "desfasamiento" entre la activación de las clases populares y la formación de los canales de participación. Asimismo, a pesar de que la primera etapa de la industrialización se caracterizó en Inglaterra por profundos conflictos sociales, es posible que el ritmo de la "movilización" de la población nacional haya guardado cierta correspondencia con el desarrollo de mecanismos legítimos formales y no-formales de participación en la comunidad nacional, tanto en el plano político como en el plano económico o en otros. Por ejemplo, con respecto a la actividad sindical, cuyo papel tuvo tanta importancia para el proceso general de integración, incluso durante el primer cuarto del siglo XIX, época de las peores persecuciones, los sindicatos tenían siempre la posibilidad de subsistir y hasta de desarrollarse. Hemos de subrayar también que, en Inglaterra, el "despegue económico" (*take off* de Rostow) precedió al estadio de la movilización extensa de las clases populares, mientras que, en los países que se hallan actualmente en vías de desarrollo, existe una *inversión en el orden de los fenómenos.* Por ejemplo, con respecto al grado de industrialización, ¿hasta qué punto se puede hablar en Inglaterra de un crecimiento excesivo de ciudades comparable con el que se observa en la mayoría de los países subdesarrollados? En América Latina se presta importancia sobre todo a la movilización de las grandes masas, a los cambios mentales que afectan a la inmensa mayoría de la población, y no solamente a la formación de grupos de

vanguardia en el seno de las clases populares. La diferencia que existe entre el caso de Inglaterra o de otros países occidentales y el caso de América Latina depende, pues, de un grado distinto de correspondencia entre la movilización gradual de una proporción creciente de la población (hasta alcanzar su totalidad) y la aparición de múltiples mecanismos de integración: sindicatos, escuelas, legislación social, partidos políticos, sufragio, consumo de masa, que son capaces de absorber estos grupos sucesivos y de proporcionarles medios de expresión adecuados al nivel económico y político, como en otros terrenos fundamentales de la cultura moderna.

El crecimiento extraordinario de los sectores profesionales medios (y de su corolario, una movilidad social muy intensa), tanto como la disminución relativa del proletariado (particularmente, de los obreros industriales), el aumento progresivo de participación de los asalariados en la renta nacional, junto con la mejora del nivel de vida, la difusión de la educación y de formas de consumo, que antes eran símbolos del estilo de vida de las capas sociales medias o superiores, todos estos hechos determinan un proceso muy amplio, al que podríamos llamar "movilidad ascensional por participación creciente". De una manera análoga, precisamente durante la época de la "participación limitada" de la democracia representativa y en relación con el proceso global del desarrollo progresivo de la participación, han surgido los mecanismos formales y reales, apropiados para el funcionamiento de la vida política, basada en un consenso fundamental entre los grupos participantes. Finalmente, la difusión de una conciencia nacional entre las clases populares, típicamente burguesa al principio, fue al mismo tiempo un efecto y un factor ulterior de la integración.

Sin embargo, esta sincronización faltó en los países sudamericanos. Incluso en aquellos que adelantaron a los demás en su desarrollo, como Chile o Uruguay, y en los cuales tuvo lugar en el pasado un proceso semejante al descrito por nosotros, les queda todavía el último paso

para estabilizar definitivamente el régimen: en todos los países subsiste una proporción muy elevada, mayoritaria en muchos casos, de la población que se encuentra todavía al margen de la comunidad nacional. Sólo en la Argentina se ha producido la transición de la movilización extensa a la movilización total, y los graves problemas políticos de ese país, su inestabilidad y sus conflictos ponen de manifiesto un retraso en la formación de mecanismos de integración. La posición y las actitudes de las clases populares recién "movilizadas" serán muy diferentes no sólo según la rapidez del proceso de movilización, sino también según el tipo de estructura social, dentro de la cual ocurre tal movilización. En la mayoría de los países de América Latina, dicho fenómeno está en vías de producirse de una manera vertiginosa y, en el seno de la estructura "arcaica", se trata de la transición súbita de la pasividad tradicional a la movilización total. *Sin embargo, en el momento actual, sería completamente utópico pensar en la posibilidad de repetir la experiencia histórica del desarrollo progresivo de todas las bases de la democracia, tal como ocurrió –parcialmente– en algunos países del continente. Un régimen de participación limitada, hoy en día, es una solución imposible.* Así llegamos a la tercera de las diferencias observadas sobre el "modelo" occidental y el de los países iberoamericanos: el *clima histórico.*

c] El contexto global y el clima histórico en que tuvo su origen la sociedad industrial del Occidente, en particular de los países que fueron los primeros en industrializarse, eran distintos del contexto y del clima histórico actuales. Por lo tanto, cada grupo de países, al tratar de organizar su economía industrial en un momento distinto, se encontró en una situación relativamente única.

Podemos ilustrar estas diferencias en el contexto global y en el "clima" histórico con el ejemplo de varias categorías, pero todas señalan una modificación importante en la situación, las actitudes y las esperanzas de las clases populares.

1. En primer lugar, podemos observar la evolución interior que experimentaron los países capitalistas: por un lado, el proceso de concentración técnico-económica, la aparición y el desarrollo de las "grandes" compañías, la sustitución del patrono por el gerente, la burocratización. Por otro lado, el proceso ya observado de la "movilidad por participación creciente": la expansión del consumo de masa y de todas las demás formas de participación. Finalmente, la sustitución del *ethos* de la producción por el *ethos* del consumo o, en otros términos, la influencia creciente de la imagen de "la era de la abundancia" (*affluent society*).

2. Como elemento de lo precedente y, particularmente, del desarrollo del *welfare state* y del perfeccionamiento de la ciudadanía (derechos civiles, políticos y sociales) en los países desarrollados, se ha producido un cambio sustancial en la posición de las clases populares, con el reconocimiento de la necesidad de extender estos derechos a todos los países y a todos sus habitantes.

3. La aparición de otros modelos de desarrollo y, en particular, de unas formas parcial o totalmente socialistas, o comunistas, o propias de regímenes autoritarios de diversas tendencias.

4. La alteración de las relaciones entre élite dirigente y masas: la aparición o, si se quiere, la acentuación de ideologías y técnicas de manipulación, técnicas aplicables a poblaciones en vías de "movilización" acelerada.

5. El profundo cambio en el "clima" ideológico que reinó durante el siglo XIX y hasta la primera Guerra Mundial. Este proceso fue llamado entre las dos guerras, la "crisis de la democracia": aparición de ideologías totalitarias de derecha, de izquierda, o, más típico todavía, ideologías de ubicación incierta en el espectro político tradicional, así como formas de participación total, muy distintas del modelo de la "democracia representativa". Todo esto, en primer lugar, reveló una pérdida de confianza en este régimen, incluso después de la derrota del

fascismo y del nazismo. Es cierto que, por diversas razones, las élites nacionales de los países subdesarrollados no han tomado la democracia liberal por un "ideal", como lo hicieron los movimientos progresistas del siglo pasado; es decir, que la democracia dejó de ser conceptuada como un "modelo de modernización", como en el pasado. En muchos casos fue considerada como una ideología conservadora, con tendencias a proteger la estructura tradicional de los países dependientes. Esta evolución está relacionada, por una parte, con una clara conciencia de las profundas diferencias que separan las culturas de la mayoría de los países todavía no industrializados del *pattern* occidental y, por otra parte, con el hecho de que, en muchos casos, la modernización debe realizarse justamente *en contra* de los países colonizadores occidentales, caracterizados precisamente por el régimen democrático. Así es, sobre todo en América Latina donde, por razones geográficas e históricas, el problema de la dominación rusa no existe (o es ignorado), mientras que la hegemonía de los países democráticos del Occidente, sobre todo de los Estados Unidos, es vivida como un hecho omnipresente.

La consecuencia más importante de esta oposición en el clima ideológico fue el tipo y la tendencia de los movimientos de protesta y de los partidos políticos que proporcionaban medios de expresión a las clases populares, a medida que éstas "se movilizaron". En los países donde la industrialización ocurrió en el siglo XIX, la tendencia política de dichos movimientos, sea cual fuere su actitud militante contra el orden demócrata burgués, compartía con éste muchos principios ideales (de los cuales, precisamente, esas tendencias ideológicas pretendían sacar las últimas consecuencias). Tal era la tendencia de las élites intelectuales y de obreros que encuadraron los nuevos grupos, incluso si la mayoría de sus miembros conservaban actitudes autoritaristas, sea de origen tradicional sea provocados por las condiciones psicológicas y mate-

riales de existencia de las clases populares.[6] Por una parte, los cambios estructurales en la sociedad capitalista, la conquista progresiva de nuevos derechos políticos y sociales y, por otra, la participación efectiva en el poder, entrañaron una mayor integración de estos grupos en el régimen representativo. Sin embargo, en los países donde la "movilización" de las clases populares ocurrió *después* de la crisis de las democracias occidentales, entre las dos guerras, después de la aparición y el desarrollo de las sociedades industriales de régimen autoritario comunista, y sobre todo, *dentro* de una situación de dependencia económica y política de los países precisamente del régimen democrático representantivo, la tendencia de las élites, dirigentes de los movimientos populares, debía ser muy diferente.

Esta tendencia ha encontrado su expresión típica en las llamadas "ideologías de industrialización", cuyas características principales parecen ser el autoritarismo, el nacionalismo y alguna que otra forma del socialismo, del colectivismo o del capitalismo del Estado: es decir, movimientos que, de diversas maneras, han combinado contenidos ideológicos opuestos. Autoritarismo de izquierdas, socialismo de derechas y un montón de fórmulas híbridas y hasta paradójicas, desde el punto de vista de la dicotomía (o continuidad) "derecha-izquierda".[7] Son exactamente las fórmulas que, pese a su diversidad y contradicción en muchos sentidos, pueden ser apuntadas bajo la denominación común de "movimientos nacionales-populares", que parecen ser la forma apropiada de intervención en la vida política nacional de las capas sociales tradicionales, en el transcurso de su movilización acelerada. Efectivamente, en estos movimientos y en los regímenes que establecen, es donde encontramos la divergencia más sig-

6 S. M. Lipset, *El hombre político.* Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1963, capítulo sobre el "autoritarismo de la clase obrera" (*working class authoritarianism*).

7 Ibid., cap. V.

nificativa con el proceso de la extensión progresiva de la participación política, tal como ocurrió en el "modelo" occidental y tal como se manifiesta en nuestros días en los países que se hallan actualmente en vías de desarrollo o, por lo menos, en la fase de desintegración de la estructura tradicional. Y para explicar tales diferencias, igualmente se han de tomar en consideración las tres categorías de factores que acabamos de mencionar: diferencias en la cultura preexistente, en el ritmo y sucesión de mecanismos de transformación y, en el contexto global, el clima histórico e ideológico.

Estos movimientos "nacionales-populares" aparecieron y continúan apareciendo puntualmente en todos los países de la América Latina, en cuanto el grado de movilización *rebasa* la capacidad de los mecanismos de integración.

Es evidente que, en esta situación, las grandes diferencias aparecen determinadas por las circunstancias particulares del ambiente en que se desarrolla el proceso. En los países donde se trata de avanzar partiendo del estadio de movilización parcial ya integrada en las formas de la democracia extensa, la situación es muy distinta de la de aquellos países donde este régimen ha fracasado completamente o no ha logrado tener estabilidad y duración. En este punto, existe una evidente correlación con el grado de desarrollo económico y social: los países que se encuentran en la situación de integración parcial, por ejemplo, la Argentina (donde la movilización total ya se ha producido), el Brasil, México, Chile, Uruguay, son al mismo tiempo los más evolucionados económicamente. Fuera de algunas excepciones, en todos los demás países, la movilización está en vías de producirse de manera *rápida* y *total*, sin poder contar incluso con esa base previa que es la integración parcial: singular estado que revela una amplificación *súbita* de la participación política, partiendo de una proporción mínima (que puede ser menos que el 10%) de la población adulta, para llegar hasta su totalidad.

La forma de esta movilización tiene también su importancia. En la mayoría de los casos, se trata de una movilización por desplazamiento físico, por ejemplo: grandes migraciones del campo a la ciudad. Sin embargo, desde el punto de vista psicosocial, un proceso completamente análogo se ha empezado al mismo tiempo en las mismas zonas rurales, es decir, sin desplazamiento físico. Tal es el caso de Bolivia, de Cuba (bajo el impacto de la revolución que destituyó a Batista), del norte del Brasil, y también de la Revolución Mexicana, movimiento nacional popular anticipado, que evolucionó más tarde hacia una democracia de participación extensa, aunque de un tipo *sui generis,* basada en un partido único.

Se producen otras diferencias, dependiendo de la naturaleza de las élites, capaces de organizar o controlar los movimientos que se apoyan en esas masas recién movilizadas. Es una cosa de difícil comprensión para la experiencia del siglo XIX de Europa. Los más diversos grupos políticos: nacionalistas de la extrema derecha, fascistas o nazis, estalinistas, todos los matices del trotskismo; lo mismo que toda la gama de los sectores sociales: intelectuales, obreros emancipados, "profesionales" y políticos de origen pequeñoburgués, militares y estratos de la vieja "oligarquía terrateniente en decadencia económica o política, además de todas las combinaciones imaginables entre estos elementos, han intentado apoyarse (a veces con éxito) en esa base humana. Es evidente que los fines políticos de dichas élites no coinciden siempre con las aspiraciones de los estratos sociales movilizados, aunque, a veces, pueda haber identidad de aspiraciones y objetivos entre élites y masas.

Los contactos entre estos diversos tipos de élites y masas pueden sugerir dos observaciones: a] parece indudable que el origen social y los verdaderos fines políticos de las élites son los que limitan la acción de estos movimientos, sobre todo cuando se trata de su capacidad de transformar, en uno u otro sentido, la estructura social

preexistente; b] sea cual fuera el grado de coincidencia entre los verdaderos fines políticos de unos o de otros, las masas tienen que poder adquirir, por medio de los movimientos políticos y de los regímenes que establecen, un cierto grado de participación efectiva.

Para ilustrar el primer problema, es interesante examinar los numerosos golpes de Estado militares, sucedidos en las últimas tres décadas, que intentaron transformarse en regímenes permanentes, apoyándose en los grupos que habían llegado a ser disponibles por el proceso de la "movilización".

Con respecto al segundo problema, el del grado de la participación política, podemos citar aquí otro ejemplo de movimiento de origen militar. El peronismo argentino manejó las clases populares, pero llegó a darles un grado efectivo de participación, absteniéndose, naturalmente, de reformas sociales o limitándolas de manera que fueran aceptables para los más poderosos grupos de la sociedad y de la economía. El peronismo representa un interés teórico extraordinario, por haber sido creado y dirigido por un grupo cuya tendencia fue claramente fascista y nazi Sin embargo, como la situación del país no le podía proporcionar los estratos de la pequeña burguesía que constituyeran la base del modelo europeo, tuvo que recurrir a las clases populares formadas a consecuencia de las grandes migraciones internas. Pero esto significaba más que un simple cambio de terminología, de mitos y de ideologías. No se limitó a sustituir las palabras "Orden, Disciplina, Jerarquía" por "Justicia Social" o "Régimen de los descamisados". Lo ocurrido demuestra que el manejo, en cierto modo, tuvo efectos recíprocos. El peronismo fue distinto del fascismo, precisamente en el hecho esencial de que se vio obligado a tolerar cierta participación *efectiva,* aunque limitada, en justicia, para obtener el apoyo de la base popular. La originalidad de los regímenes nacionales-populares en la América del Sur reside concretamente en la naturaleza de esta participación.

En efecto, esta participación no se produce a través de los mecanismos de la democracia representativa: derechos individuales de expresión, de organización, etc., y ejercicio del derecho de voto (aunque, en ciertos casos, el sufragio fuese practicado de una manera real, como en la Argentina de Perón y en el Brasil de Vargas). No se trata tampoco de la participación canalizada y burocratizada por el régimen, como en los sistemas totalitarios, fascistas o comunistas, de Europa. No sólo es inherente a la espontaneidad, sino también, lo que es más importante todavía, esta participación entraña el ejercicio de cierto grado de libertad efectiva, completamente desconocida e imposible en la situación anterior a la instauración del régimen nacional-popular. Esta libertad se ejerce en el grado inmediato de la experiencia personal; tiene consecuencias *concretas* en la vida cotidiana de los individuos, que son precisamente las personas que acaban de abandonar el *pattern* tradicional de la acción *prescriptiva*; que son conscientes, por primera vez, de la posibilidad de tomar decisiones en muchos terrenos de la vida, que antaño eran establecidas definitivamente. Participar en una huelga, elegir a un representante sindical en el taller, discutir en plano de igualdad con el patrón, modificar la relación "amo y siervo" (tan corriente aún en América Latina) en el nivel del comportamiento y en un sentido igualitario: he aquí mil ocasiones de vivir un cambio efectivo. Ciertamente, los mecanismos de la democracia representativa no excluyen estas experiencias directas: al contrario, aquéllos pueden servir de una experiencia *mediadora* capaz de conferir un significado a los mecanismos políticos meramente formales, y es posible que quepan en el modelo occidental de desarrollo. Sin embargo, estos mecanismos tampoco entrañan necesariamente las mencionadas experiencias directas y, en las circunstancias actuales de Iberoamérica, incluso en los países cuyos regímenes practican la democracia representantiva, los múltiples elementos arcaicos de la estructura social excluyen

toda posibilidad de participación en ese sentido, tratando de mantener cerradas a las capas sociales recién movilizadas, las vías institucionales de participación que corresponden a la democracia representativa. En efecto, los grupos dirigentes procuran mantener el statu quo, lo que entraña una restricción de la participación. No obstante, hoy en día semejante política debe tener en consideración las masas "movilizadas", situación contraria a la anterior, en la que se contaba con su pasividad.

Ocurre con frecuencia que los partidos existentes no pueden ofrecer posibilidades adecuadas de expresión a estas masas. En ese caso, se origina una verdadera situación anómica para estos grupos, cuya "disponibilidad" puede dar origen a movimientos nuevos, dirigidos por élites dotadas de la flexibilidad necesaria para utilizarlas, o cuyas aspiraciones coinciden con las de estos movimientos.

Sin embargo, existen también otras razones importantes que explican el por qué las formas *inmediatas* de participación ejercen una influencia tan grande. Para la mayoría de los países de América Latina y, en particular, para los estratos sociales recién movilizados, los símbolos de la democracia han perdido, o mejor dicho, no han tenido *jamás* su significado positivo. Al contrario, dentro de la tradición política de estas naciones, dichos símbolos tienden más bien hacia un valor negativo. Para los grupos movilizados de las zonas atrasadas, hasta las democracias limitadas que respetan cierta legalidad aparecen como un instrumento de dominación de minorías. Si bien es verdad que, en algunos países de larga tradición demócrata, como la Argentina, Chile, Uruguay y otros, la legitimidad tiene su base en una elección honesta, en la mayoría de las naciones menos desarrolladas, *especialmente* fuera de las ciudades, el sufragio sólo tiene un valor simbólico o negativo. Cuando Castro afirma que los cubanos tienen algo más que el sufragio, porque han recibido un fusil, ciertamente, no usa el mismo concepto de la de-

mocracia que entiende la clase media urbana o los obreros de las ciudades en los países más desarrollados de América Latina, sino que expresa unas actitudes propias de una gran parte de la población del continente.

Esta sensación de participación no se relaciona necesariamente con la influencia efectiva que las clases populares puedan ejercer sobre el gobierno, aunque, como lo hemos señalado, el manejo tenga unos límites bastante amplios. Tampoco existe relación estrecha entre dicha sensación de participación y las mejoras de índole económica que estos regímenes son realmente capaces de realizar. A pesar de la opinión general de que la adhesión de las clases populares se obtiene gracias a promesas económicas demagógicas, el fundamento real del apoyo popular es la "experiencia de participación", lo que hemos intentado describir.

Estos movimientos, y los regímenes que establecen, tienen carácter autoritario. Sin duda, la situación actual y el estilo de vida de las clases populares recién movilizadas los predisponen favorablemente con respecto a este autoritarismo, pero no hay que olvidar que éste limita, sobre todo, los derechos individuales de la clase media y de los intelectuales. Si la "libertad de expresión" es atacada, son los intelectuales los que lo sufren (para ellos se trata de una libertad *concreta*), pero, ¿en qué afecta esto a los campesinos y a los obreros? En su vida individual, las severas restricciones a la libertad de opinión pueden coexistir junto con las experiencias numerosas e importantes de la libertad concreta. Es evidente que nos referimos a formas autoritarias *que no han alcanzado la perfección técnica del totalitarismo.* Este régimen, en realidad, presupone una estructura industrial y una técnica relativamente avanzadas. Hasta en Rusia, país en que, por otra parte, se construye sobre el suelo firme de la autocracia tradicional, la organización totalitaria fue conseguida sólo con el primer plan quinquenal.

Hemos tratado del aspecto "popular" de estos movimientos políticos; su aspecto "nacional" no necesitará

más que una breve explicación. También podemos encontrar aquí cierto paralelismo con la evolución de las clases populares europeas. Estas sólo tardíamente llegaron a adquirir el sentimiento de la identificación nacional, que fue –en parte– un resultado de su participación creciente en la "ciudadanía". El factor determinante en los países iberoamericanos, al menos parcialmente, es la movilización que se ha producido *junto* con la transferencia de adhesiones de la comunidad local a la comunidad nacional. Pero, el proceso se desarrolla con mucha más facilidad, ya que se trata de países dependientes o semidependientes y, con frecuencia, a los grupos rectores se los juzga como aliados de las potencias "coloniales". Sea cual fuere la tendencia de las élites revolucionarias, éstas intentan aprovechar tal situación, interpretando las aspiraciones de las clases populares en términos de interés nacional. Mientras que, en la Europa del siglo XIX para los movimientos de izquierda, la nación era "su patria" –la patria de los burgueses–, en Sudamérica (como en todos los países ex-coloniales), se opina que la expresión auténtica y única del interés nacional es el "pueblo" y que la "oligarquía" y la "burguesía" son defensoras de los intereses extranjeros. Como que ninguna categoría acepta que la juzguen como representante del extranjero, se produce así un desarrollo general de ideologías nacionalistas.

Por otra parte, el sentimiento de la pertenencia nacional cumple con una función de integración sumamente importante, ya que asegura la cohesión entre grupos muy diversos que se desprenden de las pequeñas comunidades locales.

En este trabajo nos hemos limitado a examinar los aspectos políticos y psicosociales de la posición de las clases populares con respecto a la democracia representativa. Es evidente que se trata de un examen muy parcial, que necesitaría ser completado por un análisis de otros aspectos del problema. Sin embargo, pese a sus límites, este estudio nos ha podido señalar algunos factores que dificul-

tan la transición a la democracia representantiva de participación total en las actuales circunstancias históricas y sociales de América Latina.

Torcuato S. di Tella
POPULISMO Y REFORMISMO*

En América Latina, como en la mayoría de las actuales zonas en desarrollo, los mecanismos de la reforma no pueden ser iguales a los que funcionaron en el contexto europeo. Para decirlo brevemente, en Europa la reforma fue producida primero por un partido liberal, basado en las clases medias, y luego por un movimiento obrero centrado en los sindicatos. Aun cuando hubo algunas desviaciones con respecto a esa pauta, en términos generales el orden de sucesión se mantuvo. Durante la primera etapa el partido liberal (o alguno equivalente) contó con el apoyo de las clases medias y los obreros, que en gran medida aún no se habían organizado. Durante la segunda etapa, las clases medias, en su mayoría, dejaron de oponerse al orden establecido. La prosperidad las había vuelto conservadoras, mientras que los obreros desarrollaron su propia fuerza organizativa y buscaron expresión en partidos con orientación de clase y en su mayoría financiados por la clase. De esta suerte se resquebraja la coalición liberal. La división política según líneas de clase no significa revolución, sin embargo, porque los niveles de vida más altos y la mayor movilidad social llegaron también a las masas urbanas. La clase obrera, con orientaciones ideológicas que varían desde un sindicalismo moderado hasta el comunismo, adopta en la práctica una perspectiva política reformista y gradualista. Pero esta orientación gradualista no significa el fin del conflicto de clases en política. Aun cuando la línea divisoria es algo borrosa, el partido refor-

* Trabajo presentado a la conferencia sobre "Obstáculos al cambio", realizada en febrero de 1965 en Londres, bajo los auspicios del Royal Institute of International Affairs (Chatham House), publicado con el título "Populismo y reforma en América Latina", en *Desarrollo Económico,* Buenos Aires, abril-junio de 1965, vol. IV, n. 16.

mista es un partido obrero, que sólo recibe una ayuda menor por parte de las clases medias y los intelectuales. El grueso del sostén económico y de la fuerza organizativa proviene de la clase obrera.

Ahora bien, este esquema no puede funcionar en absoluto en las zonas subdesarrolladas del mundo. En lugar del liberalismo o el obrerismo hallamos una variedad de movimientos políticos que, a falta de un término más adecuado, han sido a menudo designados con el concepto múltiple de "populismo". El término es bastante desdeñoso, en tanto implica la connotación de algo desagradable, algo desordenado y brutal, algo de una índole que no es dable hallar en el socialismo o el comunismo, por mucho que puedan desagradar estas ideologías. Además, el populismo tiene un dejo de improvisación e irresponsabilidad, y por su naturaleza se supone que no ha de perdurar mucho. Debe asimismo añadirse que el término ha sido acuñado por ideólogos tanto de la derecha como de la izquierda.

De hecho, las diversas realidades políticas que el nombre abarca presentan entre sí grandes diferencias. Y pocas veces tienen un carácter transitorio. Merecen pues un análisis detallado, que resulta esencial para entender el carácter del cambio social en el mundo en desarrollo. Deben investigarse las razones por las cuales no es aplicable el "modelo europeo" y describirse en detalle los diversos subtipos del populismo. Tal es la tarea que se intenta en este trabajo. Sobre esta base se entenderán mejor las varias estrategias abiertas a los partidos favorables a la reforma política.

1. *Un mundo contraído*

El populismo no puede explicarse por el mero carácter subdesarrollado o "no educado" de las zonas subdesarrolladas. También los países europeos, en su oportunidad, fueron rurales, atrasados y con un bajo nivel de educación, pero no contaron con tal prevalencia de las formas

populistas. Hubo excepciones, especialmente en Francia con Luis Napoleón, pero el fenómeno no exhibió nunca los rasgos epidémicos que presenta en el Tercer Mundo. ¿Cuál es la razón de esto? Creo que una primera tentativa de respuesta debe tener en cuenta el hecho de que las naciones en desarrollo del presente no sólo son pobres en términos absolutos, sino que constituyen la periferia que rodea a zonas más ricas y centrales. Padecen lo que los economistas llaman efecto de demostración. Sea o no que este efecto de demostración actúe en la esfera del consumo exactamente como lo han hipotetizado algunos economistas, queda en pie el hecho de que aquél tiene poderosas manifestaciones en lo cultural. Las élites intelectuales de los países subdesarrollados no pueden dejar de padecer una forma extrema del efecto de demostración, que debiera llamarse con propiedad efecto de deslumbramiento. La existencia de focos de una intensidad como la de Estados Unidos, Inglaterra, Francia o la Unión Soviética, distorsiona sus perspectivas en tal medida que se les hace casi imposible ofrecer respuestas adecuadas a los problemas de sus propios países. No fue éste el caso de los intelectuales de Europa o Estados Unidos en los siglos XVIII o XIX, quienes no contaron con otras naciones más avanzadas para imitarlas. Trátase de un efecto de la situación periférica ocupada por sus países y que se agudiza desde el momento en que ingresan en el mercado mundial. La existencia de diversos focos competidores no hace sino aumentar el problema. En realidad, los intelectuales de esos países están tan acostumbrados a obtener su alimento espiritual del extranjero, que la pauta se mantiene aun cuando exista una reacción contra los centros culturales clásicos, acusados de imperialismo. Puede darse un desplazamiento hacia otro foco de deslumbramiento situado en la mágica parte desarrollada del mundo (Moscú reemplaza a París), o a veces un país subdesarrollado asume ese papel: puede ser Cuba, Egipto o China. Lo interesante es que como se conoce muy poco con relación

a esos países, las opiniones a su respecto las forman una vez más las agencias de noticias de las potencias imperiales. Tales agencias conforman no sólo las opiniones de la parte de la población que absorbe los contenidos presentados por los medios de comunicación de masas, sino también las de los intelectuales rebeldes, quienes se limitan a adoptar la opinión lógicamente situada en el extremo opuesto. Esta oposición lógica es en general tan poco adecuada para guiar la acción en forma inteligente como las trivialidades que provienen de las oficinas de la United Press.

En los demás estratos de la población el efecto de demostración en lo cultural actúa con igual intensidad, aunque en forma menos sofisticada. Los medios de comunicación de masas elevan los niveles de aspiración de su público, en particular en las ciudades y en el caso de las personas educadas. Es lo que con acierto se le ha llamado revolución de las aspiraciones. Los psicólogos sociales están descubriendo en este caso lo que desde la antigüedad supieron los tiranos: dadles una mano, y se tomarán todo el brazo. En cuanto se ha levantado la tapa de una sociedad tradicional, nadie puede predecir cuánta será la presión que buscará salida. El proceso es relativamente repentino debido a que ciertos efectos de la modernización están movidos por una gran energía, en particular los vinculados con la elevación de las aspiraciones, cuya implantación es relativamente fácil y barata. La radio, el cine y los ideales de los derechos del hombre y las constituciones escritas se difunden con gran velocidad, por cierto mayor que aquélla de que se dispuso en la experiencia europea de los últimos dos siglos. Pero la expansión económica queda rezagada, agobiada por la explosión demográfica, por la falta de capacidad organizativa o por la dependencia con respecto a los mercados y el capital extranjeros, o aun por esfuerzos prematuros en favor de la redistribución. Necesariamente se produce un atolladero, al subir las aspiraciones muy por encima de las posibi-

lidades de satisfacerlas.

2. *Representación sin tributación*

En tales condiciones, ¿cómo puede funcionar la democracia? En su experiencia occidental, se basó en el principio de *no tributación sin representación.* En los países en desarrollo, la revolución de las aspiraciones inculca en las masas el deseo de contar con representación aun cuando no tributen impuestos. En otras palabras, grupos que no disponen de suficiente poder económico u organizativo exigen participación en los bienes y en las decisiones políticas de la sociedad. Ya no saben "guardar su lugar", como lo supieron los obreros europeos hasta tiempos muy recientes.[1] Forman una masa disponible[2] de adeptos más vasta y más exigente que cualquiera con que hubiera podido soñar Luis Napoleón.

Aquí debe tenerse en cuenta otro aspecto de una sociedad en desarrollo. En todo lugar y tiempo siempre ha existido una serie de razones para que hubiera descontentos, pero en este tipo de países llegan al máximo. Ya nos hemos referido al abismo entre las aspiraciones y las satisfacciones en la esfera ocupacional, en particular para las personas educadas, que constituye probablemente una de las principales fuentes de lo que los sociólogos llaman *incongruencia de status.* Aristócratas empobrecidos, comerciantes nuevos ricos que no son aún aceptados en los círculos más elevados, minorías étnicas, todos añaden posibilidades para la creación de este tipo de individuos y

1 Y todavía lo saben, según algunos de sus críticos, en especial el profesor Lipset en sus bien conocidos análisis de *El hombre político.* Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1963. En un sentido general, en una nación en desarrollo se produciría una falta generalizada de respeto por el status, similar, en algunos de sus efectos, pero por causas muy diferentes, a la situación correspondiente a la frontera norteamericana.

2 Gino Germani utiliza este concepto en sus trabajos sobre el tema. Véase *Política y sociedad en una época de transición.* Ed. Paidós, Buenos Aires, 1962.

grupos. Los incongruentes, cuando las rigideces sociales hacen que les resulte difícil volver a obtener un equilibrio entre sus diversos signos de status, acumulan resentimientos y rumian nuevas ideas y formas de cambiar las cosas. Representan un gran peligro para cualquier orden social estable y santificado, porque pueden utilizar sus recursos (que en algunos aspectos son amplios) para vengarse de la sociedad. Se ha sostenido que personas de esta índole son las que encontraron en sí mismas suficiente motivación para impulsar la industrialización de las principales potencias actuales.[3] Sea como fuere, el hecho es que los incongruentes crean tensiones sociales o políticas allí donde se los encuentre. Y se los encuentra en gran cantidad en países que se hallan en proceso de desarrollo, y más en los actualmente en desarrollo que en el modelo europeo.

Los grupos incongruentes (por lo general ocupantes de un status superior al término medio) y las masas movilizadas y disponibles, están hechos los unos para los otros. Sus situaciones sociales son bastante diversas, pero tienen en común un odio y una antipatía por el statu quo que experimentan en forma visceral, apasionada. Este sentimiento es muy distinto del que un intelectual puede desarrollar como resultado de sus actividades profesionales –salvo en el caso de que también sea fuertemente incongruente, lo cual no es poco común en las regiones subdesarrolladas. La oposición del incongruente con respecto al orden de cosas establecido es además de índole muy distinta a la que expresa un sindicalista con espíritu de organización y orientado hacia la distribución. En cuanto al hombre que pertenece a la masa movilizada y disponible, carece de paciencia para con los complicados métodos, principios e ideas del sindicalista que ha formado

3 Véase Marion Levy, "Contrasting factors in the modernization of China and Japan", en S. Kuznetz, W. Moore y J. Spengler (eds), *Economic Growth: Brazil, India, Japan* (1955); y E. Hagen, *On the Theory of Social Change* (1962).

una organización con su propio esfuerzo. Se verá más atraído por las extravagancias del incongruente que por la pedantería ahorrista de la aristocracia obrera. En tal situación, las perspectivas de una democracia pluralista basada en la fuerza de las asociaciones voluntarias se vuelven por cierto borrosas.

3. *La fuerza de las coaliciones populistas*

En lugar de un movimiento obrero o de una coalición liberal, se formará algún tipo de coalición populista. Las alternativas liberal y obrera son débiles, por las siguientes razones:

I. En este periodo histórico, el liberalismo ya no es esencialmente una ideología anti-statu quo. Se ha mezclado con la ideología de las clases dominantes de las potencias del mundo occidental y por ende está contaminado por el imperialismo y por los grupos locales ligados a los intereses extranjeros. En tanto ocurre esto, no puede ser usado como un arma ideológica por las clases medias de los países en desarrollo partidarias de la reforma. Lejos de ello, se lo utiliza más bien como una justificación de la política de las clases superiores, ligadas por lo general a los intereses del capital extranjero, y de los grupos comerciales exportadores e importadores.

II. De modo similar, los políticos locales sindicalistas o izquierdistas no siguen con entusiasmo alguno el ejemplo del movimiento obrero en los países desarrollados. El grado en que esos movimientos obreros aceptan la política exterior de sus propios países constituye uno de los principales factores determinantes de su falta de prestigio en el extranjero.

III. Además, la formación de un movimiento obrero exige una participación intensa por parte de las masas y una lenta acumulación de experiencia organizativa. Este proceso difícilmente puede darse cuando ocurre un repentino incremento en el volumen de la clase obrera ur-

bana. En un país subdesarrollado, los reducidos grupos de la clase obrera que poseen alguna experiencia prolongada en cuanto a participación y negociación, por lo general se vuelven demasiado razonables muy pronto y pierden contacto con las masas recién movilizadas que fluyen desde el campo o que están despertando de un sueño milenario en las propias ciudades.

IV. Los intelectuales, en la medida en que no coinciden con los grupos incongruentes, tienden a desarrollar una ideología racionalista y humanitaria, que puede incluir la versión del marxismo del propio Marx, pero no la de Lenin. Las masas recién movilizadas y las élites incongruentes (incluyendo muchos movimientos "juveniles") exigen ideas mucho más violentas que éstas. Por otra parte, la ideología de los intelectuales está distorsionada por el efecto de deslumbramiento a que se ha hecho referencia.

V. La proliferación de grupos incongruentes en los diversos niveles sociales de la comunidad produce un vasto número de élites potenciales dispuestas a brindar un liderazgo a las masas o a las clases medias. Estas élites, en tanto son parcialmente intelectuales, pueden también estar expuestas a los efectos de demostración o de deslumbramiento en lo cultural. Pero ello no disminuye en mucho su capacidad de dar respuestas políticamente eficaces a los problemas de su país. Esto se debe a que en su caso (por contraste con el de los intelectuales) esta capacidad, en la medida en que exista, se basa en sus sentimientos, sus odios, sus emociones, con o sin recubrimiento ideológico racional. Su condición de incongruentes hace que resulte muy probable la existencia de una adecuación funcional (si no intelectual o racional) entre sus métodos y los que son útiles para el liderazgo político y el despertamiento de las masas. Esto no ocurría, muy claramente, en el caso del tipo "puro" del intelectual descrito en el párrafo anterior. Es importante tener presente la situación comparable en el modelo europeo. En éste, los grupos incon-

gruentes eran menos predominantes, pero por sobre todo encontraron muchas más dificultades porque no tuvieron a su disposición masas movilizadas. El efecto de demostración no intervino para elevar las aspiraciones de las masas y de los grupos educados y semieducados de las clases medias. Los sectores de las clases obreras que se estaban organizando lentamente, por otra parte, brindaban un público interesado para las teorías de los intelectuales racionalistas.

Como consecuencia de la debilidad o imposibilidad de formar un movimiento político liberal u obrero, alguna otra combinación ocupará la escena por el lado de la reforma (o revolución). En general estará formada con elementos provenientes de diversas clases sociales, y contará con una ideología "avanzada" con respecto a su composición de clases. Esto significa que, dada la situación internacional y la atmósfera cultural y política, los partidos progresistas de las naciones subdesarrolladas adoptarán muchos elementos de las ideologías más radicales asequibles en el mercado mundial. En la experiencia europea tales ideologías (en su mayor parte variedades de socialismo o marxismo) están ligadas históricamente a las clases trabajadoras. Pero en el mundo subdesarrollado son adoptadas por partidos progresistas (reformistas o revolucionarios) que incluyen muchos elementos aparte de los obreros urbanos o rurales. Esto no crea un gran problema, porque las ideologías se utilizan en forma instrumental, como un medio de control social y de movilización de las masas, en una medida que no tiene paralelo en las naciones más antiguas. El *corpus* de la doctrina se reinterpreta y se mezcla con elementos nacionalistas pero, sobre todo, se ritualiza hasta hacerse irreconocible. En la India, el Partido del Congreso se hace socialista (o, más bien, "socialístico"). Nasser también se ha convertido al socialismo. La república malgache tiene un gobierno consagrado al socialismo democrático. El aprismo aplica el marxismo y el materialismo dialéctico a las condiciones latino-

americanas. Los partidos gobernantes de Venezuela y Costa Rica se convierten en miembros especiales de la Internacional Socialista. ¿Tiene todo esto algún significado? La palabra *socialismo* se está volviendo tan maleable como la palabra *cristiano.* Pero se halla en camino de hacerse igualmente útil para manejar a las masas.

Las masas –repitámoslo otra vez– tienen en los países del Tercer Mundo menos límites de los que jamás tuvieron en la experiencia europea, *para un nivel dado del desarrollo económico,* es decir, para un tamaño dado de la torta. Por esto a los sectores superiores o medios (aun en el caso de que ya sean partidarios de la reforma) les resulta necesario utilizar ideologías demagógicas; de lo contrario, no podrán canalizar las masas en su favor. La necesidad de una ideología se hace aún más aguda por el hecho de que no sólo es necesario integrar a las masas, sino también a los intelectuales y a algunos de los grupos incongruentes. Los estratos más bajos de las masas podrían contentarse con un liderazgo personalizado, carismático, con tal de que se lo considerase fuertemente antimperialista o antioligárquico. Pero los otros grupos, en particular los intelectuales marginales o "subocupados", exigen un mayor refinamiento ideológico. El malabarismo de conceptos que es dable hallar en los escritos de Lenin, Mao Tse-tung, Haya de la Torre o Fidel Castro debe juzgarse teniendo en cuenta este hecho. Lo que importa es su capacidad de convertirse en palabras sagradas, objetos de un *credo quia absurdum,* no su invulnerabilidad a las críticas de un profesor de filosofía de Oxford.

4. *Tipos de populismo*

El populismo, por consiguiente, es un movimiento político con fuerte apoyo popular, con la participación de sectores de clases no obreras con importante influencia en el partido, y sustentador de una ideología anti-statu quo. Sus fuentes de fuerza o "nexos de organización" son:

I. Una élite ubicada en los niveles medios o altos de la estratificación y provista de motivaciones anti-statu quo.

II. Una masa movilizada formada como resultado de la "revolución de las aspiraciones", y

III. Una ideología o un estado emocional difundido que favorezca la comunicación entre líderes y seguidores y cree un entusiasmo colectivo.[4]

Con el objeto de comprender las perspectivas del populismo en un determinado país, se analizarán las condiciones que facilitan la creación de la élite mencionada en el punto I. Primero se estudiará la situación que surge en sociedades subdesarrolladas típicas, es decir, en aquellas que cuentan con clases medias y burguesía pequeñas y débiles. Luego el análisis se extenderá a aquellos casos en que el desarrollo económico ha avanzado más y existe una clase media amplia, a pesar del hecho de que el país sigue siendo parcialmente subdesarrollado, o periférico si se lo compara con los principales centros del mundo.

Los países típicamente subdesarrollados, con su falta de sectores medios y la denominación económica y social en manos de una reducida clase alta, proveen el suelo más fértil para diversos géneros de populismo. Las características económicas y sociales generalmente estancadas, sumadas a la represión política por parte de un gobierno conservador, empujan a muchos sectores de las clases medias o de la burguesía hacia la oposición. Incluso son llevados a esta actitud sectores del ejército o del clero. Están maduras las condiciones para lo que la teoría marxista llamaría una revolución burguesa. Pero existen varias especies de esta revolución, aparte del hecho de que, debido a la elevada movilización real o potencial de las masas, esta revolución burguesa será muy diferente del modelo europeo. Tan diferente, que puede resultar una revolución socialista.

4 Véase Torcuato S. di Tella, "Ideologías monolíticas en sistemas políticos pluripartidistas", en T. di Telia, G. Germani y J. Graciarena (eds.), *Argentina, sociedad de masas*, 1965.

Todo depende de cuáles sean exactamente los grupos llevados a la oposición al statu quo, al campo de la reforma (o revolución). Esos grupos pueden a] incluir numerosos elementos de la burguesía, el ejército o el clero, o bien b] atraer sólo a individuos de la clase media inferior, incluyendo los intelectuales. (Para los fines de esta dicotomía, los grupos incongruentes deberán clasificarse según su composición de clases principal o promedio.) Además, otro criterio que debe aplicarse es el de si los grupos atraídos al campo de la reforma están a] legitimados y cabalmente aceptados o b] ilegitimados y socialmente rechazados en los círculos sociales dominantes *de la clase de la cual provienen.*

Estos dos criterios son importantes porque nos permiten predecir el grado de radicalismo del movimiento populista anti-statu quo. Si sólo incluye elementos de la clase media inferior o de la *intelligentsia* (aparte, desde luego, de las clases obreras), tendrá menos compromisos con las clases dominantes que si también incluye grupos de la burguesía. Pero esto debe leerse *ceteris paribus,* pues el segundo criterio indica que si los componentes del movimiento populista están ilegitimados dentro de su clase, tendrán una posición mucho más radical en contra del statu quo que en el caso contrario. Y podría ocurrir que un movimiento populista con componentes salidos de la burguesía, el clero o el ejército, ilegitimados dentro de sus clases de origen, fuese más radical que otro que sólo incluyera grupos de las clases medias pero aceptados dentro de su medio social y faltos por lo tanto de suficiente impulso para alterar el orden social dominante.

Cruzando los dos criterios, se obtiene el cuadro de cuatro sectores (véase cuadro 1).

Los dos compartimentos diagonales extremos se perciben fácilmente como el más conservador y el más radical. Los otros dos son intermedios; uno de ellos tiende a ser una "oposición leal" con importantes diferencias de largo alcance en cuanto a intereses y valores, frente al orden

CUADRO 1

Características de los movimientos populistas (caso subdesarrollado) según el tipo de grupos ajenos a las clases obreras que incluyen.

	Incluye grupos legitimados dentro de su clase	*Incluye grupos ilegitimados dentro de su clase*
Incluye elementos de la burguesía, el ejército o el clero (aparte de los estratos inferiores)	Es la alternativa más moderada. Puede perder fácilmente su carácter populista y hacerse conservadora.	Alternativa intermedia con fuerte tendencia a utilizar medios violentos, pero que acepta los valores más básicos del orden social existente.
Incluye sólo elementos de las clases medias inferiores o intelectuales (aparte de las clases obreras)	Alternativa intermedia, con tendencia a utilizar medios legales, pero con una crítica bastante radical de los valores básicos del orden social existente.	Es la alternativa más radical. Orientada hacia una revolución social que altere el patrón básico de la propiedad.

establecido dominante mientras el otro constituye una reacción violenta, por lo general autoritaria, contra el orden social dominante, pero no entraña muchas diferencias de largo alcance en cuanto a intereses y valores.

Sin embargo, el contexto político puede ser de índole tal que obligue al segundo tipo a una radicalización continua, trasladándolo al compartimento del extremo inferior derecho.

En un punto posterior de este trabajo se tratará en detalle cada uno de los cuatro casos. Aquí deben hacerse algunas aclaraciones.

Ante todo, la situación estudiada es aquella en la cual surge un movimiento populista dentro de una sociedad

esencialmente tradicionalista. Se supone por lo tanto que el statu quo es conservador. El mismo contexto prevalece cuando se halla en funciones un gobierno populista pero manteniéndose la estructura social básica, de modo que sigue existiendo un statu quo social contra el cual puede estar orientado el propio gobierno. La India bajo el gobierno del Partido del Congreso ilustraría con mucha claridad este caso. Allí donde los cambios sociales han sido más radicales, se considerará como statu quo el existente antes de la revolución, y que durante muchos años después seguirá siendo un enemigo amenazador y en acecho.

En segundo término, se observará que para establecer las dicotomías que condujeron al cuadro de cuatro sectores no fueron utilizados los grupos incongruentes como tales. Ello se debe a que el factor esencial, en lo que se refiere a la índole del movimiento populista, es el de si sus componentes están legitimados o ilegitimados dentro de sus medios originales. Probablemente los grupos incongruentes ilegitimados, cuando forman las coaliciones populistas, son los que constituyen la fuente principal de componentes de clase no obrera en los dos compartimentos que figuran a la derecha del cuadro. Trátase de una hipótesis sugestiva, pero en este trabajo no se la seguirá explorando.

En tercer lugar, las condiciones sociales que conducen a la emergencia, en un determinado país, de un cierto tipo de grupo populista compuesto por personas ajenas a la clase obrera, no se analizan aquí en forma sistemática. Ello exigiría un tratamiento mucho más intenso.[5] Pero se hacen muchas referencias a este problema cuando se trata cada uno de los tipos de populismo. Podemos destacar aquí, con todo, una proposición muy esencial: la condición claramente subdesarrollada de todos los países de

5 En Torcuato S. di Tella, *El sistema político argentino y la clase obrera* (Buenos Aires, 1964), se hallará una tentativa de establecer algunas bases para este estudio.

esta primera tanda determina que en muchos casos grupos importantes de la burguesía o de las clases medias, así como del ejército y el clero, estén contra la oligarquía dominante. Si no fuese así, es probable que los dos compartimentos superiores se hallaran empíricamente vacíos o contaran con muy pocos casos. Como veremos más adelante, esto es lo que ocurre con la segunda tanda de países a estudiarse: a saber, aquellos de una condición relativamente más desarrollada (pero de todos modos menos desarrollados que las potencias mundiales centrales, y dotados de todas las demás características propias de su pertenencia a la periferia).

Los movimientos populistas típicos que pueden ubicarse en cada uno de los compartimentos del cuadro son los indicados en el cuadro 2, en el cual se incluyen algunos ejemplos.

Debe tenerse presente que en esta categorización sólo se incluyen países del tipo más subdesarrollado. Ella tiene aplicación para prácticamente todos los de Africa y Asia (excepto Japón e Israel) y para América Latina con excepción de Argentina, Uruguay y Chile. Países como Brasil y México, y en particular el primero, que cuentan con una región bastante desarrollada dentro de una mayoría de la nación muy subdesarrollada, pertenecen también a esta categoría, pero muchos de sus rasgos deben entenderse como una mezcla entre los propios del tipo subdesarrollado y los del tipo desarrollado, es decir como una yuxtaposición de dos países en uno. La situación de los países relativamente más desarrollados del Tercer Mundo se tratará más adelante (véase cuadro 3).

En los siguientes párrafos se describirá cada uno de los cuatro tipos de los partidos populistas de las zonas típicamente subdesarrolladas. Debe tenerse presente que la clasificación fue concebida para la experiencia latinoamericana y de ésta se toman la mayoría de los ejemplos. El sistema de clasificación, sin embargo, tiene aplicación para

CUADRO 2

Tipos de movimientos populistas (casos subdesarrollados) según los grupos ajenos a las clases obreras que incluyen.

	Incluye grupos legitimados dentro de su clase	*Incluye grupos ilegitimados dentro de su clase*
Incluye elementos de la burguesía, el ejército o el clero (aparte de los estratos inferiores).	Partidos integrativos policlasistas (PRI mexicano) (Partido del Congreso de la India)	Partidos reformistas militaristas. (Régimen de Rojas Pinilla)[6] (Nasserismo)
Incluye sólo elementos de las clases medias inferiores o intelectuales (aparte de las clases obreras).	Partidos apristas	Partidos social-revolucionarios. (Castrismo) (Comunismo chino)

todas las demás regiones, pero probablemente con menos claridad. En cuanto a los casos argentino y chileno (en particular el peronismo y el movimiento de Ibáñez, y el Frente popular de comunistas y socialistas) se los considera más adelante, cuando se analizan los países relativamente más desarrollados.

5. *Los partidos integrativos policlasistas*

Este tipo incluye, aparte de la clase obrera, numerosos grupos de la burguesía y las clases medias. Estos grupos,

6 Este cuadro sólo se refiere a la parte más subdesarrollada de América Latina y excluye por consiguiente a Argentina, Chile y Uruguay. Si no fuese así, el peronismo entraría en esta categoría porque incluye elementos ilegitimados de la burguesía, el ejército y el clero. Pero el hecho de darse en un país mucho más desarrollado hace que el peronismo sea muy diferente del nasserismo. Véase cuadro 3.

además, están legitimados dentro de sus clases. El partido es ampliamente integrativo, por cuanto dentro de sus fronteras incluye muchos intereses diferentes. Los diversos intereses se expresan a través de facciones y otros grupos especiales dentro del partido, que cuentan con una esfera de acción bastante amplia para negociar y llegar a acuerdos en los cuales se respetan sus intereses. Aun cuando formalmente el partido pueda ser bastante autocrático, en la práctica permite a sus componentes mucha libertad de movimientos. El Partido del Congreso de la India es el ejemplo más conocido. En América Latina el caso típico lo constituye el Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México, tal como está constituido en la actualidad (en etapas anteriores de la revolución mexicana el partido gobernante estuvo quizá más cerca del tipo "aprista", es decir, contó con menos apoyo por parte de las capas más altas de la sociedad. Véase el párrafo siguiente para una descripción detallada de este tipo político).

El partido tiene una fuerte estructura organizativa, con su propia burocracia bastante desarrollada, que controla muchos aspectos asociacionistas (comités locales y otras actividades voluntarias). En general tiene apoyo sindical: en el caso mexicano esto resulta bastante obvio, aun cuando lo es menos en el caso del Partido del Congreso.[7] El carisma personal del líder o presidente es importante, aunque menos que en otros tipos; puesto que cuenta con el apoyo de la mayoría de las clases medias y la burguesía, no necesita establecer con las masas un *vínculo directo* como en aquellos casos en que un liderazgo más bien aislado e ilegitimado tiene en su contra a la mayoría del statu quo. Además, en tanto cuenta con el apoyo y la legitimación por parte de la burguesía y de las clases me-

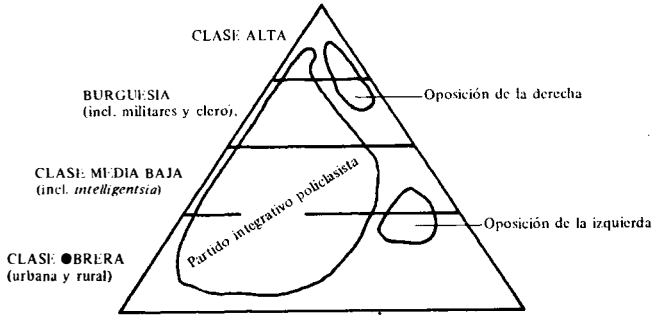
7 Aun cuando la tipología se ha desarrollado especialmente para América Latina, posee validez general y por lo tanto es útil ver su aplicación a otros casos bien conocidos ajenos al área principal aquí estudiada.

dias, no arriesgaría la pérdida de aquéllos al avanzar demasiado en el camino de la demagogia y el despertamiento de animosidades de clase. Un partido de este tipo tenderá a aceptar alguna forma de pluralismo, con formas democráticas occidentales y partidos de oposición. Pero estos últimos partidos, dada la estructura social del país, formarán una minoría muy reducida. En México, la derecha cuenta con un pequeño partido apoyado por algunos grupos de las clases altas, y la izquierda con otro pequeño partido vinculado a la clase obrera y a elementos intelectuales. En la India la situación es similar: el Partido Swatantra en la derecha, y una serie de grupos en la izquierda (comunistas y socialistas), ninguno de los cuales puede amenazar por ahora la sólida mayoría del partido gobernante.

Si representamos la estructura de clases sociales por medio de una pirámide, con estratos que representan a las clases altas (propietarios de la tierra y grandes capitalistas), a la burguesía, a la clase media inferior y a la clase obrera, se podría hacer el esquema A del apoyo con que cuenta este tipo de partido.

De todas las variedades populistas, este tipo es el más moderado, aquél en el cual el vínculo entre las masas y

ESQUEMA A



los líderes está menos mediatizado por fuertes envolvimientos emocionales o por el carisma personal.[8] Tampoco tiene una ideología muy elaborada y santificada. Sus lazos de organización son bastante flojos, pero están bien lubricados desde el punto de vista financiero y burocrático. Quizá la falta de tensión en su estructura se deba al hecho de que no existen grandes amenazas a su estabilidad. Una gran mayoría de la población sigue siendo rural, y ni siquiera muy movilizada o influida por los medios de comunicación de masas. Probablemente, a medida que avanza el proceso de industrialización, este tipo de partido puede mostrar una tendencia a perder su apoyo popular, y a hacerse conservador (aun cuando moderno) teniendo como principal oposición a un nuevo grupo populista.

Otros ejemplos de este tipo son el Partido Republicano de Turquía y el Kuomintang de China en su primer periodo. El Partido Revolucionario Auténtico de Grau San Martín, y Prío Socarrás, en Cuba, también se aproxima a este tipo.

En Brasil, el gobierno de Vargas desde sus comienzos en 1930 hasta 1945, se acercó mucho a este modelo. Aun cuando no estuvo legitimado entre las clases altas, contó por cierto con una aceptación bastante amplia entre la burguesía y las clases medias. Sin embargo, las condiciones especiales de Brasil, que en tan alto grado es "dos países en uno", complican la situación. La parte más desarrollada de Brasil exige una estructura política más moderna, que se acerca casi al modelo europeo: un vasto partido conservador (União Democrática Nacional) frente a un partido obrero (Partido Trabalhista). Pero el hecho de que el país, en su conjunto, se encuentre en una etapa inferior de crecimiento, mantiene la fuerza de muchos patrones

8 Tan es así, que hasta resulta dudoso que el término "populismo" pueda aplicarse adecuadamente a este tipo de movimiento. Podemos conservar el nombre, recordando que se trata de una variedad muy especial.

tradicionales. De tal modo, la coalición gobernante casi permanente de los herederos de Vargas, el Partido Social Democrático y el Partido Trabalhista que tuvieron el poder entre 1946 y 1964, es el equivalente del PRI en México (con sus dos componentes ya separados, aun cuando permanentemente aliados). Pero la oposición de las derechas (União Democrática Nacional y Partido Social Progresista de Adhemar de Barros) es mucho más fuerte que en el caso mexicano. En la izquierda, el partido comunista es también potencialmente más fuerte que su equivalente mexicano. Sería muy tentador extrapolar las tendencias, y prever una polarización del espectro político en Brasil. En la derecha, la sólida masa de la União Democrática Nacional más su aliado Social Progresista; en la izquierda, los Trabalhistas apoyados por los comunistas; el partido populista integrativo policlasista (Social Democráticos más Trabalhistas) queda así desgarrado en dos. Pero este modelo de ciencia ficción sólo sería posible en condiciones muy "desarrolladas"; bastaría con agregarle alguna moderación para que resultara notablemente similar a la variedad británica. El hecho de que Brasil todavía se halla lejos de ser en su totalidad igual a San Pablo hace que esta extrapolación resulte poco realista. El partido integrativo policlasista, o la coalición que ocupa su lugar (Social Democráticos más Trabalhistas) tiene grandes posibilidades de ser por mucho tiempo un elemento importante en la escena brasileña, sea en la oposición o en el gobierno.

Este tipo de partido tiende a ser poderoso sea en el gobierno o en la oposición, y a concentrarse en el desarrollo económico antes que en la reforma social por ella misma. Las reformas claramente conducentes al desarrollo económico (tales como la reforma agraria) tendrán prioridad, pero no se hará mucho por oponerse al sector capitalista de la economía. Puede sin embargo desarrollarse un importante sector estatal, pero principalmente para iniciar nuevas empresas, con respecto a las cuales el capital pri-

vado ha tenido dificultades para ingresar en escala adecuada. Como esos gobiernos tienen un fuerte apoyo entre las diversas clases sociales, pueden intentar una política exterior relativamente independiente de los principales bloques mundiales de poder. En este sentido, es interesante observar el hecho de que Brasil (antes del golpe de 1964) y México fueron los dos países latinoamericanos que siguieron una política exterior más independiente, que se hizo más notable en tiempos recientes con respecto a Cuba pero no está confinada sólo a ese problema. Ello no se debe a que el sentimiento antiyanqui o izquierdista esté más marcado en esos países, comparados con otros de América Latina, sino a la fuerza de sus gobiernos. El hecho de que se trata de países vastos e importantes también debe tenerse en cuenta, desde luego, como un factor más. Pero, como por defecto lo demuestra el caso argentino, eso no sería suficiente. Es la combinación de la importancia nacional, más un gobierno *populista* fuertemente respaldado por todas las clases, lo que posibilita esta política exterior. Esto no significa decir que otras combinaciones políticas no posibilitarían una política similar: Argentina bajo el peronismo y Cuba en los tiempos recientes son ejemplos adecuados. Este aspecto volverá a ser analizado más adelante.

6. *Los partidos apristas*

El próximo tipo a considerar es el *aprista*, basado en el apoyo de la clase obrera más importantes sectores de la clase media, aunque no la burguesía, los militares o el clero. Los sectores de clase media que ingresan en la coalición aprista están legitimados *dentro de su clase*, aun cuando no necesariamente con respecto a las clases altas, la burguesía o los militares. El partido es más monolítico y más fuertemente organizado, con una intensa disciplina interna, que el tipo considerado antes. No incluye una representación de tantos intereses de clase divergentes ni ofrece una oportunidad tan adecuada para que dentro de

sus filas actúen grupos de presión. El Apra peruano constituye la realización histórica más clara de este tipo, sobre todo en sus periodos florecientes, anteriores a la década de 1950, pues desde entonces muestra síntomas de decadencia o transformación. Su estructura organizativa está frecuentemente entretejida y dotada de una base voluntaria muy importante que se acerca a la variedad de la célula comunista. Por otra parte, en este tipo de partido se integra la tradición del anarquismo y de otras organizaciones de clase obrera en pequeña escala, pero el liderazgo se halla investido de fuerte autoridad y carisma. En la actividad cotidiana del partido se asigna importancia a la educación, el trabajo social, las cooperativas y otras actividades culturales, y en este sentido se aproxima más a la tradición social-democrática europea. La ideología representa un papel importante en la creación de la solidaridad del partido en un grado desconocido en el tipo integrativo policlasista. La ideología del Apra fue conscientemente elaborada con elementos marxistas y pretende ser una aplicación del materialismo dialéctico a las condiciones latinoamericanas, discrepante de la aplicación que hizo Lenin, del mismo dogma básico, a las condiciones rusas.[9] Esta ideología siempre ha sido objeto por parte de sus adeptos de un culto especial, que se hizo más esotérico por el agregado de la teoría de la relatividad de Einstein al marxismo, a fin de justificar el hecho de que los valores y estrategias políticas deben adaptarse a las diferentes condiciones de cada país.

La orientación política del partido ha sufrido una evolución no demasiado diferente de la de la Social-Democracia alemana: desde una adhesión bastante tenaz a los principios revolucionarios, hacia una aceptación de las formas democráticas occidentales; y desde la insistencia en la na-

9 Véase V. R. Haya de la Torre, *Treinta años de aprismo*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1956 y H. Kantor, *The Ideology and Program of the Peruvian Aprista Movement*, 1953.

cionalización de las empresas extranjeras y de las grandes concentraciones de capital industrial o rural, a un programa mucho más reformista. La transición desde la forma más radical de la ideología a la forma más moderada ha sido paralela a la participación del partido en el gobierno (en la inmediata posguerra) y luego en un acuerdo para convertirse en la oposición leal a un gobierno que contribuyó a elegir (el régimen de Prado desde 1956 hasta 1962). En ese proceso, son comunes las acusaciones de traición, especialmente entre los grupos intelectuales, pero el partido no parece perder mucho de su apoyo popular. En momentos de crisis, hay una tendencia a una triple división. Esto se observó particularmente en el caso de Acción Democrática, el partido gemelo de Venezuela. Durante el gobierno de Betancourt debió realizarse una adaptación total de los ideales del partido, a fin de sobrevivir en las condiciones del periodo post-Pérez Jiménez, con continuas amenazas del ejército e implacables presiones de los intereses petroleros. A esto se sumó la revolución cubana, que al comienzo contó con la simpatía del gobierno venezolano. Pero cuando los adeptos extremistas de Fidel Castro intentaron extender la revolución a Venezuela, el antagonismo se hizo inevitable. La izquierda de Acción Democrática se separó, convirtiéndose en el rebelde MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) que preparó una prolongada tentativa de revolución y fue proscrito. Con todo, su apoyo entre las masas no parece ser muy grande. El resto de Acción Democrática también se dividió en dos, pero más tarde esta división resultó básicamente reconciliada. En la actualidad el partido sigue siendo un partido reformista, dueño de apoyo popular como lo demostraron las últimas elecciones, pero sumamente trabado por sus compromisos con los factores de poder nacionales e internacionales.

En Perú el Apra también perdió su izquierda (Apra rebelde), así como muchos adeptos, pero su capital político era tan elevado en sus momentos más florecientes

que todavía conserva un imporante tercio del electorado, lo cual es más de lo que puede decirse de muchos partidos europeos de clase obrera (socialdemocráticos o comunistas).

Un partido del tipo Apra tiene por lo general el apoyo de los sindicatos. En estos casos ellos no son demasiado fuertes, no cuentan con mucha burocracia y su origen se remonta a fuentes voluntarias. En otras palabras, no fueron creados por el Estado ni gozaron de un apoyo decidido por parte de éste, como ocurrió en el caso de los movimientos vinculados a los partidos integrativos policlasistas (México y Brasil). En algunos casos, el movimiento sindical está dividido y una fracción importante apoya al partido aprista. El apoyo sindical es un aspecto básico del tipo y cuando mengua o desaparece, puede decirse que el movimiento aprista desaparece como tal, o cambia en la dirección de un partido centrista, del tipo de los *radicales* de la tradición latina. En este sentido, es importante analizar las tendencias recientes en Venezuela y Perú, con el objeto de predecir la fuerza de sus coaliciones apristas. Debe señalarse que éste es un hecho mucho más importante que el de si el partido sigue una política más izquierdista o más moderada, o si se ve obligado a intervenir en alianzas poco atractivas. Para testimonio, el caso alemán: la fuerza de la social democracia en ese país no reside en una historia política inmaculada, sino en su ligazón continuada con los sindicatos.

Las comparaciones que se han hecho desde el comienzo con el caso socialdemocrático no deben interpretarse en el sentido de que esos partidos se ubican en el mismo tipo. La socialdemocracia europea se basa mucho más sólidamente que los partidos apristas en los sindicatos, y tiene mucho menos apoyo y liderazgo potencial por parte de las clases medias.

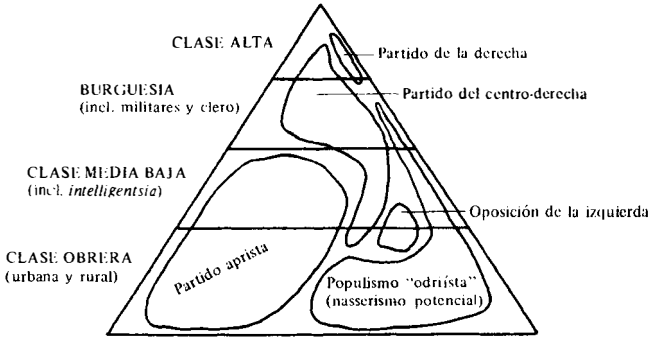
El movimiento aprista tiene en general un rival derechista o centro-derechista, basado en las clases altas, la burguesía y algunos grupos de la clase media (con poco o

ningún apoyo por parte de los sindicatos, aunque con alguna adhesión popular). Tal es el caso, en el Perú, de Acción Popular, el que fuera partido del presidente Belaúnde Terry, así como del pequeño partido que encabezó el presidente Prado. También tiene un rival izquierdista, que en la actualidad se presenta bajo la forma de grupos castristas reclutados entre los intelectuales y algunos sectores de la clase obrera urbana. Por otra parte, en algunos casos, en particular cuando es debilitado por las crisis internas a que se ha hecho referencia más arriba, puede surgir otro movimiento populista que compita en pos de su apoyo popular. Tal es el caso del partido del ex-presidente Odría (Unión Nacional Odriísta). Aun cuando durante su presidencia Odría ejerció el poder como un restaurador del statu quo conservador, realizó algunos esfuerzos en la dirección peronista. Ellos resultaron más evidentes una vez que estuvo fuera del poder, y luego dirigió una tentativa de formar un partido populista de la variedad nasserista. Gozaba del apoyo de algunos grupos ocupantes de posiciones elevadas en la escala social, así como de antiguos colegas militares, y de sectores de la baja clase obrera urbana, pero no de fuentes sindicales organizadas.

En este análisis no se siguen las divisiones y alianzas tácticas entre los tres principales partidos peruanos, ni se hace tentativa alguna en el sentido de explicarlas. Tal tarea excedería los límites de este trabajo. La situación básica que acaba de describirse puede trasladarse al esquema B.

En Venezuela, la Unión Republicana Democrática (URD) ocupa una posición similar a la de Acción Popular en Perú, pero probablemente logra algo del apoyo popular del tipo Odría, porque no existe un equivalente de este último. Hay algunas tentativas en el sentido de formar un partido claramente conservador, y está el COPEI, Demócrata Cristiano, que comenzó como un grupo bastante reducido de la derecha, pero ahora está tratando de desarrollar un programa más reformista y de competir por el apoyo popular de Acción Democrática y la URD.

ESQUEMA B



Un partido de tipo aprista no puede ejercer el poder con un grado de seguridad similar al de los partidos integrativos policlasistas. Aun cuando sus miembros y su clientela política tienen intereses y actitudes económicas bastante diversos de los de las clases altas y el sector capitalista, a menudo la política del partido es muy moderada porque se teme el antagonismo de las fuerzas armadas y de otros factores de poder. Esta fuente de debilidad es particularmente obvia en su política internacional, y en años recientes los ha conducido a una extrema posición anticomunista y anticastrista. Se hace mucho hincapié en una alianza con las fuerzas obreras y progresistas de Estados Unidos y Europa, pero desde luego esto supone en medida muy amplia la aceptación de la política exterior de tales países. Organizaciones como la Confederación Internacional de Sindicatos Libres trabajan en muy estrecha relación con los partidos apristas en el nivel sindical, que los provee de fondos, pero constituye un dudoso capital político. En el nivel cultural se establece una relación similar con el Congreso por la Libertad de la Cultura y otras organizaciones semejantes, con efectos más nocivos aún sobre la *intelligentsia* local. Estas tendencias podrían traducir el continuo debilitamiento de los parti-

dos apristas, como instrumentos de la reforma social, aun cuando mantengan su fuerza organizativa entre las clases medias. En ese caso se harían similares a los partidos del centro de países más desarrollados, como los radicales de Argentina y Chile. En la izquierda, su lugar podría ser ocupado por otra variedad populista, o por un partido social revolucionario (castrista) u obrero, según el nivel de desarrollo. Pero esta tendencia, aun cuando potencialmente existe, no puede preverse con ninguna seguridad.

Otros casos de partidos apristas en América Latina son el Partido Revolucionario Democrático de Juan Bosch en Santo Domingo, el Partido de Liberación Nacional de Figueres en Costa Rica, el Partido Revolucionario de Arévalo en Guatemala y el Movimiento Nacionalista Revolucionario en Bolivia. Este último probablemente no es muy típico, porque sus raíces se encuentran menos en la variedad marxista y liberal, inclinándose más en su comienzo hacia los grupos militaristas que durante la guerra mostraron simpatías en favor del Eje. Pero desde entonces este elemento ha sido cambiado, y el partido desarrolló una estructura y una ideología del tipo Apra, con algunos elementos de los partidos integrativos policlasistas, y en particular su semimonopolio del poder (pero con menos participación de la burguesía en sus filas). El MNR se halla ahora frente a una situación difícil, con su izquierda y su derecha opuestas una a la otra y produciendo probablemente una división permanente del partido. En este caso la izquierda podría transformarse en un movimiento social revolucionario. Pero es igualmente probable que la fractura se componga y el MNR mantenga su posición como movimiento populista, en el momento actual en la oposición (1965). En cuanto a la derecha, ella está organizada en el país bajo la forma de la llamada Falange Socialista.

7. *Partidos reformistas militaristas (nasserismo)*

Los dos tipos vistos hasta ahora (integrativo policlasista y aprista) emergen cuando las condiciones sociales colocan

a la mayor parte de la burguesía o de la clase media inferior contra el orden dominante. El partido reformista, bajo tales condiciones, tiene que representar las opiniones y sentimientos que prevalecen entre la masa de la respectiva clase, es decir la burguesía para los partidos integrativos policlasistas y la clase media inferior para los partidos apristas. Debido a esto, esos partidos no pueden ser demasiado "duros".[10] En contraste, en este y en el párrafo siguiente se considerarán los tipos de partidos en los cuales un importante elemento está representado por la presencia de una minoría no legitimada de una clase: nuevamente, o la burguesía o la clase media, recordando que los militares y el clero están incluidos en la primera y los intelectuales en la segunda. Esas minorías no legitimadas de una clase están generalmente marcadas por la incongruencia de status. Como se señalara antes, el objeto de este trabajo no es explorar los aspectos de la estructura social que conducen a la formación de un determinado tipo de partido. Pero puede afirmarse brevemente que, sea por incongruencia de status o por otras causas, una minoría no legitimada de una clase tiende a hallarse en una posición tensa e insegura y son muchas las posibilidades de que desarrolle rasgos de autoritarismo y emocionalismo, así como una predisposición a luchar intensamente por sus ideas e intereses. Como veremos, esta característica diferencia a los dos tipos que ahora consideraremos (partidos reformistas militaristas, mejor conocidos como *nasseristas,* y revolucionarios sociales), de los dos ya analizados.

Los partidos reformistas militaristas se basan en un núcleo de las fuerzas armadas que se rebela contra el statu quo. Como esto ocurre generalmente en un país bastante subdesarrollado, la burguesía y las clases medias son numéricamente débiles y no existen algunos de sus compo-

10 Esta expresión se utiliza en el sentido que se le da en H. J. Eysenck, *The Psychology of Politics* (1954), significando una tendencia al autoritarismo y orientación hacia el uso de la violencia (*tough-mindedness*).

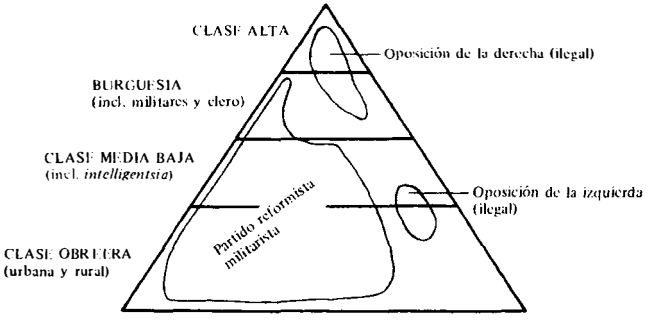
nentes. Los militares conducen a su sociedad en un proceso de crecimiento económico y reforma social, ocupando el papel tradicionalmente representado por la burguesía. El hecho de que a menudo constituyen el único grupo social importante dotado de algún grado de organización, modernismo y disciplina, los ayuda en la tarea. Ofrecen una combinación de modernización y autoritarismo que parece ser necesaria o al menos altamente funcional para la industrialización de un país atrasado. El partido que forman, generalmente *después* de la toma del poder, no será muy ideológico, sino que estará centrado en torno de la figura de un líder carismático. En general se constituye un Estado unipartidista, como en Egipto, o una aproximación muy estrecha a aquél, como en Iraq bajo Kassem y sus sucesores. Las clases altas y la mayor parte de la burguesía no apoyan al régimen, y a lo sumo son apenas toleradas. Sin embargo, en este tipo de sistema político la pauta usual no consiste en eliminarlas, como ocurriría en el próximo tipo, o sea el revolucionario social. Desde luego puede haber algunos casos límites, o algunas tendencias a pasar de un tipo a otro, como algunos observadores pretenden que está ocurriendo ahora [1965] en Egipto. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que bajo esos regímenes se forma una *nueva* clase alta o media alta compuesta en su mayor parte por los burócratas de alto nivel, dirigentes militares y políticos y a veces una clase capitalista de reciente formación, correspondiente en parte al capitalismo privado y en parte al capitalismo estatal. Si este último grupo se desarrollase, el partido cambiaría hacia el primer tipo, es decir, el integrativo policlasista. Este fue probablemente el caso de Turquía, donde en los primeros momentos de la revolución kemalista la situación se asemejó a la del nasserismo.

Un partido nasserista incluye en sus filas una vasta parte de la población y de las organizaciones profesionales y sindicales. Los sindicatos se forman como mecanismos controlados por el Estado, y en ellos, como en el partido,

el elemento asociacionista es bastante reducido. El vínculo entre las masas y el líder es muy directo y está fortalecido por una buena dosis de xenofobia. El apoyo de los intelectuales al régimen es inversamente proporcional a la fuerza que hayan tenido antes entre ellos las ideologías marxistas o liberales. Donde ellas han sido débiles, como en los países del Medio Oriente donde predomina el tipo, se hallará que los intelectuales apoyan el movimiento. Esto, empero, no ocurre sin excepciones, como bien lo demuestra la historia de las primeras épocas del nasserismo y los acontecimientos más recientes en Iraq. En cuanto a las clases medias inferiores, siguen con más facilidad la conducción de los militares ya que carecen de tradición en la formación de partidos políticos propios.

Por lo general la política exterior es autoafirmativa y agresiva, debido a la fuerza del gobierno y al gran número de agravios históricos que deben satisfacerse. La oposición interna, que proviene de los restos de las clases altas y la burguesía, en general no está legalizada y es más bien reducida y carente de poder. En la oposición puede haber grupos de izquierda (legales o no) que si se les permitiese desarrollarse significarían el fin del régimen, como pareció ocurrir en los últimos periodos del gobierno de Kassem. La situación política puede representarse con el esquema C:

ESQUEMA C



No es accidental que los ejemplos ofrecidos hasta ahora se hayan tomado fuera de las fronteras de América Latina, por cuanto en la región no existe un caso bien definido de este tipo. Las dictaduras militares tradicionales, especialmente las del siglo XIX, estan lejos de él, por cuanto lo más común ha sido que se tratase del tipo conservador. En los casos en que fueron hasta cierto punto desarrollistas, como ocurrió con el gobierno de Porfirio Díaz en México, gozaron de un amplio apoyo por parte de las clases superiores y la burguesía, y sobre todo no fueron *populistas*. En cuanto al peronismo, aparece en un país relativamente más desarrollado y por eso difiere marcadamente de la variedad nasserista, tal como se observará más adelante, cuando se lo trate en detalle (véase cuadro 3). El régimen de Arbenz en Guatemala tampoco pertenece a este tipo, a pesar de haberse tratado de un oficial militar. La mayoría de los militares no lo apoyaron, pues su partido era más bien del tipo aprista con alguna tendencia a evolucionar hacia la variedad social-revolucionaria, como resultado de la alianza con los comunistas. El caso de Rojas Pinilla es el que más se acerca al modelo, aun cuando más que nada fue una tentativa breve y sin éxito. Colombia tuvo durante mucho tiempo dos partidos principales, ambos tradicionalistas y basados en el control oligárquico, con poca participación de las clases medias: los conservadores y los liberales. A partir de la década de 1930 y después de muchas de violencia, se llegó a una inestable coexistencia. Esta coexistencia, bajo instituciones democráticas liberales con una participación muy limitada de la población, se destruyó durante los últimos años de la década de 1940 y finalmente un golpe militar puso a Rojas Pinilla en el poder, como ostensible restaurador de la situación originaria. Pero pronto aquél trató de desarrollar una nueva línea política, que en términos muy amplios puede describirse como desarrollista y nasserista. Gaitán había intentado antes, sin mucho éxito, la formación de un partido populista (más bien del tipo aprista).

Rojas Pinilla trató, con cierta fortuna al principio, de heredar esta tradición y algunos de los cuadros del gaitanismo, así como algunos intelectuales socialistas. Pero la tentativa no produjo en su mayor parte los resultados esperados, por cuanto la oposición por parte de las estructuras tradicionales era demasiado poderosa para superarla. Este último hecho constituye la principal diferencia con los casos de Egipto e Iraq, porque en estos países no existió en ninguna medida perceptible un régimen liberal democrático previo. Este régimen se dio en Colombia, por limitado y distorsionado que fuese, y los partidos políticos basados en él eran verdaderamente fuertes y siguen siéndolo. En la actualidad Colombia ha regresado al sistema tradicional de dos partidos, con cambios o adiciones menores. Ninguno de los dos partidos es populista, con excepción de una reducida fracción izquierdista de los liberales, orientados hacia la línea social-revolucionaria. Los adeptos de Rojas Pinilla tienen un partido propio, con escaso caudal electoral. Un área importante de estudio en América Latina es la determinación de cual será la variedad de populismo a desarrollarse en Colombia, en tanto este país constituye una especie de anomalía histórica en la medida en que el populismo tuvo dificultades para ser aceptado masivamente, a pesar de varias tentativas para lanzarlo.

Otra aproximación al tipo es el partido de Odría en Perú. Aquí tenemos un país en el cual el régimen democrático liberal estaba mucho menos desarrollado que en el caso colombiano, antes de que Odría asumiera el poder mediante un golpe militar, en 1948. Pero hubo una importante diferencia con respecto a la experiencia del Medio Oriente: la presencia de otro movimiento populista más antiguo, el Apra. Odría llegó al poder como conservador y gobernó como tal, con la plena aprobación de los círculos financieros norteamericanos. Realizó, sin embargo, algunas tentativas en la dirección peronista debido en particular a su vinculación ideológica con la élite militar pro-

falangista que en la Argentina llevó a Perón al poder. En la actualidad su gobierno es bien recordado por algunos sectores de los obreros urbanos que admiran sus programas de obras públicas, pero cuenta con poco o ningún apoyo por parte de los sindicatos organizados. El suyo es probablemente un movimiento nasserista embrionario, con pocas posibilidades de llegar al poder y con menos aún de gobernar a la manera nasserista en el caso de lograrlo.

Esencialmente, pues, puede afirmarse que las condiciones en América Latina no son en general suficientemente subdesarrolladas (económica, social y políticamente) para que de algún modo resulte posible el nasserismo o en términos más amplios los partidos reformistas militaristas. Una razón más para esto, además de las ya mencionadas, es que las estructuras militar y religiosa de América Latina no pueden representar el papel antimperialista que ambas cumplen a menudo en el Medio Oriente. Esto se debe a que en el Medio Oriente la xenofobia y la etnocentricidad, puras y simples, conducen a la Iglesia y al ejército al campo antimperialista, sin pasar por ninguna otra sofisticación ideológica. En América Latina no existe ninguna diferencia religiosa o racial importante entre los estratos locales dominantes (de los cuales provienen los líderes religiosos y militares) y las potencias imperiales de Occidente. La diferencia entre protestantismo y catolicismo, o entre anglosajones y latinos (o aun mestizos), no significa nada en comparación con los siglos de animosidad contra los europeos y el cristianismo que es dable hallar en el mundo musulmán y árabe.

Desde luego, en América Latina las actitudes etnocéntricas como promotoras de antimperialismo actuarían más en los escalones inferiores de la pirámide social, pero en éstos no hallamos a los militares.

8. *Los partidos social-revolucionarios*

Los partidos social-revolucionarios constituyen el últi-

mo tipo a considerarse en esta primera tanda de partidos populistas que aparecen en países claramente subdesarrollados. El castrismo es el ejemplo típico en América Latina, con el Movimiento venezolano de Izquierda Revolucionaria como una tentativa, hasta ahora infructuosa, de reproducir el mismo fenómeno. El MNR boliviano (Movimiento Nacionalista Revolucionario) ofreció algunas semejanzas con este tipo, y lo mismo puede decirse con respecto al Partido Revolucionario Guatemalteco de Arbenz. Pero en ninguno de estos dos casos se completó el proceso de conversión desde el tipo aprista al tipo social-revolucionario. Puede decirse que este proceso es típico de la formación de movimientos social-revolucionarios en América Latina: la revolución de Castro fue respaldada al comienzo por una coalición del tipo aprista y durante los primeros meses estos partidos la trataron como a uno de los suyos. En cuanto al MIR venezolano, fue un desprendimiento de Acción Democrática. En otro contexto, puede observarse de modo similar que las revoluciones bolcheviques surgen luego de un breve periodo de dominio menchevique. Pero la comparación no debe estirarse demasiado.

Los partidos social-revolucionarios de los países claramente subdesarrollados se basan en:

I. Algunos elementos de la clase obrera urbana que, preciso es observarlo, en tales países no es muy numerosa ni está bien organizada.

II. Apoyo del campesinado, particularmente los campesinos pobres y los peones agrícolas. Este hecho es la diferencia principal entre los partidos social-revolucionarios de los países subdesarrollados (castrismo, comunismo chino, Frente Argelino de Liberación Nacional) y el propio partido bolchevique de Lenin en Rusia.

III. Una élite de "revolucionarios profesionales" extraídos principalmente de la clase media inferior y la *intelligentsia,* y de grupos fuertemente opuestos a su propia

clase de origen. Como consecuencia, esos grupos no están legitimados, antes de la revolución, y desarrollan actitudes autoritarias, emocionales, y hablando en términos generales, actitudes "duras". Si ello se debe a su propia incongruencia de status, o al abismo existente entre las aspiraciones (producidas por la educación media y superior) y las oportunidades ocupacionales, o si se trata estrictamente de un resultado de la ideología, es cuestión que escapa al alcance de este trabajo. Pero la existencia de este grupo es esencial para la fuerza y el poder de lucha del movimiento, pues se trata de algo mucho más importante que una mera explicación epifenoménica del proceso de formación del liderazgo. Si las condiciones sociales del país no producen un grupo de esa índole en medida apreciable, ningún entrenamiento para el liderazgo podrá reemplazarlo.

Basándose en la última de estas tres características, es posible afirmar que los movimientos social-revolucionarios de los países subdesarrollados se hallan en una categoría diferente de la del modelo marxista tradicional correspondiente a un partido de clase obrera revolucionario. No se trata sólo de que en lugar de los obreros urbanos ahora encontremos campesinos u obreros rurales. Este sería un cambio menor. Lo más importante es que otro estrato social, aunque enajenado con respecto a su clase de origen, participa con un papel muy estratégico. De este hecho derivan importantes consecuencias, en términos de las relaciones de poder dentro del partido y del tipo de sociedad a establecerse luego de la revolución, que nos permiten incluir el movimiento bajo el tipo general de populismo. Los movimientos social-revolucionarios introducen generalmente, en la estructura de la propiedad de una sociedad, cambios mucho más importantes que los demás. Pero ello no los acerca demasiado al partido revolucionario de clase obrera, ya que este modelo es en amplia medida hipotético, por cuanto los partidos de clase obrera importantes exhiben tendencias muy claras hacia el re-

formismo.[11] Los problemas de control social que encara un partido social-revolucionario después de llegar al poder, en una sociedad en la cual siguen existiendo grandes distancias sociales, son radicalmente distintos de los que encararía un partido cuya principal fuente de fuerza fuese la clase obrera organizada. Esto es lo que ha llevado a algunos observadores a señalar las similitudes en el proceso de disciplinar a una sociedad predominantemente campesina en la camisa de fuerza del industrialismo, bajo el capitalismo o bajo el socialismo.[12]

La estructura interna de los partidos social-revolucionarios es monolítica, con una ideología que forma el núcleo de las lealtades, y con grupos ocupacionales, sindicales y culturales firmemente controlados por el partido. El partido es la espina dorsal del proceso de desarrollo y en este sentido es el equivalente del ejército en los regímenes nasseristas. La oposición, generalmente de la derecha y centro derecha o de fuentes liberales, no es permitida y sus bases tienden a desaparecer a medida que el proceso revolucionario toma impulso y desaloja a las clases en otro tiempo privilegiadas. En la presente situación mundial, la política exterior tiende bastante naturalmente a entrar en acuerdos con el bloque soviético. La asistencia económica suele venir de allí, así como el apoyo sindical por vía de la Federación Mundial de Sindicatos, y la asistencia cultural a través de una variedad de organizaciones del mismo origen. Esta dependencia de fuentes de poder extranjeras debe compararse con la de los partidos apristas respecto del bloque occidental. Los movimientos social-revolucionarios tienen una fuerte posición negociadora ante el poder extranjero, por cuanto controlan todo el aparato

11 Los partidos comunistas francés e italiano constituyen los ejemplos más claros en la experiencia política reciente de los países desarrollados.

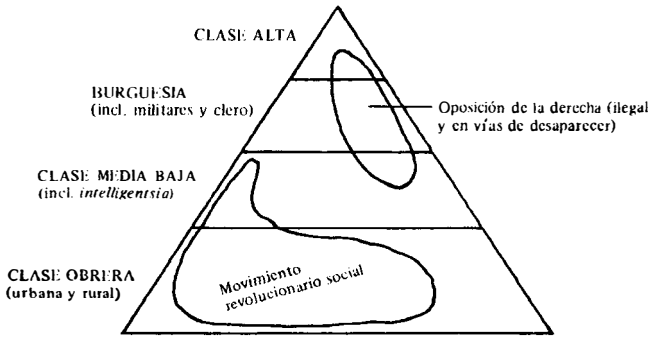
12 En *Work and Authority in Industry* (1956), R. Bendix desarrolla este punto de vista tomando ejemplos de Gran Bretaña, Estados Unidos, la Unión Soviética y Alemania Oriental.

estatal de su sociedad. Pero el socio y aliado con quien deben tratar es muy fuerte y poderoso. La relación es del tipo gobierno a gobierno, excepto cuando el partido revolucionario social actúa fuera del poder y trata de organizar la subversión. En ese caso, la dependencia de la ayuda extranjera puede ser más estratégica, pero también está contrabalanceada por la capacidad de los revolucionarios para organizar una exitosa guerra de guerrillas. En cuanto a los partidos apristas, controlan mucho menos poder en su propio territorio, pero tienen que tratar con aliados y protectores menos poderosos (sindicatos y grupos políticos de la izquierda o el centro de los países imperialistas) que en cierta medida, aunque leve, están enfrentados con la principal estructura de poder de sus propios países. Los partidos integrativos policlasistas son, en cambio, los que pueden estar más libres de interferencia extranjera, en tanto sus bases de fuerza se hallan en la sociedad local.

El esquema D representa la situación política de un movimiento social-revolucionario que ha llegado al poder y sigue enfrentando la oposición de restos de la sociedad tradicional.

Un gobierno revolucionario social que no desarrolla una estructura partidaria fuerte puede verse obligado a

ESQUEMA D



confiar más aún en el ejército, transformándose por ese camino en el tipo nasserista. La revolución argelina quizá enfrente esa posibilidad en los próximos años. Por otra parte, si las tareas revolucionarias no son atacadas radicalmente puede llegarse a una coexistencia y es probable una evolución hacia el tipo aprista. Puede considerarse que el proceso boliviano pertenece a este tipo.

9. La situación en países más desarrollados. El tipo de partido peronista

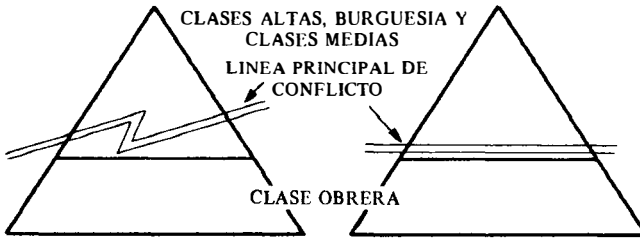
En los países relativamente más desarrollados (siempre dentro del Tercer Mundo) es más difícil que surja el populismo. Ello se debe a que los índices más elevados de alfabetismo, urbanización e industrialización significan que las clases obreras y media cuentan con mayor experiencia propia de organización. No intervienen con tanta facilidad en coaliciones populistas vagamente definidas y son más inmunes a los llamamientos emocionales. Esperan una aproximación más contractual a la política y exigen conocer con exactitud lo que se les ofrecerá a cambio de sus lealtades.

Esta descripción, desde luego, es un poco idealista y pocas veces se llega a ella aun en las potencias mundiales centrales. Pero es útil tenerla en cuenta a fin de entender el comportamiento político en los países relativamente más desarrollados (Argentina, Uruguay, Chile) con respecto al resto.

Otra característica importante de tales países es que la mayor parte de las clases medias, que tienen buenas posibilidades de ascenso social y son las principales beneficiarias de la prosperidad existente, tienden a colocarse en el lado conservador de la línea principal de conflicto social. Al comienzo de este trabajo se dijo que la situación en los países subdesarrollados era de tal índole que las clases medias y aun sectores amplios de la burguesía se veían llevados al campo anti-statu quo y adoptaban ideologías

progresistas. Una vez logrado el desarrollo y/o la industrialización, la burguesía y las clases medias tienen muchos menos motivos de queja contra el orden social. Por otra parte, la mayor organización y el mayor peso de las clases obreras las llevan a buscar expresión a través de instrumentos de factura propia. No son tan fácilmente contentadas como antes con las migajas de los frutos del poder cosechados por una coalición populista, particularmente si ésta es de los tipos integrativo policlasista o aprista. En cuanto a los otros dos tipos, basados en la existencia de élites políticas ilegitimadas dentro de la burguesía o las clases medias, son menos susceptibles de darse. Esto se debe a que en este tipo de sociedad es menos probable que dentro de los sectores medios o altos de la sociedad aparezcan grupos minoritarios incongruentes o frustrados. Además, los grupos que pueden aparecer son a menudo de la variedad derechista, por ejemplo las víctimas de la crisis de desempleo en Alemania, pertenecientes a la clase media, que se hicieron fascistas. Y en este caso no se trata de un movimiento populista.

La hipótesis que se ha mencionado puede representarse gráficamente en esta forma:



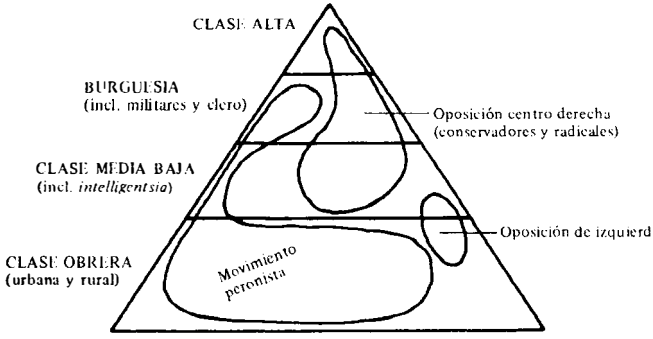
Esta generalización debe ser contrastada con los hechos de la difusión y la prolongada fuerza del peronismo en la Argentina. El peronismo fue claramente populista, por cuanto tuvo fuerte adhesión popular, más apoyo de mu-

chos círculos de las fuerzas armadas, un apreciable sector del clero y algunos grupos importantes de industriales marginales. Todos estos últimos grupos constituían una parte ilegitimada de la burguesía y de ella provino lo más importante del liderazgo, sostén económico e ideología del partido. Antes del advenimiento del peronismo, la Argentina tenía un régimen semiliberal, con importante participación política por parte de las clases medias en la Unión Cívica Radical, y por parte de los estratos superiores de la clase obrera en los partidos socialista y comunista, así como en los sindicatos. El golpe militar de 1943, con fuertes inclinaciones fascistas, suprimió la oposición y enajenó a los intelectuales, pero lentamente, bajo el liderazgo de Perón, logró reunir los componentes de una coalición populista. Los sindicatos de élite fueron avasallados y transformados en sindicatos más vastos, masivos, con una organización y un respaldo económico mucho más fuertes. Se introdujeron importantes reformas sociales.

En tanto el peronismo fue una coalición populista, la hipótesis formulada antes en cuanto a la dificultad relativa de organizar tales movimientos en países comparativamente desarrollados parece invalidada. Por otra parte, la principal línea de ruptura, tal como se puso de manifiesto en las elecciones y la participación política, corre muy claramente entre la clase obrera por un lado y el grueso de todas las demás clases por el otro, con la excepción de aquellas pequeñas minorías que tuvieron un papel instrumental en la formación del peronismo. Es particularmente importante observar hasta qué punto los sectores activos de las clases medias, incluyendo una enorme variedad de organizaciones voluntarias estuvieron contra el peronismo. En este aspecto, la hipótesis queda validada.

Con el fin de superar esta aparente contradicción, propondremos una hipótesis adicional, que afirma que para que exista un movimiento populista en un país relativamente desarrollado es necesario contar con una minoría anti-statu quo muy fuertemente motivada en los sectores

ESQUEMA E



medios o altos de la pirámide de estratificación. Cuando, sea por incongruencia de status o por otros factores,[13] tal grupo existe, es muy probable que nazca una coalición populista. Pero será una coalición populista de tipo muy distinto al que se vio en el caso de las regiones subdesarrolladas. Contará con muy poco apoyo (en términos comparativos, desde luego) entre las clases medias inferiores y los intelectuales, y su sector sindical cobrará un peso mucho mayor. El control, sin embargo, estará en manos de las élites extraídas de los estratos superiores. La situación puede verse en el esquema E.

Este tipo de coalición será menos duradero que los vistos anteriormente, *porque la estructura social tiende a absorber al grupo anti-statu quo en sus sectores superiores.* Como la sociedad es bastante próspera y cuenta con lugar para muchos, habrá una tendencia por parte de cualquier grupo frustrado perteneciente a las clases medias y en especial a las clases medias altas o burguesía, a sentirse fácilmente satisfechas. En este momento la coalición populista pierde uno de sus pies y se viene abajo. Esto pa-

13 En T. di Tella, *El sistema político argentino,* pp. 54-65, puede verse una interpretación detallada de este fenómeno.

rece ser lo ocurrido en la Argentina, pues luego de la caída de Perón se está haciendo cada vez más claro que en el campo del populismo quedan muy pocos industriales, militares o miembros del clero. Se han vuelto conservadores, o radicales, o han perdido interés. Durante un tiempo el movimiento populista se sostiene incómodamente en un solo pie: el sindicalismo. Como este pie es más fuerte de lo que sería en el caso realmente subdesarrollado, el partido no desaparece, y quizás tiende a tomar la forma de un movimiento político obrero. Va eliminando sus rasgos ideológicos derechistas y atrae a los intelectuales. Los sindicatos se acostumbran a sobrevivir sin el apoyo del Estado, e ingresan al movimiento elementos de las bajas clases medias asociacionistas. Se pierde una parte de la adhesión rural (típicamente populista), lo cual hace que al partido le resulte más difícil ganar elecciones (en la actualidad el peronismo oscila alrededor del 35%) pero lo acerca más a la tradición de la clase obrera europea.

Las otras combinaciones que conducen a un partido populista en este tipo de países son mucho menos probables. El cuadro 3 ofrece una reseña de las situaciones posibles.

En la actualidad el único caso claro de populismo, entre los que se han descrito en el cuadro, es el peronismo. Los demás se acercan en diversos grados. Son más *formas incipientes* de los partidos del modelo europeo (obrero o liberal) que claramente populistas en el sentido utilizado en este trabajo. Resulta instructivo, sin embargo, comparar los cuadros 1 y 2 con el cuadro 3. El lugar ocupado por los partidos integrativos policlasistas está ahora vacío: debe recordarse que esos partidos fueron ya, para el caso subdesarrollado, los más moderados. En el segundo compartimento de la izquierda, en lugar de los apristas ahora tenemos a los radicales; la principal diferencia es la menor seguridad de contar con apoyo de la clase obrera, debido al hecho de que los obreros tienen sus propias ideas con respecto al género de organización política que desean. En

cuanto al compartimento nasserista, no es sorprendente que esté ocupado por el peronismo. Existe, pues, después de todo, alguna similitud entre esos dos movimientos; pero las diferencias son mayores aún, debido sobre todo a la preexistencia de un régimen liberal y a la fuerza de los sindicatos, que es dable hallar en el caso del peronismo. El compartimento social-revolucionario debiera llenarse con el partido revolucionario de clase obrera correspondiente al ideal de Marx, absorbiendo los restos de una clase media rudamente proletarizada. Pero como este último proceso ha estado ausente en general en los países más desarrollados, el tipo cede el lugar a su versión obrera correspondiente a las sociedades más desarrolladas.

CUADRO 3

Características y tipos de movimientos populistas (países relativamente desarrollados) según los grupos ajenos a las clases obreras que incluyen.

	Incluye grupos legitimados dentro de su clase	*Incluye grupos ilegitimados dentro de su clase*
Incluye elementos de la burguesía, el ejército o el clero (aparte de los estratos inferiores)	Este caso no podría surgir, pues la burguesía, debido a las características prósperas del país, no tendrá ningún deseo de comprometerse en una coalición populista. Por consiguiente no podría legitimar a los miembros que diesen ese paso.	Este caso puede surgir cuando algunas razones (en su mayoría temporales, como los crecimientos de sectores económicos producidos por la guerra) crean en la burguesía, el clero o el ejército un grupo minoritario antistatu quo fuertemente motivado. El peronismo, antes de los cambios que acompañaron su caída, es el ejemplo típico.

	Incluye grupos legitimados dentro de su clase	*Incluye grupos ilegitimados dentro de su clase*
Incluye sólo elementos de las clases medias inferiores o intelectuales (aparte de las clases obreras)	Este caso es posible, porque las clases medias inferiores tienen razones para oponerse al statu quo, particularmente en un país aún no desarrollado cabalmente. Los radicales podrían incluirse en esta categoría, aun cuando a menudo carecen de suficiente apoyo obrero, en especial por parte de los sindicatos y otros sectores organizados. Aquél fue mayor bajo Yrigoyen en la Argentina o el primer Frente Popular en Chile. También pueden incluirse en Chile los demócratas cristianos de Frei.	Este caso repetiría el del social-revolucionario. No es muy probable que ocurra en los países desarrollados. Si así fuese, su componente de clase obrera sería más fuerte, con respecto a la élite revolucionaria profesional, que en el caso subdesarrollado. El Frente Popular de Chile tiene elementos de este tipo, aun cuando con inclinaciones hacia un movimiento obrero según el modelo europeo.

10. *Una nota final valorativa*

Probablemente a esta altura se ha hecho bastante claro que el populismo es el único vehículo disponible para quienes se interesan en la reforma (o en la revolución) en América Latina.

La otra alternativa sería esperar a que la sociedad esté suficientemente desarrollada, por obra de otras fuerzas, y sumarse entonces al partido obrero, organizado y con conciencia de clase que presumiblemente surgiría en esas circunstancias. Pero es difícil esperar tanto. La causa liberal,

por otra parte, no es muy atractiva, porque en la etapa subdesarrollada no es posible, y cuando se llega al desarrollo deja de ser reformista.

El problema, para quienes profesan valores más universalistas, es cómo adaptarse a las ásperas realidades del populismo. No es tarea fácil. El rechazo, en nombre de esos valores universalistas, es tan inútil como la aceptación no crítica. Y, por cierto, tan ricamente recompensado por las partes interesadas, sea de dentro o de fuera de las fronteras de América Latina.

Lo que se precisa, especialmente para los grupos intelectuales, es mantener vinculaciones y participar en tareas comunes, con el movimiento populista, sin perder la propia identidad y capacidad crítica. La dificultad estriba en que en general el movimiento populista exige lealtades más completas de sus aliados. Y el intelectual difícilmente puede darlas sin perder su condición de tal. El buscar y experimentar las formas de esta interrelación es una de las tareas más importantes, y apenas comenzada, para poder hacer un éxito del proceso de reforma social en América Latina.

Octavio Ianni

POPULISMO Y RELACIONES DE CLASE*

1. *Masas y clases sociales*

Uno de los principales problemas planteados por la vida política latinoamericana es la forma en que las masas desaparecen del escenario político de cada país. Ya se ha explicado satisfactoriamente de qué manera estas masas surgieron constituyendo un elemento nuevo en la historia política de las naciones de América Latina.[1] La urbanización, la industrialización, las transformaciones tecnológicas y sociales en el mundo agrario, la revolución de expectativas y la explosión demográfica, son algunos de los principales factores señalados en el análisis de las causas y condiciones de la actuación de las masas en los acontecimientos políticos nacionales.

Sin embargo, aún no se han explicado satisfactoriamente las causas por las que esas mismas masas en ciertas ocasiones han pasado a ocupar un segundo plano o incluso han sido barridas del escenario político. En México, a

* Publicado en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, n. 67, México, enero-marzo de 1972.

1 Conviene recordar que algunos de los principales aspectos sociales, culturales y políticos del surgimiento de los movimientos de masas en América Latina se encuentran en las siguientes obras: Comisión Económica para América Latina (CEPAL), *El desarrollo social de América Latina en la postguerra*, Ed. Solar-Hachette, Buenos Aires, 1966, 2a. ed.; José Medina Echavarría, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo ecónomico de América Latina*, Ed. Solar-Hachette, Buenos Aires, 1964; Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, Ed. Libreros Mexicanos Unidos, México, 1964; Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1962; Philip M. Hauser (editor), *Urbanization in Latin America*, Ed. UNESCO, París, 1961; Jorge Graciarena, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1967. En estas obras se encuentran bibliografías sobre los diferentes países.

partir de 1940, el cardenismo quedó sumergido en la retórica oficial. En Guatemala, en 1954, las masas urbanas y campesinas que apoyaban al presidente Arbenz no resistieron al ejército de mercenarios comandados por el coronel Carlos Castillo Armas. En Bolivia, después de la revolución popular de 1952, el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) fue cediendo poco a poco a las presiones de las fuerzas políticas y económicas reaccionarias o, quizá, permitiendo que éstas recuperaran el poder. En Perú, el aprismo, bajo la jefatura de Víctor Raúl Haya de la Torre, jamás superó su carácter de revolución imaginaria de la clase media. En Argentina, Perón fue depuesto sin que las masas se responsabilizaran de las tareas políticas que la crisis parecía suscitar. En Brasil, en 1964, la deposición del presidente Goulart no provocó una respuesta revolucionaria de las masas, acción que los propios golpistas temían.

No cabe duda de que esas experiencias nacionales son diferentes unas de las otras pues los acontecimientos adquieren en cada país una connotación singular. No pueden compararse sumariamente cardenismo y getulismo o getulismo y peronismo; mucho menos aún pueden compararse cardenismo y fidelismo. Son varias las razones que impiden hacerlo con respecto a esos movimientos de masas; en primer lugar, en cada caso las masas revelaron una madurez política especial y por tanto conquistaron y consolidaron posiciones políticas de grados distintos. Si bien es cierto que la legislación obrera en México, Argentina y Brasil se desarrolló bastante en el sentido de la "paz social", también lo es que el sindicalismo siguió caminos bien diferentes en cada uno de estos países. Además, las revoluciones ocurridas en México, en Bolivia y en Cuba abrieron posibilidades notablemente distintas para las clases asalariadas de esas naciones.

En segundo lugar, las masas se convirtieron en elemento importante de la política nacional al lado de otras fuerzas políticas preexistentes o surgidas simultáneamente. Si

de hecho las oligarquías no fueron totalmente liquidadas o se reajustaron a los nuevos contextos políticos, es innegable que las masas asalariadas urbanas (y a veces también las rurales) no pueden quedar relegadas por mucho tiempo, pues se imponen políticamente. Si es verdad que las fuerzas armadas nunca dejaron de mantener o aumentar su capacidad de actuación política, también lo es que a partir de estas experiencias populistas no se sienten tan tranquilas en el desempeño de sus papeles políticos.

Sin embargo, consideradas en conjunto, las experiencias populistas de los países de América Latina surgieron en configuraciones estructurales comunes y correspondieron a configuraciones históricas similares. Por una parte, ocurrieron durante la época en que se conforma definitivamente la sociedad de clases. Es el periodo en el que quedan superadas las relaciones estamentales o de casta creadas por el colonialismo mercantilista ligado al régimen esclavista y preservadas más o menos intactas hasta la primera Guerra Mundial.

Por otra parte, y simultáneamente, las manifestaciones más notables del populismo aparecieron en la fase crítica de la lucha política de aquellas clases sociales surgidas en los medios urbanos y en los centros industriales contra las oligarquías y las formas arcaicas del imperialismo. En este sentido, el populismo es un movimiento de masas que aparece en el centro de las rupturas estructurales que acompañan a las crisis del sistema capitalista mundial y las correspondientes crisis de las oligarquías latinoamericanas. Las nuevas relaciones de clase comienzan a expresarse de un modo mucho más abierto cuando las rupturas políticas y económicas (internas y externas) debilitan decisivamente el poder oligárquico.

Así, *en varios aspectos, el populismo latinoamericano corresponde a una etapa determinada en la evolución de las contradicciones entre la sociedad nacional y la economía dependiente.* La naturaleza del gobierno populista

(que es en donde se expresa más abiertamente el carácter del populismo) se localiza en la búsqueda de una nueva combinación entre las tendencias del sistema social y las imposiciones de la dependencia económica. En este contexto, las masas asalariadas aparecen como un elemento político dinámico y creador. Las masas populistas (tanto por sus actuaciones como por la forma en que son manipuladas) posibilitan la reelaboración de la estructura del Estado, particularmente en lo que se refiere a sus nuevas atribuciones. Según las determinaciones de las propias relaciones sociales y económicas, en la época del populismo el Estado revela una nueva combinación de los grupos y clases sociales, interna y externamente. El colapso de las oligarquías, liberales o autoritarias, constituidas en el siglo XIX, junto con las crisis del imperialismo europeo y norteamericano, abre nuevas posibilidades de reorganización del aparato estatal. Es en este contexto que las masas surgen como un elemento político importante o decisivo.

Pero puede descubrirse otra característica importante del populismo latinoamericano *que corresponde a la etapa final del proceso de disociación entre los trabajadores y los medios de producción.* Corresponde a la época en que se constituye el mercado de la fuerza del trabajo a causa de la formalización de las relaciones de producción de tipo capitalista avanzado. En esta etapa, las masas trabajadoras quedan abandonadas a los esquemas sociales y culturales creados durante el predominio de las oligarquías paternalistas.

Los valores culturales (políticos, religiosos, etcétera) de tipo comunitario son abandonados paulatinamente y sustituidos por valores creados en el ambiente urbano industrial. En el plano de los procesos culturales que le son inherentes, el populismo expresa una posición avanzada en el proceso de secularización de la cultura y del comportamiento. Es en esta época que los trabajadores abandonan los núcleos comunitarios, desplazándose hacia el seno de grupos secundarios complejos, cuyas relaciones se ha-

llan con frecuencia altamente formalizadas. En las nuevas relaciones entre el trabajador, los instrumentos de producción y el producto de la fuerza de trabajo, los componentes animistas o mágicos quedan enmascarados por las exigencias impuestas por el ritmo y la escala de producción. Por esa razón, el populismo es en muchos aspectos el proceso (político, pero asimismo sociocultural) mediante el cual se conforman plenamente las relaciones de clase dentro de las naciones de América Latina.[2]

Pero el carácter de clase inherente al populismo no aparece inmediatamente en el proceso de análisis. Muchas veces se mantiene difuso o inmerso en la práctica y en la ideología populista. Para comprender satisfactoriamente la naturaleza de las relaciones de clase inherentes a los movimientos de masas es preciso distinguir sus dos niveles principales.

En primer lugar, es necesario localizar el populismo de las altas esferas, esto es, de los gobernantes, políticos burgueses profesionales, burócratas políticos, peleles, demagogos. Se trata del populismo de las élites burguesas y de la clase media, que utilizan tácticamente a las masas trabajadoras y a los sectores más pobres de la clase media. Ese populismo instrumentaliza a las masas, al mismo tiempo que manipula las manifestaciones y las posibilidades de su conciencia. En situaciones críticas, este populismo

2 En la Revolución Mexicana, las luchas de los campesinos se orientan esencialmente en el sentido de recuperar los medios de producción, en este caso, la tierra. "En sus mejores momentos [el zapatismo] sólo pudo establecer una sombra de poder central en sus territorios, porque era imposible para el campesinado como clase darse una perspectiva superior a la de la posesión de la tierra." (Cf. Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida.* Ed. El Caballito, México, 1971, p. 70.) Esto es, a pesar de las luchas en que se lanzó con Emiliano Zapata y Francisco Villa, en esta época el campesinado mexicano se encontraba en la condición de *clase económica* más bien que de *clase política,* como proyecto hegemónico.

abandona a las masas a su propia suerte, sin antes impedir que den el paso decisivo en las luchas políticas. Fue lo que ocurrió en las ocasiones en que fueron depuestos Arbenz (1954), Perón (1955) y Goulart (1964). En estos tres casos, los liderazgos populistas revelaron su naturaleza burguesa, en detrimento de las tendencias populares.

En segundo lugar, es necesario localizar el populismo de las propias masas; esto es, de los trabajadores, de los emigrantes de origen rural, de los grupos sociales de la baja clase media, de los estudiantes universitarios radicales, de los intelectuales de izquierda, de los partidos de izquierda. En situaciones normales, parece existir una armonía total entre el populismo de masas y el populismo de la élite burguesa. Sin embargo, *en los momentos críticos, cuando las contradicciones políticas y económicas se agudizan, el populismo de las masas tiende a asumir formas propiamente revolucionarias. En estas situaciones ocurre la metamorfosis de los movimientos de masas en lucha de clases.*

En cada país, las condiciones de tránsito de la política de masas en lucha de clases están profundamente (aunque no exclusivamente) determinadas por las relaciones entre estos dos niveles del populismo. En el caso de México, donde ocurrió una ruptura revolucionaria, el populismo surgió como un subproducto de la revolución. En la medida en que el proceso revolucionario culmina en el cardenismo, la política de masas aparece como una regresión política. Por eso es que el cardenismo surge en la izquierda y avanza hacia la derecha en la importantísima combinación entre partido y Estado. En Guatemala, la metamorfosis del populismo en abierta lucha de clases (con las guerrillas) fue mediatizada por varios años de desgaste y reasentamientos. En estos años se elaboran las nuevas organizaciones, técnicas, liderazgos e interpretaciones políticas congruentes con las contradicciones de clase explicitadas en la legislación del populismo de Arbenz. En Chile, las experiencias populistas cambiaron

de lenguaje y de liderazgo a medida que transcurrían los acontecimientos; sin embargo, encontraron su fin. En Bolivia, la revolución popular de 1952 fortaleció el populismo reformista sin avanzar hacia la acción política radical. En consecuencia, las sucesivas componendas con el orden burgués liquidaron simultáneamente al populismo de las élites y de las masas. En Argentina, el colapso del gobierno populista no liquidó totalmente el populismo de masas. Estas aún encuentran en el peronismo sus principales puntos de apoyo político. En Brasil, el colapso del populismo (de las élites y de las masas) produjo organizaciones con técnicas, liderazgos e interpretaciones revolucionarias.[3] En Cuba, finalmente, el movimiento de masas desembocó rápida y "naturalmente" en lucha de clases. Como consecuencia de la naturaleza de las contradicciones internas (simbolizadas por el gobierno de Batista) y las peculiaridades de sus relaciones con el imperialismo, la metamorfosis del movimiento de masas en lucha de clases se realizó en Cuba con las mismas masas y los mismos liderazgos. Además, Batista había sido el líder de un movimiento populista importante, deteriorado por la dictadura. En la época final de la dictadura "populista" de Batista surge el movimiento 26 de Julio, dirigido por Fidel Castro y otros. Al ocurrir este movimiento, las condiciones para la lucha de clases ya estaban dadas.

En esta forma, si consideramos en su conjunto las experiencias políticas latinoamericanas mencionadas, verificamos lo siguiente: en un extremo del populismo se halla la dictadura civil o militar de la burguesía, mientras que en el otro extremo se halla la dictadura de la clase obrera.

2. *La crisis del Estado oligárquico*

El populismo surgió en América Latina durante la época en que el Estado oligárquico (creado en el siglo

3 Cf. Octavio Ianni, *O Colapso do Populismo no Brasil* Ed. Civilizacao Brasileira, Río de Janeiro, 1968.

XIX) entraba en su mayor crisis.[4] Esta circunstancia es una de las principales causas de la crisis final del Estado oligárquico. Es verdad que el populismo sucede a los movimientos de la clase media; por ejemplo, el irigoyismo argentino o el tenientismo brasileño. En general, los movimientos de clase media constituyeron las primeras y más vigorosas reacciones en contra del Estado oligárquico. Estas luchas se manifestaban ya, durante las últimas décadas del siglo XIX, en los países latinoamericanos más avanzados en su desarrollo económico, urbano y político-administrativo. Otras veces, sin embargo, los movimientos de clase media se combinaron en el seno de la política de masas, con las luchas realizadas por los sectores obreros. Además, una de las características primordiales del populismo es precisamente su compromiso con las luchas o con ciertos valores ideológicos de la clase media. Pero lo que resulta contundente es el hecho de que en la época del populismo el Estado oligárquico entra en su colapso definitivo, dando lugar a las dictaduras y democracias populistas. En muchas ocasiones, como ocurrió en Argentina y en el Brasil, esas modalidades se combinaron y se sucedieron unas a las otras. En el caso mexicano, por su parte, el orden democrático se halla profundamente marcado por el predominio de un gran partido gubernamental. Sin embargo, desde un punto de vista general el autoritarismo predomina sobre las normas democráticas.

Pero conviene plantear, desde este momento, dos preguntas importantes, a fin de aclarar mejor el sentido estructural y el sentido político del populismo. Primera: ¿en qué se constituye el Estado oligárquico? Segunda: ¿por qué el Estado oligárquico sufre su colapso final en la época del populismo? En esta parte del estudio veremos la primera cuestión.

4 A propósito del populismo en Asia y Africa, consultar: Peter Worsley, *The Third World*. The University of Chicago Press, Chicago, 1964.

El Estado oligárquico se caracterizaba por ser una combinación eficiente de dos tendencias encadenadas. Por un lado, en el plano de las relaciones políticas internas, era autoritario; se puede decir paternal. Constituía la última y la más elaborada expresión de las variadas manifestaciones de las oligarquías locales y regionales. Muchas veces, el Estado oligárquico es la expresión político-administrativa de una oligarquía regional más poderosa; o de una combinación de oligarquías regionales dominantes. Así, el *gamonalismo,* el *caciqueísmo,* el *caudillismo* y el *coronelismo* son las manifestaciones concretas de las oligarquías locales y regionales. Corresponden a las organizaciones, técnicas y estilos de liderazgo político en una época en que los partidos son principalmente organizaciones formales; se puede hablar de su existencia "epidémica" en el sistema social.

En general, sin embargo, las distintas modalidades políticas de la oligarquía se orientan en el sentido del autoritarismo inherente a la dominación paternalista. No importa la naturaleza de los cimientos de las relaciones económicas predominantes (minería, fierro, plomo estaño, extracción de guano, salitre, hule, ganadería, cultivo de trigo, café, cacao, etcétera), o sea, minería, actividades extractivas o hacienda (plantación): las relaciones de producción no ofrecían sino relaciones políticas de tipo oligárquico. En consecuencia, en el plano de las relaciones internas, se creó el Estado oligárquico como estructura del poder predominante. En este sentido, el presidente, el emperador o el dictador corresponden en general a una figura de oligarca. Puede ser una figura más o menos benévola, de acuerdo a las exigencias de las relaciones sociales y económicas que funcionen internamente. En última instancia, el gobernante reproduce la imagen de los hacendados y esta imagen gobierna según las implicaciones sociales y económicas establecidas por las actividades productivas predominantes.

Así, tras la lucha por la independencia nacional, e

inmediatamente después de las guerras y revoluciones civiles que sucedieron a aquellas luchas, el Estado nacional se configura como un Estado oligárquico. Después de la eliminación del poder colonial (español o portugués) sobrevienen algunas décadas de luchas internas, hasta que la nueva estructura de poder se organiza y se impone. En general, esta nueva estructura de poder corresponde a una combinación de oligarquías, o a la hegemonía de una oligarquía sobre las otras. En oposición a los esclavos, peones, mestizos, indios, negros, mulatos y blancos pobres, se impone el estrato de los blancos, o de los blancos y mestizos que se sitúan en el nivel dominante. Durante el siglo XIX, las sociedades latinoamericanas se hallan impregnadas de valores, patrones de comportamiento y relaciones de tipo estamental o de casta. Algunas veces esos elementos están organizados en el plano nacional; otras, las relaciones de casta y estamentales se interpenetran en el mismo país.

En función de sus relaciones con los sistemas capitalistas dominantes, las sociedades latinoamericanas no se organizan plenamente en términos de relaciones de clase. A pesar de ser sociedades organizadas para producir mercancías para el mercado capitalista externo (fierro, plomo, estaño, guanos, salitre, hule, carne, café, trigo, petróleo, plátano, azúcar, etcétera) las relaciones de producción internas no se configuran como relaciones entre clases sociales. La forma en que esas sociedades se vinculan externamente exige un alto índice de explotación de la mano de obra local. En este contexto, persisten formas no propiamente capitalistas de utilización de la fuerza de trabajo. Durante el siglo XIX aún destaca la escandalosa esclavitud de indios, mestizos, negros y mulatos. Y en las primeras décadas del siglo XX todavía predominan formas disfrazadas de esclavitud sobre esos mismos trabajadores (minería, actividades extractivas, pecuaria, agricultura, pesca). De ahí el predominio de estructuras sociales y políticas de tipo paternalista. De ahí también el predomi-

nio de las oligarquías. Así, la dominación oligárquica es la forma latinoamericana asumida por la dominación paternalista. Aun ahora las relaciones sociales y de producción están impregnadas de elementos estamentales o de casta. Por tales motivos, el mejor término para las estructuras de dominación vigentes en América Latina es *dominación oligárquica.*

Sin embargo, a ese cuadro de relaciones internas, configurado en los planos económico, social y político, se yuxtapone "el liberalismo de las élites de la clase dominante". Algunas veces el liberalismo es un compromiso real, como en los casos de Juárez y Sarmiento, por ejemplo. Otras veces, es apenas "exterior", como en los casos de Porfirio Díaz y de Washington Luiz. Algunas veces el liberalismo está impregnado del positivismo de Comte, como en el caso de México o en el de Brasil, entre otros países. Otras veces está directa y abiertamente comprometido con el *librecambismo* de Smith y Ricardo, como en Chile y en Argentina, entre otras naciones.[5] En la mayoría de los casos, sin embargo, el liberalismo formal de los gobernantes corresponde a los compromisos inevitables entre los dos planos antagónicos de la realidad latinoamericana: la sociedad nacional y la economía dependiente. Por esa razón, el autoritarismo más o menos violento (uso interno) se "yuxtapone" al liberalismo formal y retórico (uso externo). Esa contradicción se resuelve a nivel del Estado oligárquico, vigente hasta el segundo cuarto del siglo XX.

No hay duda de que el liberalismo, generalizado en los

5 Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano,* 2 t. Ed. Pormaca, México, 1965, t. I. pp. 62-72; Donald M. Dozer, *América Latina,* trad. de Leonel Vallandro. Ed. Globo, 1966, esp. pp. 409-10; consultar también: Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América hispánica.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1964, 7a. ed.; W. Rex Crawford, *A Century of Latin-American Thought.* Ed. Frederic A. Praeger, Nueva York, 1961.

países latinoamericanos en el siglo XIX, corresponde a un "compromiso" entre los estratos dominantes nacionales y la cultura de los países dominantes. Bajo muchos aspectos, la difusión de la doctrina liberal y del positivismo es uno de los resultados de los intereses y de la participación de Inglaterra, de los Estados Unidos y de Francia en la independencia de los pueblos latinoamericanos. En última instancia, Bolívar es un liberal romántico. Bajo muchos aspectos, las influencias culturales, políticas y económicas de aquellas naciones sobre las sociedades de América Latina, se cristalizan en el liberalismo, en su versión inglesa, francesa o norteamericana.

Pero ése es probablemente al aspecto más "externo" o más visible del liberalismo latinoamericano. Además de su compromiso con las naciones dominantes, en los países de América Latina, expresa una situación real. Corresponde a exigencias reales, ya que se refiere a la transformación de las relaciones políticas, económicas, sociales y culturales en estos países. Con fundamento en los principios liberales y positivistas, se crean los partidos políticos, asambleas, congresos, elecciones, prensa política más o menos libre, escuelas y centros de enseñanza superior, etcétera. Es también con fundamento en los ideales liberales y positivistas que se desenvuelve la lucha por la emancipación de los esclavos negros, indios y mestizos, por la separación entre la Iglesia y el Estado, por la democratización de la enseñanza, por la moralización de las elecciones, etcétera. Muchas transformaciones institucionales fueron realizadas en nombre de estas ideas y principios. Esa fue, en el siglo XIX, la lucha de Juárez, Sarmiento, Joaquín Nabuco y otros. Bajo muchos aspectos, las actividades de los *científicos,* en México, o de la élite de los letrados en Brasil, simbolizan la lucha desarrollada en favor de la transformación del sistema institucional, heredado del periodo colonial, en un sistema propiamente nacional. Al luchar por la sustitución de la "anarquía" por el "orden", esas élites estaban luchando por la

superación del Estado oligárquico por el *Estado liberal.* No fueron bien realizados a no ser en parte, pero inculcaron en los grupos dominantes y, en especial, en las clases medias nacientes, el compromiso con las ideas del progreso económico, de la reforma institucional, de la democratización, la libertad, etcétera.

Esas fueron las palabras de orden con las cuales las clases medias se comprometieron profundamente. Los objetivos correspondían más directamente a los intereses e ideas de esas clases "recién llegadas". Los bachilleres, políticos, profesionales liberales, burócratas civiles y militares, profesores, periodistas, etcétera, pasan a luchar, de una manera cada vez más audaz y organizada, en nombre de aquellas ideas. En última instancia, se trata de sustituir el Estado oligárquico por el Estado liberal; o el autoritarismo paternalista por la democracia. Es en el cuadro de esas transformaciones que las clases medias irían a hacer valer sus derechos, asumiendo papeles políticos reales, pero no subalternos. Bajo muchos aspectos, la Unión Cívica Radical (UCR) argentina, fundada a fines del siglo XIX, explica esta tendencia de lucha. Simboliza un movimiento ocurrido (contemporáneamente o más tarde) también en Chile, en Brasil, en Perú, en Venezuela, en México. El irigoyismo que asumió el poder en Argentina con la crisis del poder oligárquico (1916-22) concretiza muchos de los ideales liberales de la clase media del país. En esta época, el orden democrático avanza algunos pasos, precisamente en beneficio de la clase media. Pero casi nada se realiza para las clases obreras nacientes. La propia burguesía industrial en formación encuentra dificultades para hacer valer sus reivindicaciones en una época en que la clase media controla algunos instrumentos de poder.[6]

6 A propósito de la formación de las clases medias en América Latina, así como sus luchas por el poder, consultar: John J. Johnson, *Political Change in Latin America.* Stanford University Press, Stanford, 1965; Luis Ratinoff, "The New Urban Groups:

La intensa urbanización y la incipiente industrialización aceleran la formación de la estructura de clases que hará explotar al Estado oligárquico. Pero las clases medias (en la mayoría de los países de América Latina) no estaban en condiciones para precipitar el colapso del sistema oligárquico; apenas si ganaron una batalla importante. El Estado democrático no llega a realizarse a no ser precariamente. En todo caso, el colapso de la hegemonía oligárquica está en marcha. Tocará a las nuevas fuerzas políticas, particularmente a la nueva burguesía industrial, al proletariado, a los sectores de la juventud universitaria, a los grupos de intelectuales, a los grupos de militares, realizar el último acto de la liquidación del Estado oligárquico.

3. *La nueva estructura de clases*

El compromiso entre la sociedad nacional y la economía dependiente (compromiso éste expresado en la propia estructura aparentemente ambigua del Estado oligárquico) se torna cada vez más insostenible. Las nuevas relaciones de clase (surgidas con la urbanización, la inmigración, el desarrollo industrial, el crecimiento del sector de servicios, etcétera) ponían en jaque a aquel compromiso, colocándolo a la luz de una contradicción profunda. Por tanto, es en esta época en que la estructura de clase se encuentra más desarrollada, contando con los sectores medios, empresarios industriales y obreros, cuando la dominación oligárquica entra en colapso. En esta ocasión, las ambigüedades constituidas en el siglo XIX se tornan insostenibles; o mejor, se tornan más agudas y rompen el "equilibrio" alcanzado por el Estado oligárquico.

The Middle Classes", en Seymour M. Lipset y Aldo Solari (Editores), *Elites in Latin América.* Oxford University Press, Nueva York, 1967, cap. II; James Petras, R. Alexander, R. Smith y A. Stepan, "The Middle Class in Latin America", a debate, *New Politics,* vol. IV, n. 1 y 2; Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina,* ed. cit.

No hay duda de que las nuevas relaciones de clase son fundamentales para explicar a las naciones latinoamericanas la creación de nuevas perspectivas. Primero se imponen políticamente las clases medias, tras una experiencia de resultados relativamente precarios si tomamos en cuenta la contradicción básica entre la sociedad nacional y la economía dependiente. Después, la burguesía industrial y el proletariado (con la participación de algunos sectores de la clase media, grupos militares, intelectuales, etcétera) se impone conjuntamente en el escenario político de varias naciones de América Latina.

Sin embargo, es conveniente verificar mejor algunos de los fundamentos estructurales responsables del debilitamiento del poder oligárquico y de la creación de nuevas perspectivas políticas.

Antes de seguir adelante conviene recordar que las economías dependientes sufrían continuas presiones provenientes del exterior. Las crisis del capitalismo en las naciones dominantes o las fluctuaciones del comercio internacional afectaban directamente la productividad y las relaciones económicas internas en los países de América Latina. Todas las economías orientadas hacia afuera (pecuaria, agrícola, extractiva o minera) estaban sujetas a los recesos y paros generados externamente. De acuerdo con un estudio publicado por el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la Organización de las Naciones Unidas (ONU),

> Los tres principales factores externos que determinaron las tendencias económicas de los países menos desarrollados, en el periodo comprendido por la reseña, fueron la primera Guerra Mundial, la crisis económica de 1930 a 1932 y la segunda Guerra Mundial. Estos tres acontecimientos tuvieron considerable influencia en el desenvolvimiento de la industria secundaria de estos países [. . .][7]

7 Naciones Unidas, *Procesos y problemas de la industrializa-*

Esto significa que esos acontecimientos mundiales funcionaban como rupturas estructurales (provenientes de afuera) en las naciones de economía dependiente. En verdad, las crisis mundiales fueron de hecho rupturas estructurales en el ámbito del sistema capitalista internacional. En consecuencia, se liberaron fuerzas políticas tanto como fuerzas económicas, las cuales se encontraban en segundo plano en la época de la plena hegemonía del Estado oligárquico. En México, por ejemplo, aquellas rupturas ocurren cuando el país ya se encontraba en franca ebullición. En este caso, se abrieron nuevas posibilidades al proceso revolucionario mexicano. Desde varios puntos de vista, puede afirmarse que la nacionalización de las empresas petroleras es, también, un saldo de la gran depresión, en combinación con los movimientos políticos internos.

México, Argentina, Chile y Brasil fueron los que se beneficiaron en mayor grado de aquella ruptura. En menor grado, otros países también se beneficiaron de las crisis económicas ocurridas en las relaciones económicas y políticas internacionales. Es obvio que un grupo de naciones sufrió duramente con aquellos acontecimientos, pero en general, sin embargo, se expandieron los núcleos urbanos y se crearon pequeñas fábricas de productos alimenticios, ropas, calzado, sombreros, bebidas, palas, hoces, etcétera. La demanda real se orienta hacia los productos locales, estimulando tanto las empresas existentes como la instalación de nuevas fábricas. Refiriéndose a Brasil en los años posteriores a la primera Guerra Mundial, un documento publicado en Estados Unidos registra las siguientes observaciones:

ción en los países insuficientemente desarrollados. Ed. Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, Nueva York, 1955, p. 148, también sobre las repercusiones de las crisis mundiales en los países de América Latina, consultar: United Nations, *Economic Survey of Latin America 1949,* preparado por el Secretariat of the Economic Commission for Latin America, Nueva York, 1951.

Una de las características del pueblo parece ser el deseo de producir alguna cosa. Se encuentran doctores, abogados, militares y otros que ambicionan montar una fábrica para producir medias, corbatas y otros artículos. Muchos de los inmigrantes procedentes del sur de Europa que llegan a Brasil, probablemente con la intención de obtener empleo como agricultores, se orientan hacia las ciudades en donde se ocupan en diversas actividades de manufactura en pequeña escala. Hay por todo el Brasil, por tanto, millares de personas dirigiendo pequeñas casas de comercio, haciendo zapatos, curtiendo cueros y trabajando fierro. En ciertos sectores de Río de Janeiro, por ejemplo, la gente pasa en calles estrechas en donde cada pequeña construcción está apretada entre otras semejantes, y las calzadas son tan estrechas que dos personas no pueden caminar juntas, y encuentra una fábrica de zapatos con probablemente 25 empleados, una fábrica de cajas de tarjetas de visita con seis empleados, y otra en donde ocho hombres hacen sillas y puertas.[8]

De esa manera, los ahorros obtenidos en el sector comercial y también en la economía exportadora (extractiva, agrícola, pecuaria y minera) propician inversiones en el naciente sector fabril. Las crisis del capitalismo internacional son importantes para explicar esta nueva dirección en la metamorfosis del capital generado por las economías

8 Departamento de Comercio de los Estados Unidos, *Machinery Markets of Brazil*, Boletin de Informações Comerciais, n. 383, 1926, p. 1, citado por J. F. Normano, *A Luta pela América do Sul*. Ed. Atlas, Sao Paulo, 1944, p. 268. Esta obra fue publicada en su primera edición, en inglés, en 1931. El mismo orden de preocupaciones, relativas a América Latina como un todo, se registra en la obra de Paul R. Olson y C. Addison Hickman, *Economía internacional latinoamericana*, traducción de A. S. Hoyos. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1945, esp. pp. 49-57.

dependientes. Las rupturas estructurales (internas y externas) son fundamentales para explicar la transformación en el plano interno del capital en inversión. Al referirse a los periodos comprendidos entre 1931-40 y 1941-50, el documento anteriormente citado añade las siguientes observaciones:

> En los países en que la organización industrial era más rudimentaria, es posible que la depresión en realidad haya estimulado la manufactura, ya que la caída de los precios de los productos agrícolas –con la consiguiente disminución de los ingresos de divisas– obligó a varios países del último grupo a dedicar una proporción mucho más alta de sus recursos al desenvolvimiento de las industrias de transformación. [. . .]
>
> . . .la situación tendió a favorecer el crecimiento industrial de la mayoría de los países insuficientemente desarrollados. Como consecuencia, hubo un ascenso general de la actividad manufacturera, se crearon nuevas industrias y se ampliaron las antiguas. Si bien en la mayoría de los países la principal expansión correspondió a las industrias de bienes de consumo destinados a sustituir a las importaciones, prodújose en algunos un progreso comparable en las industrias metalúrgicas y mecánicas. [. . .][9]

Así, poco a poco, crecen los grupos de empresarios y obreros. Al mismo tiempo aumenta el número de empleados en los transportes y comunicaciones, en la administración pública, en el sistema de enseñanza. La expansión del sector industrial provoca efectos dinámicos en el sector terciario, al mismo tiempo que hace crecer la demanda de productos agropecuarios y también minerales. En esta época comienza a resolverse el problema de la gran "siderurgia" tanto en Chile y Brasil como en México. Al

9 Naciones Unidas, op. cit., p. 152

mismo tiempo, se plantea como una cuestión importante el problema de la explotación nacional del petróleo en Argentina, México, Bolivia, Brasil y otros países.

Simultáneamente, se acelera el proceso de urbanización. Dicho proceso ya se desarrollaba bastante en la segunda mitad del siglo XIX, con la instalación definitiva de los principales centros político-administrativos y culturales nacionales y regionales. Al mismo tiempo, y de manera importante, las corrientes migratorias aceleran aún más la expansión de las concentraciones urbanas. Más tarde, a causa de las guerras mundiales y los brotes de desarrollo industrial, crecen aún más las ciudades. Como ejemplo veamos cómo evolucionó la población de la ciudad de São Paulo (Brasil) desde el siglo pasado. Se trata de datos altamente indicativos de las relaciones entre urbanización e industrialización, pues esos procesos se desarrollaron de un modo notable en esa ciudad.

Cuadro 1

EVOLUCION DE LA POBLACION DEL MUNICIPIO DE SÃO PAULO

(1872-1960)

Año	Población
1872	31 385
1890	64 934
1900	239 820
1920	579 033
1940	1 326 261
1950	2 198 096
1960	3 825 351

Fuente: *Anuario Estadístico de Brasil 1967*, Instituto Brasileiro de Estadística, Río de Janeiro, 1967, p. 36.

Los mismos procesos ocurrieron en mayor o menor escala en México, Venezuela, Perú, Colombia, Chile, Argentina y otros países. En el plano continental, la con-

frontación entre los índices de urbanización e industrialización son bastante sugestivos. En especial, revelan cómo la expansión urbana fue más allá del desarrollo industrial. Buenos Aires, por ejemplo, se encuentra en este caso. Pero otras capitales latinoamericanas también se encuentran en la misma situación, aun cuando en escala menor, que la revelada por la capital de Argentina.

Cuadro 2

URBANIZACION E INDUSTRIALIZACION EN AMERICA LATINA

(Indices)

País	Año[a]	Urbanización[b]	Industrialización[c]
Argentina	1947	48.3	26.9
Chile	1952	42.8	24.2
Venezuela	1950	31.0	15.6
Colombia	1951	22.3	14.6
Brasil	1950	20.2	12.6
Bolivia	1950	19.7	15.4
Ecuador	1950	17.8	17.8
Paraguay	1950	15.2	15.5
Perú	1940	13.9	13.2

Fuente: Datos de los Censos Oficiales.

a] Años censales.

b] Porcentaje de la población total en localidades de 20 000 o más habitantes.

c] Porcentaje de las personas de sexo masculino económicamente activas en industrias de manufacturas, construcción, gas y electricidad. Cf. *Boletín Económico de América Latina*, vol. VI, n. 2, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1961, p. 34.

Es obvio que el predominio de la urbanización sobre la industrialización no es en sí un síntoma negativo o positivo. Puede ser índice de crecimiento desequilibrado, considerándose la economía nacional en su conjunto. Pero éste es un problema que no necesita ser discutido en el

presente estudio.[10] Por lo pronto nos interesa hacer hincapié en que el ritmo acelerado de expansión urbana está relacionado tanto con la propia industrialización como con la expansión de los sectores de comercio, finanzas, administración, enseñanza pública y privada, medios de comunicación de masas, editores, etcétera. Bajo varios aspectos, se trata de un desarrollo recurrente de efectos "multiplicadores" o derivados de la expansión del sector industrial y, en menor escala, de la producción agrícola, pecuaria, etcétera. Es en este contexto que podemos comprender el sentido de las alteraciones en la composición de la población activa. Entre 1936 y 1960, por ejemplo, la población económicamente activa en el sector agrícola latinoamericano disminuyó desde el 59.2 por ciento del total, hasta el 47.0. Si consideramos en detalle las estimaciones sobre la población activa en los diferentes sectores productivos, observamos las transformaciones que registramos en el cuadro 3.

Se registra que en el periodo entre 1945-60 la población activa en la agricultura aumentó un 23.3% (o sea: 5 millones 850 mil personas). En el mismo periodo, la población ocupada en la producción básica y de servicios aumentó un 34.2% (o sea: 7 millones 330 mil personas). Y en los sectores de comercio, gobierno y otros servicios sobrevino un aumento del 38.5% (o sea: 8 millones 240 mil personas).

De inmediato, estos datos revelan la configuración adquirida por la estructura económica de las naciones de

10 A propósito del crecimiento desequilibrado en América Latina, analizado desde el punto de vista de la urbanización, consultar: Philip M. Hauser (Editor), *Urbanization in Latin America.* Ed. UNESCO, París, 1961; Irving Louis Horowitz, "La política urbana en Latinoamérica", *Revista Mexicana de Sociología,* vol. XXVIII, n. 1, Instituto de Investigaciones Sociales, México, s/f., pp. 71-112; Adolfo Dorfman, *La industrialización en la América Latina.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1967, pp. 259-269.

Cuadro 3

POBLACION ACTIVA, POR SECTOR ECONOMICO

(Estimaciones para 1945 y 1960)

Sector de actividades	Población activa (en millares)		Porcentajes	
	1945	1960	1945	1960
Total	47 210	68 630	100.0	100.0
Producción agrícola	26 410	32 260	55.9	47.0
Producción no agrícola y servicios	20 800	36 370	44.1	53.0
1. Productos básicos y servicios	10 300	17 640	21.9	25.7
a. Minería	570	680	1.2	1.0
b. Manufactura	6 620	10 020	14.1	14.6
c. Construcción	1 360	3 340	2.9	4.9
d. Servicios básicos[a]	1 760	3 600	3.7	5.2
2. Comercio, gobierno y otros servicios	10 490	18 730	22.2	27.3
a. Comercio y finanza	3 450	6 410	7.6	9.3
b. Gobierno	1 410	2 570	3.0	3.8
c. Servicios varios	4 350	8 330	9.2	12.1
d. Actividades no especificadas	1 150	1 420	2.4	2.1

Fuente: Economic Commission for Latin America. ECLA [CEPAL], *Study on Manpower in Latin America,* 1957. Datos transcritos de la siguiente publicación: United Nations, *The Economic Development of Latin America in the Post-War Period,* New York, 1964, p. 30.

a. Los servicios básicos incluyen energía, suministro de agua, transporte, comunicación y otros servicios similares.

América Latina después de la segunda Guerra Mundial. Más aún, revela el aumento de la importancia relativa de los sectores de manufactura, construcción, servicios básicos, comercio, administración, etcétera, en confrontación con la producción agrícola.

Esas tendencias se tornan más evidentes cuando verificamos que la productividad del operario industrial (evaluada

en dólares) creció en un ritmo más acelerado que la productividad del trabajador agrícola. Asimismo, entre 1936 y 1960, aumentaron aún más las diferencias entre ambos tipos de trabajadores. Es lo que se observa en el cuadro siguiente.

Cuadro 4

EVOLUCION DE LA PRODUCTIVIDAD DEL TRABAJADOR EN AMERICA LATINA

(Medias por periodos, en dólares de 1950)

Sector	1936-40	1945-49	1950-54	1955-60
Total	590	710	790	880
Producción agrícola	290	310	340	390
Producción no agrícola y servicios	1 040	1 190	1 270	1 340
1. Productos básicos y servicios	770	980	1 130	1 310
– Industria manufacturera	660	850	980	1 200
2. Comercio, gobierno y otros servicios	1 330	1 410	1 400	1 360

Fuente: Ver cuadro anterior, inclusive informaciones complementarias.

Puede admitirse que la participación de los trabajadores en el producto tiene la misma tendencia que revela la productividad diferencial. En consecuencia, algunos efectos sociales se tornan obvios: migración hacia los centros urbanos, mayor valorización social del proletariado industrial, aumento de la importancia política de los sindicatos obreros, redefinición de las actitudes de los trabajadores agrícolas con relación a la "cultura de la ciudad", etcétera. La política de masas tiene en estos puntos sus principales fundamentos.

De una manera más general, los datos que ofrecen los cuadros anteriores revelan cómo ocurrió la diferenciación de elementos dentro de la estructura social de los países

latinoamericanos. Los datos expresan muy especialmente el incremento de la importancia relativa de las clases sociales no ligadas a la agricultura, a las actividades pecuarias y a la minería. Por tanto, la expansión urbana significa, concretamente, diferenciación social, así como la formación de una nueva configuración de la estructura de clases. En este contexto los trabajadores de la construcción, los obreros industriales y los empleados de transportes (marítimos, ferroviarios, aéreos) adquieren una mayor relevancia en el cuadro general de las relaciones de producción y de las relaciones políticas. Precisamente esa nueva estructura de clases rompe aún más las estructuras de dominación construidas en función de una economía dependiente.

4. *Apogeo y crisis del populismo*

Uno de los hechos más notables de la historia del movimiento obrero latinoamericano en el siglo XX, es la preeminencia adquirida por el populismo. En la mayoría de los países del continente esos movimientos de masas se convirtieron en una fuerza política muy importante (algunas veces, la más importante) en lo que respecta a la definición política del desarrollo económico en general, la industrialización y las reformas institucionales. En grados diversos, pero siempre como fuerza política importante, el populismo adquirió relevancia en México, Perú, Ecuador, Chile, Colombia, Bolivia, Argentina, Brasil y otros países. En la mayoría de las naciones en que se desarrolló de modo notable, constituyó una fuerza política importante o decisiva para la liquidación del Estado oligárquico. Como síntesis de las ambigüedades recurrentes en las relaciones entre la sociedad nacional y la economía dependiente, el poder oligárquico no resistió las presiones de las clases asalariadas y de la burguesía industrial, fuerzas organizadas en la alianza populista.

Ya sabemos que *antes del populismo predominaron los movimientos civilistas y liberales de las clases medias.*

Dentro de estos movimientos se destacó el irigoyismo argentino, que llegó al poder en los años de 1916-22. El tenientismo brasileño, que se configuró como un movimiento político a partir de 1922, no llegó nunca, como fuerza política organizada, a asumir el poder. Se diluyó poco a poco, en otras tendencias, más a la derecha y más a la izquierda del aparato estatal dominado por el getulismo. Incluso puede afirmarse que algunos elementos del tenientismo se integraron en el populismo brasileño.

Entre tanto, como fenómeno paralelo al desarrollo de esas fuerzas políticas (importantes en las cuatro primeras décadas del siglo XX), surgieron partidos políticos y organizaciones sindicales obreras. Ya antes de la primera Guerra Mundial habían surgido organizaciones anarcosindicalistas en Argentina, Uruguay, Brasil y Cuba. En esos mismos países, y también en otros, aparecieron partidos socialistas y sindicatos de orientación socialista. Más tarde, principalmente después de la primera Guerra Mundial, se crearon los partidos comunistas y se desarrollaron organizaciones sindicales identificadas o en alianza con esos partidos. También surgieron muchas asociaciones y sindicatos sin definición política clara y organizaciones católicas. Además, en las primeras etapas de la industrialización de América Latina, las asociaciones de auxilio mutuo y recreativas alcanzaron una razonable amplitud. Muchas veces esas asociaciones se desarrollaron con sus contenidos políticos; otras veces se transformaron de modo profundo, según intervenían los cuadros políticos y sindicales creados por el nuevo ambiente urbano-industrial.

En síntesis, si consideramos los movimientos obreros latinoamericanos del siglo XX en su conjunto verificamos que estaban organizados (en grados diferentes, según las características del país específico) en las siguientes tendencias: anarcosindicalista, socialista, comunista, católica, democrática, "apolítica". En el sindicalismo obrero latinoamericano pudo predominar todavía el carácter propia-

mente político, pero es innegable que las reivindicaciones de carácter económico superaron generalmente a las reivindicaciones estrictamente políticas. Según Robert J. Alexander, que ha realizado varios estudios sobre la política obrera en estas naciones latinoamericanas:

> Desde el principio el trabajo organizado en América Latina ha sido altamente político. Virtualmente todos los grupos sindicales del área están íntimamente asociados a este o a aquel partido político, o al gobierno. Frecuentemente, algunos movimientos obreros específicos debieron su origen, en gran parte, a los esfuerzos de un grupo o partido político, o del gobierno nacional. [11]

Es obvio que esos movimientos políticos del proletariado naciente correspondieron a las primeras manifestaciones políticas del antagonismo contra la burguesía industrial y los otros grupos de la clase dominante. Es innegable que en una sociedad enfrascada en una reorganización profunda (que se opone a las relaciones paternalistas creadas y desarrolladas desde el periodo colonial) las tendencias políticas del sindicalismo obrero corresponden a una etapa preliminar de autodefinición y lucha. En todo caso, comienza a asentarse la importancia de las relaciones políticas dentro del cuadro de las relaciones sociales y económicas.

Frente a las experiencias políticas acumuladas y desarrolladas durante varias décadas por los movimientos obreros, se plantean las siguientes preguntas: ¿por qué el

11 Robert J. Alexander, *A Organização do Trabalho na América Latina*, trad. de Rodolfo Konder. Ed. Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1965, p. 19. Consúltese también del mismo autor *Communism in Latin America.* Rutgers University Press, New Brunswick, 1957; Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, ed. cit.; Carlos M. Rama, *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo.* Ed. Palestra, Buenos Aires, 1967.

populismo sobrepasó todas las otras corrientes políticas, consideradas en conjunto? ¿En qué medida el populismo desenvuelve o asimila elementos de aquellas experiencias políticas iniciadas anteriormente? ¿Representa el populismo una ruptura con los movimientos sindicales y políticos anteriores? Sea: ¿corresponde el populismo a una etapa singular en el desarrollo de las relaciones entre las clases? ¿En qué medida las tensiones entre las clases, aminoradas en la política de masas, pueden reaparecer en un primer plano, más explícitas, después de la experiencia populista?

No vamos a examinar aquí todos estos problemas, ni en este orden. Examinaremos apenas los problemas más relevantes propuestos por esas preguntas. Por ahora serán analizados en conjunto.

Nuestra interpretación es la siguiente: el populismo no es una ruptura con el pasado político de la clase obrera. Constituye una etapa del movimiento político obrero que corresponde al lapso en que los precursores de la urbanización, la industrialización y el crecimiento del sector terciario transformaron de un modo profundo la composición interna de la sociedad. La verdad es que esos procesos "recrearon" la estructura de clases de la sociedad latinoamericana. En la nueva configuración del sistema de clases no había lugar para los "radicalismos" propuestos anteriormente. En la época de la política de masas, la burguesía industrial asume el liderazgo ostentoso de las luchas reivindicativas y reformistas de las masas obreras y de amplios sectores de los estratos medios. Por otra parte, en la nueva configuración de clases, las organizaciones, técnicas, liderazgos e interpretaciones políticas ya existentes, precisaban de una redefinición. Muchos puntos de los programas anarcosindicalistas, socialistas y comunistas carecían de adecuación histórica; necesitaban ser reelaborados según las condiciones y posibilidades específicas de las sociedades de clases en formación en América Latina. Por ejemplo, los anarquistas, que son el caso extremo,

preconizaban la extinción del matrimonio, de las fuerzas armadas y del Estado. Es obvio que estaban apenas manejando consignas traídas por los inmigrantes europeos. En mayor o menor grado, los socialistas también hicieron trasposiciones apresuradas o discutibles. En buena medida durante la época del populismo, muchas interpretaciones y programas de esas corrientes políticas se reelaboran según las condiciones y perspectivas ofrecidas por las propias realidades nacionales.

En pocos años (en un máximo de dos o tres décadas, según el país) las transformaciones sociales, económicas, culturales, ecológicas y demográficas, crearon nuevas condiciones para la organización de las estructuras de poder y de los movimientos políticos. En consecuencia las experiencias políticas determinantes realizadas anteriormente (por los anarcosindicalistas, socialistas, comunistas y otros), se "diluyeron" en el seno de las masas recién llegadas al mundo urbano-industrial. Recordemos que el ritmo de urbanización fue acelerado en la mayoría de los países. Los desplazamientos de personas y familias rurales hacia los núcleos urbanos e industriales adquirieron grandes proporciones. Es en este contexto que se crean las villas-miseria en Buenos Aires, las favelas en Río de Janeiro y en São Paulo, las callampas en Santiago de Chile y en Bogotá, las barriadas en Lima, etcétera.

En el plano del mercado de la fuerza de trabajo, la oferta en general es mayor que la demanda, generalmente mucho mayor, lo que significa una competencia intensa en el seno del proletariado. También se acentúa la competencia en el mercado del trabajo que se crea en el sector terciario. En general y simultáneamente, esa fuerza de trabajo estaba en proceso de resocialización dentro del ambiente urbano-industrial o predominantemente urbano. Poco a poco queda sindicalizada y politizada. Pero grandes contingentes permanecen "fuera" de los cuadros políticos institucionales. En general, esos contingentes se

manifiestan casi exclusivamente con motivo de las elecciones políticas, por el voto obligatorio. No consiguen reconocer el valor relativo de la organización sindical, del debate político. Los diferentes grados de este amplio proceso de resocialización pueden caracterizarse en los siguientes términos, destacándose principalmente tres categorías de trabajadores asalariados: los sindicalizados, los no sindicalizados y los "marginales".

Sectores populares sindicalizados. Esta categoría está formada sobre todo por obreros que trabajan permanentemente en empresas grandes y medianas, que tienen –al menos en promedio– ciertos grados mínimos de calificación y que por lo general poseen condiciones de vida superiores a los niveles de subconsumo.

Sectores populares no sindicalizados. Forman esta categoría aquellos obreros que trabajan en toda suerte de pequeñas empresas industriales y comerciales, o en talleres, que desempeñan tareas de reparación, actividades de servicios, construcción, que son vendedores ambulantes y, en general, trabajadores ocasionales. A este grupo habría que agregar algunos artesanos, en especial aquellos cuyos oficios hacen casi imposible su incorporación a la moderna organización productiva industrial. Podría señalarse la probabilidad de que el obrero no sindicalizado presente, en promedio, niveles de calificación más bajos que la categoría anterior, o de que posean calificaciones distintas de las que demandan las organizaciones productivas complejas. Aunque sus niveles de vida son variables, en gran número de casos este tipo de trabajador está por debajo de los niveles de subconsumo.

Sectores populares en condiciones de "marginalidad". Por lo general, están fomados por un tipo de trabajador de escasa calificación, sin afiliación sindical y que vive por debajo de los niveles de subconsumo. Una de sus características principales es que habita en poblaciones urbanas socialmente segregadas. Este rasgo ecológico ayuda a

distinguirlos de los demás estratos populares.[12]

Simultáneamente, el Estado oligárquico (ampliamente apoyado en la economía dependiente y en los valores, esquemas y técnicas paternalistas) sufría su colapso final. En esta situación, las "nuevas clases" sociales (burguesía industrial, proletariado y nuevos sectores de la clase media) se unieron en la política de masas. Fueron creadas nuevas organizaciones, técnicas y estilos de liderazgo político, o se reformularon los anteriores. En este contexto, surgió una ideología peculiar. El principio de "paz social" (o sea, de "armonía entre las clases") adquirió primacía sobre las ideas y prácticas políticas inspiradas en los antagonismos de clase. Para acelerar las rupturas estructurales (políticas y económicas; internas y externas) que habían debilitado a la oligarquía y al imperialismo, las "clases populares", grupos de intelectuales, sectores militares y de la burguesía industrial se unieron bajo la bandera del nacionalismo (político, económico y cultural), de la grandeza nacional, de las reformas institucionales y del desarrollismo. Para unos estaba en juego la ascensión económica y social; para otros estaba en juego el capitalismo nacional; y para unos y otros, en escala variable, se trataba de emancipar al país del "latifundio" y del "imperialismo". Para la gran mayoría, sin embargo, la alianza táctica entre las clases era una realidad tan relevante que encubría razones estratégicas subyacentes. Tanto en el plano ideológico como en el de la práctica política cotidiana, el *desarrollismo nacionalista* adquirió el carácter de una estrategia posible, primordial y urgente, de progreso.

En el caso de México, el "partido de la revolución" fue siempre la principal organización política del populismo nacional. Ese partido cambió de nombre varias veces:

12 Comisión Económica para América Latina (CEPAL), *El desarrollo social de América Latina en la postguerra.* Ed. Solar-Hachette, Buenos Aires, 1966, p. 129.

Partido Nacional Revolucionario (PNR, de 1929 a 1937) Partido de la Revolución Mexicana (PRM, de 1937 a 1945) y Partido Revolucionario Institucional (PRI, desde 1945). En cada etapa, el partido experimentó modificaciones más o menos profundas, refinándose como el máximo instrumento de la política de masas mexicana. Durante su evolución el callismo fue incorporado y superado por el cardenismo, que tuvo su apogeo en 1934-40. Entre tanto, después de esta fase, el cardenismo continuó influyendo de modo decisivo en las relaciones entre las masas, el Estado y el "partido de la revolución". Por otra parte, la segunda Guerra Mundial, especialmente la lucha contra el nazi-fascismo, dio nuevas peculiaridades al populismo mexicano.

En el Perú, el aprismo fue la más audaz experiencia populista. La Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), fundada en 1930 bajo la jefatura de Víctor Raúl Haya de la Torre, nació inspirada por las luchas de los estudiantes en torno a las reformas universitarias y de los trabajadores indios y mestizos en torno a derechos sociales mínimos. Como nunca llegó al poder, al aprismo mantuvo acentuados sus caracteres ideológicos de revolución romántica, fuertemente penetrada de la visión de la clase media intelectual. Combinaba, en una misma doctrina, referencias a la dialéctica, a la relatividad y al indoamericanismo. Pretendía romper las estructuras oligárquicas que José Carlos Mariátegui describió e interpretó de modo magistral. Bajo muchos aspectos, el aprismo se proponía realizar la unificación y las modernas estructuras creadas en México por medio de la revolución armada. No lo consiguió. El país continuó siendo gobernado por una combinación de las oligarquías de cacicazgos-militares y las "nuevas masas". En contraposición al aprismo, predominó en el gobierno peruano el odriísmo (del general Manuel A. Odría).

En Brasil, el getulismo tuvo varias fases. Entre 1930 y 1937, Getulio Vargas ensayó una democracia populista,

haciendo concesiones simultáneas a la clase media y al proletariado. En esos años creó las bases del populismo getulista, formulando la doctrina de la "paz social" y reconociendo para los sindicatos la misma categoría de partidos. En los años de 1937-45, Vargas instaló una *dictadura populista* bajo la denominación de *Estado Novo.* En ese periodo creó la *Consolidación de las Leyes de Trabajo* (CLT), formalizando de modo completo las relaciones de trabajo en los sectores secundario y terciario. Por medio del salario mínimo, las vacaciones remuneradas, el aviso previo, la asistencia en caso de accidente, etcétera, se formalizan los derechos y deberes de los trabajadores en el mercado de trabajo industrial. Al mismo tiempo, se crearon los requisitos organizativos y funcionarios (comúnmente denominados burocráticos) por medio de los cuales se prepara la aparición del *peleguismo.* Los peleles (o los *charros,* como son llamados en México) son el producto necesario del populismo; ellos aparecen en todas las relaciones importantes entre los sindicatos, las masas, los partidos y el Estado. En los años de 1951-54 Vargas procuró poner en práctica la *democracia populista,* en armonía con las nuevas condiciones de participación política en las ciudades. Los más importantes acontecimientos del populismo brasileño en este periodo fueron la creación de Petrobrás y la redacción de la *Carta testamento* de Vargas. En esta carta, escrita en las vísperas de su suicidio, Vargas resume algunos de los principales puntos del populismo brasileño. Pero la democracia populista en Brasil logra su máximo desarrollo y entra en colapso en los años de 1961-64, bajo el gobierno de João Goulart. En grados variables, la gran organización política del populismo fue la combinación Partido Trabalhista Brasileiro-Partido Comunista do Brasil (PTB-PCB). Fue esta alianza PTB-PCB la que elaboró y desarrolló las relaciones entre las masas obreras, los sindicatos y el Estado. En esa alianza también entraron muchas veces intelectuales, militares y estudiantes universitarios.

En Argentina, el peronismo surge de y se mantiene bastante vinculado al sistema sindical preexistente. Pero amplía cuantitativamente y redefine ese sistema, marcando cada vez más sus diferencias con las organizaciones políticas y sindicales de izquierda. En el partido peronista dominaron profundamente las figuras de Perón y Eva Perón; se desarrolló ampliamente el liderazgo carismático. Además, en el caso de Evita Perón, el liderazgo carismático típico del populismo latinoamericano logró una de sus manifestaciones más avanzadas. En el peronismo también estuvieron presentes sectores militares, mucho más que intelectuales y estudiantes universitarios. El populismo argentino, ampliamente apoyado en cuadros militares, estaba comprometido con la idea de la "patria grande", o de la grande Argentina, en relación con el liderazgo de América Latina.

En conjunto, creció bastante el movimiento sindical; tanto en términos cuantitativos como en términos relacionados con la participación del proletariado en actividades políticas o de significación política. Pero en 1961 aún son relativamente pocos los obreros sindicalizados. Incluso en el sector de la clase media, el proceso de sindicalización no aumentó lo suficiente con respecto al crecimiento de la mano de obra activa. Considerando la totalidad de los trabajadores asalariados, se estima que en 1961 apenas cerca de un diez por ciento estaba sindicalizado. En síntesis, la situación de los sindicatos obreros era la que se muestra en el cuadro 5.

Pero el sistema sindical es apenas uno de los niveles organizativos de la política de masas. Conviene tomar en cuenta a los partidos políticos, así como a otros grupos de presión. Tanto los sindicatos y partidos como la burocracia ministerial, etcétera, en conjunto, configuraron la maquinaria política del populismo. En todos los casos, sin embargo, ya fuera en México o en Brasil, en Perú o en Argentina, las organizaciones políticas populistas se desarrollaron independientemente o en oposición a las organi-

Cuadro 5

MIEMBROS DE LOS SINDICATOS OBREROS EN AMERICA LATINA

(1961)

País	Miembros
Argentina	2 500 000
Bolivia	100 000
Brasil	1 000 000
Colombia	150 000
Costa Rica	25 000
Cuba	800 000
Chile	300 000
Ecuador	75 000
Guatemala	15 000
Honduras	25 000
México	1 000 000
Panamá	15 000
Perú	200 000
Salvador	25 000
Uruguay	75 000
Venezuela	250 000
Total	6 555 000

Fuente: Cf. Robert J. Alexander, en artículo publicado en *Política*, Caracas, n. 16, 1961. Datos transcritos por Luis B. Prieto F., "Educação para América Latina", en la obra organizada por Mildred Adams, *América Latina: Evolução ou Exploção?*, trad. de Fernando Castro Ferro, Zahar Editores, Río de Janeiro, 1964, p. 189.

zaciones de izquierda y derecha. Asimismo crearon técnicas políticas propias y desarrollaron un estilo de liderazgo particularmente demagógico. En estos casos, la *demagogia* fue antes una técnica de reclutamiento político que una técnica de politización, aun cuando esta connotación no dejó nunca de estar presente.

Solamente una parte muy restringida de las masas populistas se preocupó por la democracia propiamente dicha. Para la gran mayoría de los adeptos pasivos y

activos del populismo, lo que estaba en juego era la ascensión económica y social; sólo en un plano secundario centraba su atención en el acceso a la educación elemental y secundaria o en la democratización propiamente dicha de las relaciones políticas. Los ideales democráticos eran generalmente preconizados por los sectores de la clase media o los grupos de oposición de la clase dominante. En la mayoría de los casos, las luchas populistas contra las oligarquías y el imperialismo (por el desarrollismo nacionalista) condujeron a la dictadura abierta o disfrazada. El autoritarismo, más o menos velado, predominó en el cardenismo, getulismo, velasquismo, ordriísmo, marinismo, peronismo, etcétera. Lo que estaba en juego era una estrategia política de desarrollismo nacional, junto con un remodelamiento de las estructuras de poder. El juego político de las masas debía permanecer bajo el control estratégico de la burguesía. Este juego audaz de algunos sectores de la clase dominante con las masas era también un juego tanto del desarrollo capitalista como del desarrollo de tipo socialista. Como la política de masas no podía dejar de ser hecha con los sindicatos y también con los partidos o tendencias de izquierda, el riesgo de radicalización de la izquierda fue siempre evitado con cierta dosis de autoritarismo o de violencia reaccionaria. Y cuando la política de masas desarrolló excesivamente la politización de los trabajadores industriales, como en Argentina (hasta 1951) y en Brasil (hasta 1964), el golpe de Estado resolvió las dificultades.

En todas esas experiencias nacionales, las izquierdas estuvieron presentes, dentro o fuera de los movimientos populistas. Partidos y sindicatos socialistas y comunistas intervinieron en la política de masas, como sucedió en el cardenismo y en el getulismo. O bien permanecieron como fuerza política activa fuera del movimiento de masas, como en el aprismo y el peronismo. De cualquier forma, las izquierdas estaban presentes en el contexto político populista, en cada país; inclusive mantenían una línea

crítica con relación a esos movimientos. Pero cuando actuaban incorporadas al interior del aparato político de los gobiernos populistas (como en el gobierno de Cárdenas, en México, o en el gobierno de Goulart, en Brasil), las izquierdas mantenían una posición crítica, o preconizaban (verbalmente) el avance de la lucha reivindicatoria más allá de los blancos estrechos del populismo.

Entre tanto, esas fuerzas políticas de izquierda no fueron capaces (en ninguno de esos países) de transformar las alianzas tácticas con las fuerzas no izquierdistas en una lucha abierta contra el inmovilismo o la falta de audacia de esas mismas fuerzas. Como la izquierda se comprometía profundamente con las organizaciones, las técnicas y los estilos de liderazgo del populismo durante las épocas "normales", en los momentos críticos no consiguieron desembarazarse de la tecnología política típica del populismo. Frente al liderazgo demagógico desarrollado por el populismo, la izquierda no había conseguido proponer y difundir un estilo de liderazgo propiamente revolucionario. La interpretación misma de la situación política (nacional e internacional) había quedado bastante vinculada a la interpretación elaborada por las fuerzas no izquierdistas del populismo. En una fase, las fuerzas socialistas y comunistas (dentro y fuera del movimiento de masas) habían transformado la dialéctica en una teoría de no violencia; o mejor: en una teoría de las reformas sociales. Cuando se presentaban las situaciones revolucionarias, esas fuerzas no contaban sino con una versión deteriorada de la teoría revolucionaria.

En el transcurso de la política de masas, la clase obrera fue conducida mucho más a luchas contra los enemigos de su enemigo. En esa época las luchas contra las oligarquías latifundistas y el imperialismo fueron colocadas en primer plano. Lo que significaba una lucha principal para la burguesía industrial, interesada en el mercado interno, también era considerado como una lucha principal por el proletariado. Las organizaciones y liderazgos políticos de

izquierda lo llevaban a ese compromiso mutilador o enajenante. En consecuencia, cuando su enemigo (la burguesía) se vuelve contra él, el proletariado no está preparado para reaccionar políticamente. Se sorprende frente a su propia "confusión" ante diferentes enemigos. Se sorprende frente a la alianza entre su enemigo principal (o aliado de ayer) y los enemigos de su enemigo. Es que el proletariado no se daba cuenta de la paulatina transformación de una alianza táctica en un compromiso estratégico. Rectifica la alianza táctica preconizada por las izquierdas reformistas.

Por esos motivos, cuando ocurre el golpe de Estado (contra Arbenz, en Guatemala, en 1954; contra Perón, en Argentina, en 1955; contra Goulart, en Brasil, en 1964) ni los obreros ni los campesinos ni los estudiantes universitarios reciben armas para luchar. El gobierno populista acepta apenas la coraza política que las masas le pueden propiciar (huelgas, comicios, manifestaciones, voto, etcétera). Bajo ningún concepto los gobernantes populistas aceptan la defensa armada por parte de los trabajadores y estudiantes. Cualquier defensa armada sostenida en las masas coloca al poder burgués, automáticamente, en el camino de su liquidación. Las armas son monopolio de las fuerzas armadas que son parte esencial del poder burgués. Según dijo el presidente Goulart, al ser depuesto, cuando le pidieron armas para los obreros y los estudiantes: ellos no saben cómo usarlas. Es que (podemos añadir) ellos pueden querer utilizarlas contra la clase dominante.

5. *Las masas revolucionarias*

La naturaleza de las relaciones entre las clases sociales en América Latina no se aclara a no ser que expliquemos las condiciones en que ocurre la transformación del movimiento de masas en lucha de clases. De acuerdo con lo analizado en partes anteriores de este estudio, *las diversas modalidades corresponden, en última instancia, a la alianza entre clases sociales.* En función del desarrollo econó-

mico y del nacionalismo diferentes grupos y clases sociales se organizan políticamente a través del movimiento populista. No hay duda de que ésta es una configuración real del juego y la actividad de relación entre las clases sociales. En los países subdesarrollados y dependientes, la alianza entre las clases sociales antagónicas y el imperialismo y la oligarquía es una posibilidad real. Más aún, es una posibilidad predominante. De cualquier modo el movimiento de masas expresa algunos lineamientos más importantes de la estructura social y de las propias relaciones entre las clases. Pero la explicación del populismo no agota la naturaleza de las relaciones entre las clases sociales en el desarrollo de estas naciones.

Es indispensable avanzar más en este análisis. Es necesario aclarar los elementos específicos de las propias relaciones de clase según aparecen los primeros en la situación latinoamericana, cuando las clases abandonan (o pueden abandonar) la alianza populista por la confrontación abierta. Si es verdad que en el populismo las relaciones antagónicas están veladas por la alianza táctica o tácita, nuestra hipótesis consiste en verificar en qué condiciones esta alianza puede romperse (y de hecho se ha roto). En Guatemala, en 1954, en Argentina, en 1955, y en Brasil, en 1964, esa alianza estuvo en vías de romperse. Hubo así varios indicios de un movimiento de ruptura revolucionaria en estos países. Sin embargo, no ocurrió de inmediato la transformación del movimiento de masas en lucha de clases. Por otro lado, en Bolivia en 1952, y en Cuba, en 1959, el movimiento popular ampliamente apoyado en elementos y experiencias populistas se desdobló en la lucha abierta entre las clases. Aun cuando con desarrollos posteriores distintos, en estos dos países los movimientos de masas contra la dictadura (civil o militarizada) adquirieron abiertamente, el carácter de lucha de clases. En el caso de México, la lucha de clases ocurrida en el seno de la Revolución Mexicana acaba por convertirse en alianza de las clases bajo la hegemonía

burguesa. En este sentido, el cardenismo corresponde al máximo desarrollo del proceso revolucionario, en lo que él tenía de desarrollista y nacionalista. En el cardenismo los antagonismos de clase inherentes a la revolución quedan sometidos a la alianza de clases, también inherente a la revolución. Así, entre las dos tendencias polares presentes en la Revolución Mexicana (la lucha de clases y la alianza de clases) acaba por predominar el desarrollismo nacionalista típico del populismo. Vence el orden burgués.

En Perú, por otra parte, el aprismo nunca llegó al poder, no llegó a ser fuerza dominante. Debido a la tenacidad del Estado oligárquico y también a la fuerte connotación de clase media adquirida por el movimiento aprista, éste nunca consiguió asumir el poder. Además, su apariencia revolucionaria era principalmente verbal. Más aún, era confusa tanto en su rechazo del marxismo como en su tonalidad indo-americanista. Poco a poco, el populismo aprista adquirió mayor concreción en el populismo belaundista. La Acción Popular (AP) sucede a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) así como Fernando Belaúnde Terry sucede a Víctor Raúl Haya de la Torre. Parece como si el populismo abstracto de la APRA adquiriese concreción en el desarrollismo populista de la AP. Es en ese contexto que las fuerzas políticas de izquierda más radical abandonan el juego político institucional. En 1963 Belaúnde asume la presidencia de la República, después de vencer las elecciones del 9 de junio del mismo año. En 1965 ya está en curso el movimiento guerrillero peruano. Bajo el liderazgo del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), las relaciones entre las clases sociales en Perú adquieren una connotación nueva. En términos del proceso político nacional, la política de masas ensayada por la AP también comenzó a ser contestada por el MIR.[13]

13 Inmediatamente después de la deposición de Belaúnde, ocurrida en 1968, el gobierno del general Velasco Alvarado, pasó a

En el caso especial de Bolivia, la revolución de 1952 fue un acontecimiento político altamente significativo. La revolución fue conducida por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), partido creado varios años antes. Además, ese partido ya había participado en el gobierno anteriormente, cuando consiguió que algunos puntos de su programa fueran discutidos en el plano gubernamental. En 1951, Paz Estenssoro, candidato presidencial del MNR, había obtenido el mayor porcentaje (46%) de los votos. Faltaba apenas la decisión favorable del Congreso Nacional y todo indicaba que tomaría la presidencia. Sin embargo, el presidente Urriolagoitia renunció al cargo y entregó la presidencia a una junta militar constituida por tres generales y siete coroneles. Esa situación perduró por algunos meses. Mientras tanto, el MNR preparó un golpe revolucionario. La revuelta explotó el 9 de abril de 1952, en La Paz, Oruro, Cochabamba, Potosí y otras ciudades. El 15 de abril Paz Estenssoro asumió el poder. En seguida inició un programa de reformulación general del aparato estatal, reforma agraria y nacionalización de las minas. Las propias fuerzas armadas fueron reorganizadas en base a las milicias populares surgidas durante la revolución.

En el plano de las relaciones de clase, el MNR dirigía una alianza en favor de los cambios sociales y del desarrollismo nacionalista. La situación revolucionaria, sin embargo, puso en evidencia las contradicciones más profundas. Por eso es que el MNR fue obligado a intervenir las organizaciones militares (profundamente oligárquicas), las empresas extranjeras en la minería y la propiedad de la tierra. Es obvio que esos factores revelan la profundidad de las contradicciones económicas y sociales. Estas se estaban desarrollando más allá de las intenciones y del control del MNR. Por esa razón el mismo partido de la revolución comienza a controlar, manipular el proceso

ensayar un populismo de derecha, tratando de controlar los desarrollos más radicales de la lucha de clases.

político, evitando la radicalización iniciada por la propia revuelta. El golpe de Estado contra Paz Estenssoro, el 3 de noviembre de 1964, fue comandado por el general René Barrientos Ortuño. Bajo muchos aspectos, la deposición de Estenssoro fue el resultado de la incapacidad de la política reformista para hacer frente a los problemas económicos y sociales del país. De ahí la dictadura militar en combinación con los intereses del imperialismo norteamericano. Así la experiencia populista boliviana sucumbe en doce años. En seguida, en el año de 1967, surge en Bolivia la guerrilla revolucionaria. En algunos casos, pues, el colapso del populismo crea nuevas condiciones para la salida revolucionaria.

En Venezuela tampoco el populismo de la Acción Democrática (AD), bajo el liderazgo de Rómulo Betancourt, consiguió dominar satisfactoriamente los antagonismos de clase. En las condiciones económicas, sociales y políticas que presenta un país profundamente ligado al imperialismo, los antagonismos de clase tienden a manifestarse más abiertamente. En consecuencia, todo reformismo efectivo de la AD en el gobierno (Rómulo Betancourt, 1958-64, y Raúl Leoni, 1964-70) no fue capaz de evitar la eclosión y la continuidad del movimiento guerrillero. Así, en Venezuela, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) representó la manifestación más abierta de la lucha de clases que entonces afloraba en el país. El populismo de la AD llegó muy tarde al poder para intentar enfrentarse a las distorsiones políticas, sociales y económicas creadas por una de las economías más típicas de la dependencia latinoamericana. Según afirmó en 1948 el presidente Rómulo Gallegos, poco después de su deposición mediante un golpe de Estado:

> Las compañías petroleras de los Estados Unidos y los grupos reaccionarios locales han sido los responsables del reciente golpe militar en Venezuela. La *clique* del ejército fue alentada por las compañías petroleras y los

capitalistas locales para apoderarse del país. El agregado militar de una gran potencia estuvo en el cuartel general del ejército cuando el golpe se preparó.[14]

Así, al mismo tiempo que Venezuela estaba siendo "salvada para la democracia", se creaban condiciones nuevas para la lucha abierta de clases. Cuando el imperialismo norteamericano fue en socorro del reformismo de la Acción Democrática, con Betancourt en el poder, la guerrilla ya se volvía inevitable.

En gradaciones más o menos acentuadas, el mismo proceso de radicalización ocurrió en otros países. En Guatemala avanzó bastante en términos de lucha guerrillera. De la misma manera, en Colombia la violencia oligárquica pasó a ser combatida por la violencia revolucionaria. En Chile, la experiencia reformista del gobierno de Eduardo Frei, iniciada en 1964, se enfrentó a problemas políticos y económicos cada vez más graves. En la medida en que se profundizaban las contradicciones sociales y las reformas no se hacían efectivas, entraba en colapso la "revolución pacífica" ensayada por la democracia cristiana. La experiencia chilena del gobierno de Frei, inspirada en el populismo cristiano y en la Alianza para el Progreso, entró luego en la etapa en que los detentadores del poder luchaban apenas para mantener las apariencias. Las tensiones sociales, económicas y políticas crecieron continuamente. Y los militares comenzaron a inquietarse, según noticias de mayo de 1968. En un relato sobre la crisis chilena, publicado por la revista *The Economist,* se registra lo siguiente:

14 *The New York Times,* 25 de noviembre, 27 de noviembre y 6 de diciembre de 1948. Posteriormente se identificó al coronel Adams, de la embajada norteamericana en Caracas, como el agregado militar mencionado por Rómulo Gallegos. Cf. Paul A. Baran, *La economía política del crecimiento.* Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1958, p. 242.

Descontentos por sus bajas remuneraciones y molestos por las querellas entre el gobierno y la oposición; por el largo trámite del proyecto de reajustes de remuneraciones en el Parlamento, por las múltiples huelgas indefinidas y por el desorden político y gremial, los militares chilenos hicieron sonar simbólicamente sus sables y taconear sus botas, causando preocupación en todos los medios políticos y ciudadanos del país.[15]

Al mismo tiempo, comenzaban a circular rumores de movimientos guerrilleros. La experiencia realizada por el "populismo cristiano" del gobierno de Frei fue el desecho de una secuencia de experimentos populistas iniciados con el Frente Popular en la década de los 30.[16]

De todas las experiencias políticas latinoamericanas, sin embargo, la revolución socialista en Cuba sobresale sobre cualquier otra. Por una parte, el proceso revolucionario en ese país produjo un gobierno socialista, en contraposición al régimen capitalista anteriormente prevaleciente. Esto significa que la Revolución Cubana sobrepasó (en significación histórica) a las revoluciones mexicana y boliviana y, aún más, a todas las otras experiencias políticas nacionales en América Latina. Por otra parte, la victoria del socialismo en Cuba fue el resultado de un movimiento político ampliamente apoyado en organizaciones, técnicas y blancos políticos de tipo populista. La ideología que galvanizaba a la población cubana, en la primera etapa del proceso revolucionario, estaba impregnada de valores democrático-burgueses o liberales. En ese periodo se tra-

15 *The Economist para América Latina,* vol. 2, n. 10, 15 de mayo de 1968, p. 13.

16 El gobierno de Allende, iniciado en 1970, no está exento del patrón populista de combinación y alianza de clases. Además, si el programa socialista no pudiera avanzar más allá del punto crítico (control real del aparato estatal), ese gobierno puede configurarse como una experiencia populista más. Esto es, ésa será una posibilidad.

taba de derribar la dictadura de Batista. Por eso, los *apelos* populistas y liberales se combinaron positivamente.

Sin embargo, las contradicciones de clase se fueron manifestando de un modo cada vez más intenso durante la propia lucha revolucionaria. Poco a poco se polarizaron las posiciones y se definieron más claramente los antagonismos. Después de la victoria militar contra Batista, las divergencias con el imperialismo aparecieron en primer plano y se desarrollaron. En consecuencia, la solución del problema (intentada en los primeros días, una vez alcanzada la victoria militar de las fuerzas revolucionarias comandadas por Fidel Castro) se reveló inmediatamente como imposible. Las contradicciones de clase ya se habían manifestado abiertamente en el plano político. Así, las fuerzas revolucionarias pudieron impulsar la lucha política y consolidar la instalación de un gobierno socialista.

Como puede apreciarse (según la síntesis expuesta en los párrafos anteriores), la sociedad de clases en América Latina ingresó en una nueva etapa decisiva. Tanto las experiencias populistas más desarrolladas (getulismo, peronismo, cardenismo) como las experiencias revolucionarias más notables (destacándose la revolución socialista en Cuba) denotan un progresivo ensanchamiento de los cuadros históricos de la política latinoamericana. Sin embargo, para comprender mejor la naturaleza de esas transformaciones es necesario examinar en mayor detalle tres diferentes problemas. Nos referimos a las características de la estructura social, a los cambios ocurridos en las organizaciones y prácticas políticas y, finalmente, al papel desempeñado por el imperialismo.

Veamos, en primer lugar, cómo se presenta la estructura social en sus aspectos principales. Conforme a lo afirmado anteriormente, la diferenciación del sistema economicosocial produjo las líneas maestras de un sistema de clases sociales perfectamente configurado. En gradaciones distintas, conforme el país, los elementos políticos y culturales de un orden social oligárquico fueron superados

por los elementos específicos de la sociedad de clases. Las ambigüedades estructurales heredadas del siglo XIX fueron alteradas a mediados del siglo XX. La sociedad oligárquica fue sucedida por la sociedad de clases. Esto significa que en esta sociedad las contradicciones más profundas aparecen y se desarrollan por medio de determinaciones básicas. En aquella sociedad, bajo el orden oligárquico, las contradicciones profundas no se revelaron abiertamente a no ser en acontecimientos esporádicos, excepcionales. En la sociedad oligárquica la lucha por el poder está mucho más circunscrita a las luchas entre los grupos componentes de la clase dominante.

No hay duda de que existen desigualdades internas profundas en los países de América Latina. Los propios segmentos oligárquicos aún son poderosos en la mayoría de las naciones. Sin embargo, las transformaciones sociales, económicas y políticas ocurridas desde la primera Guerra Mundial, colocaron a las instituciones de tipo oligárquico en un segundo plano. En términos de la estructura de poder dominante, los patrones y las técnicas oligárquicos fueron sustituidos por los patrones y las técnicas democráticos. En cuanto sobreviene la dictadura (civil o militar), ésta posee el carácter de dominio burgués. El Estado oligárquico dio lugar al Estado burgués propiamente dicho, sea democrático o dictatorial.

Sin embargo, persisten las desigualdades económicas y sociales, subsisten situaciones comunitarias y oligárquicas en el interior del sistema nacional, organizado según los esquemas de las sociedades de clase. Como dice el economista chileno Carlos Romeo, existen enormes diferencias de nivel técnico entre los diversos dominios de la producción. En consecuencia, la situación obrera y campesina varía, desde el trabajo asalariado perfeccionado hasta la remuneración en especie, desde el trabajo mecanizado hasta la simple recolección. Las relaciones de producción presentan diferentes niveles de desarrollo a causa de los distintos niveles de organización técnica de la pro-

ducción. En la mayoría de los países las sociedades parecen organizarse en círculos concéntricos, en segmentos graduados, correspondientes a los distintos niveles técnico-económicos del sistema productivo. Así, asienta Carlos Romeo:

> Los productos fluyen asimismo de la periferia hacia el centro, en forma de mercancías. Los precios comprenden la ganancia del capital que los ha producido, la renta del propietario de la tierra y los ingresos de los latifundistas. Pero comprenden también los salarios extremadamente bajos de los trabajadores y la miseria en que viven. El dinero que reciben los campesinos, los aparceros, los indígenas a cambio del producto de su trabajo, sanciona implícitamente su condición de vida y el bajo precio dado a su trabajo, mientras que los que compran estos productos *aprovechan objetivamente las ventajas que tienen.* Es así como los niveles de vida más altos se hacen posibles gracias a los más bajos. *Dentro del capitalismo, el mantenimiento de las condiciones de vida de las capas más altas de la sociedad exige el mantenimiento de las condiciones de vida de las capas más bajas.* La polarización de las riquezas es por lo tanto, la condición *sine qua non* del mantenimiento de las sociedades.[17]

En este contexto, la estratificación técnico-económica vuelve aún más acentuada la explotación de una clase por

17 Carlos Romeo, *Sur les classes sociales en Amérique Latine.* Ed. Maspero, París, 1968, pp. 29-30. Consultar también: Economic Commission for Latin America, *The Process of Industrial Development in Latin America.* United Nations, Nueva York, 1966, pp. 78-83, véase *El proceso de industrialización en América Latina.* Ed. Naciones Unidas, 1965. Comisión Económica para América Latina (CEPAL), *Problemas y perspectivas de la agricultura latinoamericana.* Ed. Solar-Hachette, Buenos Aires, 1965, pp. 57-58.

otra. Más todavía, esa explotación aparece también en las relaciones entre los grupos sociales que componen las clases principales.

> Se trata de una relación de explotación entre productores de estatuto técnico-económico desigual, que intercambian sus productos según un principio de equivalencia que implica el reconocimiento mutuo de su desigualdad. En resumen, el intercambio desigual consiste en el trueque de una pequeña cantidad de trabajo altamente remunerado contra una gran cantidad de trabajo de baja remuneración.[18]

En este sistema de relaciones económicas, las desigualdades (acentuadas o no) tienden a preservarse. Así, al lado de una estratificación social vertical que integra asalariados (urbanos, industriales y rurales) y propietarios de los medios de producción, se verifica una estratificación horizontal, que se vuelca sobre los obreros industriales mejor situados, que al proletariado agrícola. En la base del sistema social, pero participando del producto social en proporción bajísima, se encuentran los campesinos, los mineros y las poblaciones "marginales" de los grandes centros urbanos e industriales. En cuanto a la explotación de las masas campesinas, basta recordar que los problemas agrarios aparecen como fundamentales en las tres revoluciones ocurridas en América Latina. De acuerdo con las aseveraciones de Cole Blasier, científico político norteamericano, en un estudio sobre las revoluciones ocurridas en México, en Bolivia y en Cuba:

> Los problemas agrarios son fundamentales para comprender a las tres revoluciones, debido a la importancia de la agricultura en cada uno de esos países. Vísperas de la revolución, en México predominaba la población

18 Carlos Romeo, op. cit., p. 30.

rural (69%), al igual que en Bolivia (73%). En Cuba, donde la población rural había disminuido a menos de la mitad (43%) en 1959, el azúcar, y el producto agrícola, dominaban la economía [...]

Antes de la revolución, la agricultura de los tres países adolecía de una explotación insuficientemente intensiva, ineficiencia, así como de muchos de los males asociados con el subdesarrollo. Numerosos expertos contemporáneos, atribuyeron esta situación a los sistemas anticuados de tenencia de la tierra, tanto en México como en Bolivia. En Cuba, la tendencia era a enfatizar el descuido de la administración para modernizarla y diversificarla.[19]

En el conjunto de las economías nacionales de América Latina, la situación de los trabajadores agrícolas es cada vez peor en la escala de participación del producto social. Aun cuando hayan ocurrido algunos cambios organizativos y tecnológicos en varios sectores del mundo agrario, los diversos proletariados agrícolas continúan, en conjunto, ocupando el punto más bajo de la escala social. Según el estudio realizado por la CEPAL, en base a datos relativos a los años que culminan en 1960,

El ingreso promedio del trabajador agrícola era mucho más reducido que el del trabajador ocupado en actividades no agrícolas. Así ocurre, con mayor o menor intensidad, en todos los países de la región. Dichos promedios ocultan la verdadera situación económica de la gran masa campesina, en virtud del extremo desequilibrio que se registra en la distribución del ingreso agrícola.[20]

19 Cole Blasier, "Studies of Social Revolution: Origins in Mexico, Bolivia and Cuba", reimpreso por *Latin American Research Review*, vol. II, n. 3, verano de 1967, pp. 28-64; citas en pp. 31 y 32

20 CEPAL, *Problemas y perspectivas de la agricultura latinoamericana*, op. cit., pp. 57-58.

No hay duda de que el proletariado agrícola se encuentra en una situación inferior si se la compara con la situación del trabajador industrial. Sin embargo, en el seno del propio proletariado industrial existen desniveles acentuados. Nuevamente, estas desigualdades están relacionadas con la estratificación tecnológica y económica de las ramas y empresas fabriles. Según un estudio publicado por la CEPAL en 1965, en la mayoría de los países latinoamericanos el nivel salarial en el sector secundario varía de una manera bastante acentuada dentro de un mismo país. Los datos revelan que:

> [. . .] un alto grado de variación de las remuneraciones por persona entre las distintas ramas industriales, con relaciones entre los valores extremos de 1 a 2 en el caso de Brasil, 1 a 3 en los de Chile, México y Venezuela, y 1 a 5 en el de Colombia. Los niveles más bajos suelen registrarse en las industrias del calzado y confecciones y de madera y muebles, en tanto que los más altos corresponden a las de derivados del petróleo y carbón, equipo de transporte en el caso del Brasil e industrias del caucho en el del Perú [. . .]
>
> Las menos productivas, al tener la posibilidad de pagar remuneraciones también más bajas a la mano de obra, quedan habilitados mediante ese arbitrio para mantener sus posiciones competitivas en el mercado, lo que no ocurriría si se diesen otras fuerzas suficientemente poderosas como para asegurar un régimen más homogéneo de remuneraciones.[21]

Es en este contexto social y económico que las relaciones de clase evolucionaron de los patrones de alianza hacia los patrones de antagonismo. La propia diferenciación económica y social interna del sistema creó mayores

21 Comisión Económica para América Latina, *El proceso de industrialización. . .*, op. cit. pp. 90, 92.

y más complejos desniveles entre las clases y los grupos sociales. Este es, pues, uno de los planos en que la política de masas sufre un colapso. La política de conciliación, inherente al populismo, no puede subsistir donde las desigualdades sociales se multiplican y agravan. Ocurre que amplios sectores del proletariado industrial y agrícola se mantienen pauperizados. Al lado de la *pauperización relativa,* permitida por todo el sistema, sobreviene también la *pauperización absoluta.* Conforme al análisis realizado aquí, la estratificación técnico-económica produce cambios desiguales: *Se cambia una pequeña cantidad de trabajo altamente remunerado por una gran cantidad de trabajo pobremente remunerado.* Es obvio que ese sistema de relaciones consolida o agrava la pauperización. En general, el sector económico más desarrollado técnicamente presenta ritmos más acelerados de crecimiento. Los diferentes grados de organización tecnológica de la producción indican también diferentes grados de potencialización de la fuerza de trabajo.

Veamos ahora, en segundo lugar, otro orden de problemas: aquellos sin los cuales no es posible comprender por qué las relaciones de clase en América Latina entran en una nueva etapa. El problema central consiste en saber qué transformaciones ocurren en la vida política de varias naciones, cuándo se revelan las limitaciones de las organizaciones y técnicas políticas de tipo populista. En este sentido, se trata de saber cómo sobreviene la aparición de las organizaciones, técnicas, liderazgos e interpretaciones revolucionarias en contraposición al reformismo burgués o al reformismo de las izquierdas "tradicionales".

Pero antes conviene recordar que las organizaciones y los liderazgos políticos de izquierda (socialistas, anarcosindicalistas y comunistas) creados durante las cinco primeras décadas del siglo sucumbieron o fueron absorbidos por los partidos o movimientos nacionalistas. El desarrollismo nacionalista (combinando intereses de grupos y clases sociales) fue más poderoso que el radicalismo teórico

y abstracto de la mayoría de los partidos, sindicatos y movimientos izquierdistas tradicionales. En muchos casos, esas organizaciones de izquierda fueron absorbidas en la política de masas, en nombre de una alianza táctica. Otras veces, simplemente quedaron marginadas, transformándose en "clubes" de debates políticos. En algunos casos, los partidos, sindicatos y movimientos de izquierda, creados antes y luego después de la primera Guerra Mundial, consiguieron renovarse, ajustándose a las nuevas condiciones políticas, sin perder la perspectiva revolucionaria. En ese conjunto, sin embargo, fueron "superados" por el populismo. No consiguieron huir de la fascinación ejercida por el nacionalismo político y económico dirigido por Cárdenas, Vargas, Perón y otros. En este proceso, también sucumbieron a la *demagogia* populista las organizaciones sindicales oficializadas. En este cuadro, el *pelele* o el *charro* (brasileño, mexicano, argentino, etcétera) se convierte en líder obrero oficial. Poco a poco, se confunden medios y fines, tácticas y estrategias. Poco a poco, la dialéctica deja de ser un método de acción para volverse un ejercicio de retórica populista. La práctica populista llevó a las izquierdas (especialmente a los partidos comunistas tradicionales) a transformar la dialéctica en una filosofía del optimismo.[22]

Lo que nos brinda otra lección latinoamericana: la "atomización" de la izquierda se debe a su falta de penetración en los movimientos de base, en las formas organizativas y de lucha que surgen de la experiencia

22 A propósito de la absorción de amplios sectores políticos de izquierda por los movimientos populistas, consultar: Régis Debray, *Ensayos sobre América Latina*. Ed. Era, México, 1969. Víctor Flores Olea, *Socialismo y política en América Latina*. Ed. Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1966; Carlos Romeo, *Sur les classes sociales en Amérique Latine*, op. cit.; Rodolfo Stavenhagen, "Siete tesis equivocadas sobre América Latina", *Política externa independiente*, n. 1, Río de Janeiro, 1965.

directa y de la tradición de obreros y campesinos. Las discusiones entre intelectuales y entre direcciones "doctrinarias" no tienen fin: son oposiciones "vacías" y puramente "especulativas", en cuanto están al margen de la dinámica de la sociedad y de la historia.[23]

Paulatinamente, sin embargo, la crítica del populismo y de la izquierda comprometida con el reformismo burgués o socializante produjo resultados prácticos o teóricos. De un lado, el debate teórico abrió y continúa abriendo otras perspectivas a las organizaciones políticas existentes, o recién creadas. Por otro, las transformaciones sociales colocaron bajo nuevas perspectivas una política de izquierda propiamente revolucionaria. Además, las experiencias populistas revelaron sus propias limitaciones. Las contradicciones inherentes a la política de masas acabaron por imponer a las izquierdas realmente marxistas un panorama político totalmente nuevo. La deteriorización del cardenismo, el colapso del peronismo, la ineficacia del aprismo, las frustraciones del getulismo –entre otras experiencias negativas– colocaron a la izquierda latinoamericana frente a una situación política nueva.

Una de las razones por las que estas experiencias entraron en crisis se localiza en el "agotamiento" de la política de sustitución de importaciones. El populismo (de Cárdenas, Vargas, Perón y otros) era la contrapartida política del modelo de desarrollo económico "hacia adentro", conforme al lenguaje difundido por los técnicos de la CEPAL. A partir de cierto momento, esta política económica agota sus posibilidades en términos de lo que se propone. En la mayoría de los países el proteccionismo aduanero y el nacionalismo económico, que habían favorecido la industrialización monopolista, se transforman en obstáculos para el ingreso del país en una nueva etapa de expansión económica. Las mismas instituciones que favorecen la in-

23 Víctor Flores Olea, op. cit., p. 70.

dustrialización de tipo nacionalista, se transforman en impedimento para los patrones de intercambio externo exigidos por la continuidad de la industrialización. Las nuevas necesidades de capital, tecnología y *know-how* no pueden ser atendidas en el cuadro de las instituciones nacionalistas y proteccionistas. En este momento se evidencia la imposibilidad (o las dificultades) de un capitalismo nacional. En general, la crisis del modelo desarrollista "hacia adentro" (esto es, en modelos capitalistas) sobreviene simultáneamente a la crisis de la política de masas. En México, después del gobierno de Cárdenas (1934-1940), los nuevos gobernantes restablecen y desarrollan relaciones económicas de cooperación con los Estados Unidos. Renace, entonces, el modelo de desarrollo *dependiente*, que después se volverá política general de los Estados Unidos en América Latina. Uno de los puntos principales de la política de interdependencia es la asociación de capitales externos con capitales nativos. En Argentina, por su parte, después de los años de prosperidad (1933-52), la economía entra en crisis. La política de masas comienza a adquirir en seguidá tonalidades inesperadas y no deseadas por los propios liderazgos burgueses del peronismo. En 1955, un golpe de Estado pone fin a la experiencia del desarrollismo nacionalista. Al mismo tiempo, se establecen relaciones económicas y políticas de nuevo tipo con los Estados Unidos. En Brasil, los años de desarrollo económico acelerado terminan en 1962. En seguida, la política de masas comienza a perjudicar la hegemonía del propio Estado burgués, al cual se ligaba. El golpe de Estado de 1964 liquida simultáneamente las instituciones que habían protegido al desarrollismo nacionalista y al populismo.[24]

24 Ya se hicieron algunos estudios importantes sobre las limitaciones y ventajas de las estrategias de desarrollo económico experimentadas en los países de América Latina. A propósito, consultar: Alonso Aguilar Monteverde, *Teoría y política del*

Además, el éxito político de la revolución socialista en Cuba reveló nuevas perspectivas para la transformación de los movimientos de masa en lucha de clase. En un principio, la revolución comandada por Fidel Castro se proponía derrumbar la dictadura de Batista. Se proponía crear un gobierno democrático y reformista, de cuño popular. Más tarde, después de tomar el poder, avanzó más. De un lado, las presiones reaccionarias internas y externas se manifestaron de un modo vigoroso. Por otro, la propia revolución había creado las condiciones de su continuidad y profundización. Así, la transformación de un movimiento antidictatorial en una lucha por la liquidación del régimen capitalista pasó a ser la experiencia más avanzada de la izquierda revolucionaria en América Latina. En este cuadro de acontecimientos políticos, la demagogia populista latinoamericana está siendo sustituida por la práctica revolucionaria. En consecuencia, los cuadros burgueses del populismo pasaron a utilizar otro lenguaje. En muchos casos están ayudando a crear regímenes políticos de carácter fascista.

Este es el contexto histórico en que el imperialismo desempeña un papel dinámico. Dentro de los varios órdenes de problemas que explican la nueva configuración de

desarrollo latinoamericano. Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1967; Víctor Flores Olea, *Socialismo y política en América Latina,* op. cit.; Celso Furtado, *Subdesenvolvimento e Estagnaçao na América Latina.* Ed. Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1966; Comisión Económica para América Latina, *El proceso de industrialización en América Latina,* op. cit.; Denis Lambert, "Les 'faux découllages' et l'Amérique Latine", *Revue Tiers-Monde,* n. 30, París, 1967; Osvaldo Sunkel, "Política nacional de desarrollo y dependencia externa", *Estudios Internacionales,* n. 1, Santiago de Chile, 1967; Aníbal Pinto, *La distribución del ingreso en América Latina.* Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1967; André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina.* Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1970; Helio Jaguaribe, *Economic & Political Development.* Harvard University Press, Cambridge, 1968; Theotonio dos Santos, *El nuevo carácter de la dependencia.* Ed. Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1967.

la estructura de clases y las nuevas relaciones entre las clases, el imperialismo surge como un proceso político-económico muy importante. Al lado de los cambios ocurridos en la estructura social, así como las transformaciones ocurridas en las organizaciones y prácticas políticas, el imperialismo es el tercer elemento. Pero no es por eso menos importante.

Es obvio que la actuación del imperialismo no es homogénea ni unilineal. Las relaciones económicas, políticas y militares de los Estados Unidos con los países de América Latina varían tanto en sus intenciones y técnicas como en lo que dice respecto a reacciones nacionales. En líneas generales, puede hablarse de varias etapas de actuación imperialista: *Big Stick Policy, Política del Buen Vecino, Punto IV, Alianza para el Progreso.* Pero ésas son las fases más características y sus apariencias generales. En la práctica, las relaciones económicas, políticas, militares y culturales entre los Estados Unidos y la América Latina oscilaron, y oscilan bastante, según el "acaso" de las fuerzas que se hallan en confrontación. Las relaciones entre los Estados Unidos y México, por ejemplo, evolucionaron en escala y ritmo diferente a las relaciones entre aquel país y el Brasil. Esto también es válido para las otras naciones.

Sin embargo, en la evolución histórica de las relaciones entre los Estados Unidos y, tomados en conjunto, los países de América Latina, existe alguna regularidad sistemática. Por un lado, esas relaciones se desarrollaron según las exigencias del intercambio económico. Así en una fase inicial predomina el *comercio* de manufacturas con productos tropicales y materias primas. En seguida, o paralelamente (según el país), se realizan *inversiones* en empresas mineras y fábricas productoras de energía eléctrica. En una etapa posterior, los empresarios y el propio gobierno norteamericano comienzan a preconizar una política de *asociación de capitales.* Se trataba de participar de los beneficios del desarrollo industrial en curso en varios

países de América Latina. Esa política de asociación de capitales extranjeros y nativos comenzó a ser puesta en práctica después de las audaces nacionalizaciones ocurridas en México (1937-38), y también a causa de las medidas, inspiradas en el nacionalismo económico, tomadas en Argentina, Bolivia, Chile y Brasil. Esta política de asociación de capitales se reveló doblemente ventajosa: propicia cierta economía de capitales apoyada por los inversionistas, pues se combinaban (y se combinan) recursos norteamericanos (y también alemanes, japoneses, franceses, italianos, ingleses) con recursos locales: y permite conformar el nacionalismo político difuso en la opinión pública tanto como las barreras aduanales.

Ultimamente, en especial, a partir de 1961, cuando se realizó la Conferencia de Punta del Este, las relaciones entre los Estados Unidos y las naciones de América Latina comenzaron a ser orientadas hacia la *política de interdependencia,* en términos bilaterales y continentales. En esta etapa, el intercambio económico pasa a quedar determinado por las conveniencias e intereses de las corporaciones multinacionales.[25] En este sentido, las condiciones y posibilidades de cada país pasan a determinarse también por las conveniencias de la creación de un mercado común latinoamericano. Esto significa, por ejemplo, una tendencia a la consolidación y a la expansión de las hegemonías de México, Brasil y Argentina, sobre los varios grupos de otras naciones. Es claro que la hegemonía de esos países es subalterna, esto es, se halla determinada por las relaciones económicas, políticas y militares con los Estados Unidos.

Pero la sistematización revelada por la historia de las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina no se agota en este plano. Ha sido largamente determi-

25 En cuanto a este punto, consultar la bibliografía mencionada en la nota anterior.

nada por las razones de seguridad de aquel país. Sea la seguridad concebida en base a la geopolítica hemisférica, sea la seguridad concebida en el cuadro de la Guerra Fría, en los dos casos las razones estratégicas, políticas y económicas se interpenetran. En este sentido, la hegemonía norteamericana sobre los países de América Latina avanza y se profundiza, a partir de las fronteras (terrestres y marítimas) de los Estados Unidos. En general, las manifestaciones más violentas del imperialismo yanqui ocurren en los países más próximos a aquel país. Las pequeñas naciones (Nicaragua, Cuba, Puerto Rico, Guatemala, República Dominicana) no escaparon ni a las intervenciones armadas ni a las ocupaciones.

Sin embargo, el imperialismo aparece como un elemento crucial en el desarrollo de las relaciones entre las clases sociales en América Latina. En muchos aspectos parece que la actuación imperialista ejerce un papel dinámico en la radicalización de las contradicciones entre las clases sociales en los países dependientes. Probablemente no es casualidad que la primera nación socialista en América Latina surgiera precisamente en la región donde el imperialismo era más activo y agresivo. Además, la actuación imperialista ha sido apuntada como uno de los principales elementos de la eclosión de las revoluciones mexicana, boliviana y cubana.

> En los tres países, el "imperialismo", particularmente el "imperialismo" norteamericano, ha sido un elemento políticamente muy sensible. Antes de que se realizaran estas revoluciones, los Estados Unidos constituían un mercado de gran importancia para una variedad de productos mexicanos, para el azúcar cubano y el estaño de Bolivia. Además, las inversiones norteamericanas en el campo mexicano y cubano, en las industrias extractivas, en los servicios públicos y en las manufactureras causaban fricciones. La discriminación en favor de los residentes y turistas norteamericanos, y en contra de

los cubanos y mexicanos, exacerbaban las relaciones. En ambos países, el sentimiento antinorteamericano se arraigó firmemente desde la época de la guerra con México y de la Enmienda Platt. En Bolivia, numerosos observadores informados, fueron extremadamente críticos ante el absentismo de la mayoría de los propietarios norteamericanos y otros empresarios extranjeros, ante la onerosa salida de remesas al exterior, y ante la manipulación externa de la política doméstica por los propietarios de las minas.[26]

En suma, ése es el contexto histórico en que ocurren los nuevos avances de las masas revolucionarias en América Latina. Las transformaciones de la estructura economicosocial, así como los cambios ocurridos en las organizaciones y prácticas políticas, además de las varias manifestaciones del imperialismo, producen *la metamorfosis de la política de masas en lucha de clases.* En contraposición al internacionalismo de la burguesía, poco a poco se opone el internacionalismo del proletariado urbano y rural. Las naciones de América Latina han sido continentalizadas por los dos lados.

6. *Masas y clases sociales, nuevamente*

Es preciso distinguir, finalmente, dos niveles principales en el populismo como proceso político específico de una etapa histórica de América Latina. Si es verdad que el populismo es un movimiento totalizante (integrando grupos y clases sociales en la lucha por el poder y por el desarrollo), también es verdad que encierra contradicciones básicas. No es un movimiento homogéneo ni se desarrolla pacíficamente. Sus contradicciones internas resultan, en última instancia, del hecho de que en un plano se encuentra la burguesía industrial, al paso que en el otro

26 Cole Blasier, "Studies of Social Revolution: Origins in Mexico, Bolivia and Cuba", op. cit., pp. 36-37.

plano está el proletariado industrial. La alianza de clases, que es uno de los fundamentos de la política de masas también es una razón importante en el fenómeno de su colapso. El populismo de la burguesía no es exactamente el populismo de las masas asalariadas. Examinemos otra vez en detalle esta cuestión.

En primer lugar, se destaca *el populismo de los gobernantes,* de las cúspides del sistema político-administrativo, de los políticos profesionales de la burguesía, de los peleles, de los demagogos. Se trata del populismo de las élites burguesas y de los sectores privilegiados de la clase media. Ese es el populismo que manipula o instrumentaliza a las masas. Al lado de las consignas reformistas y de una política de bienestar social, preconiza la armonía de clases sociales. La lucha por el desarrollo económico, particularmente industrial, depende de la paz social; al menos de la armonía entre la burguesía industrial y el proletariado. Puede ser totalitario o democratizante, de acuerdo con las exigencias de las relaciones con el capital extranjero, las naciones más poderosas, la oligarquía o la burguesía agrario-comercial.

En su esencia, el populismo de las élites produce la formalización del mercado de la fuerza de trabajo. Libera a los trabajadores de los lazos patronales, patriarcales o comunitarios que impregnan las relaciones de producción en la sociedad agrario-pecuaria y en los segmentos socioeconómicos determinados tradicionalmente por el mercado externo. En este sentido, con la política de masas ocurre el último acto de disociación entre los trabajadores y los medios de producción, principalmente en el plano de la mentalidad de los trabajadores. Los procesos socioculturales que acompañan la resocialización del trabajador en el ambiente urbano-industrial reducen la importancia relativa del principio del *valor de uso* en beneficio del principio del *valor de cambio.* En especial, los mecanismos inherentes al consumo aceleran la adopción de principios de mercantilización por parte de los trabajadores. De este

modo, la política de bienestar social camina en armonía con el proceso de mercantilización de la fuerza de trabajo y de las relaciones sociales en general.

Paralelamente a la formalización de las relaciones de trabajo en el mercado de mano de obra, ocurre la *confiscación salarial.* La capacidad adquisitiva del salario apenas si se mantiene o cae, al menos para algunos sectores fabriles. El salario mínimo y la inflación se conjugan en la política de ahorro monetario forzada, comandada por la burguesía industrial. En principio, el salario mínimo se destina a proteger al trabajador de la pauperización. De hecho, es lo que ocurre en el plano general de las relaciones de producción. Al mismo tiempo, sin embargo, los límites establecidos por la política del salario mínimo crean las condiciones para que la inflación ejerza su papel de mecanismo de captación de una parte del salario de los trabajadores en general. Como mecanismo de confiscación salarial, la inflación precisa caminar a la par que el régimen del salario mínimo. Así, la burguesía industrial (que representa una de las etapas del populismo) provoca la realización de ahorros forzados que alimentan una parcela de las inversiones, industriales o no.

En el contexto de la política de masas, concebida y orientada por las élites burguesas, la clase obrera es inducida a luchas principalmente (o exclusivamente) contra los enemigos de sus enemigos. Este es uno de los aspectos políticos más importantes de las alianzas entre clases sociales conseguidas bajo los regímenes de Cárdenas, Perón, Goulart y otros. Gran parte de la izquierda reformista estuvo y continúa estando comprometida con esa política; preconiza la lucha de la clase obrera contra los enemigos de los enemigos de ésta. La lucha contra la oligarquía, la burguesía agrario-exportadora y el imperialismo, es presentada como la lucha principal, consumiendo la mayor parte de la movilización y de los recursos políticos del proletariado. Las ilusiones de consumo creciente, así como la movilidad social, apa-

gan o debilitan en la conciencia obrera las contradicciones entre proletarios y burgueses. Muchas cosas se confunden en sus mentes, en especial en las épocas de mayor éxito del populismo.

En situaciones críticas, sin embargo, las élites burguesas del populismo abandonan a las masas. Esto ocurre siempre que la tasa de desarrollo cae y se aproxima a cero, cuando los trabajadores avanzan bastante en sus reivindicaciones políticas. Fue lo que ocurrió en Argentina y en Brasil, por ejemplo, dando lugar a los golpes de Estado contra Perón (1955) y Goulart (1964). En las épocas críticas, las propias élites burguesas del populismo no admiten la continuidad de la política de masas. Es que en esas ocasiones la politización de las masas obreras se desarrolla de un modo bastante acelerado. Al lado de una organización política cada vez más vigorosa (cuando las confederaciones obreras asumen la preeminencia política en el escenario nacional) sobreviene una concientización acelerada sobre las dimensiones oscuras del poder populista. Por eso, los sectores burgueses de la política de masas prefieren apoyarse en otros grupos e instrumentos de poder. En las ocasiones de crisis las fuerzas armadas, el clero y el grueso de la clase media reaparecen como fuerzas políticas de estabilización. En los momentos críticos, el debilitamiento político y económico de la burguesía "nacional"[27] obliga a ésta a dividir el poder con los otros

27 El concepto de burguesía nacional ha sido bastante utilizado en los análisis y actividades de las izquierdas reformistas en América Latina. En especial fue y es fundamental en las interpretaciones y actuaciones de los partidos comunistas. Sin embargo, ese concepto no resulta del análisis científico de la situación económica y sociopolítica de las naciones latinoamericanas. Fue principalmente la situación colonial y de dependencia de los pueblos de Asia y Africa, la que inspiró la elaboración de esa categoría política. Cabe observar, también, que los partidos comunistas latinoamericanos nunca hicieron un esfuerzo sistemático en el sentido de criticar y reelaborar el concepto, teniendo en cuenta las condiciones históricas y las contradicciones reales de los

grupos sociales comprometidos con el orden capitalista. En estas circunstancias todos los grupos de la clase dominante y sus instrumentos apelan a los principios religiosos, a la sagrada familia, a la estabilidad institucional, a los principios de jerarquía y del orden, a la civilización occidental, etcétera. En toda situación realmente crítica, la burguesía "nacional" rompe los compromisos tácticos con el proletariado y algunos sectores de la clase media, en bien de sus razones estratégicas.

En segundo lugar, todavía se plantea *el populismo de las propias masas.* Este es desordenado en cuanto a técnicas de acción; es poco estructurado en cuanto a metas. Colocado entre los partidos y los sindicatos, se deja confundir por la burocracia administrativa. Es evidente que la burocratización acentuada de la vida sindical en la época del populismo fue dirigida por los liderazgos burgueses. En varios casos, como en Argentina, en Brasil y en México, esa burocratización vinculó todo el sistema sindical al aparato estatal. En muchos aspectos, el proletariado se dejó enredar en el *pelelismo* o *charrismo* y en la ilusión de participar del poder. Además, las participaciones de los sindicatos y confederaciones en la lucha por las reformas institucionales, así como en las campañas electorales, en general daban (y aún dan, como en México) la ilusión de un poder político; de hecho, ese poder es inexistente, o es bastante reducido.

El populismo de las masas se singulariza por el tipo de

países en América Latina. A propósito de los orígenes e interpretaciones soviéticas de la noción de burguesía nacional, consultar: Henri Jourdain y otros, "Sobre o Papel de Burguesia no Movimento de Libertaçao Nacional", en *Problemas de Paz e do Socialismo,* n. 7, Río de Janeiro, pp. 77-98; *Por la independencia nacional,* obra editada por la revista y editora Problemas de la Paz y Socialismo, Praga, 1962; Alexei Rumiantsev, organizador, *La estructura de la clase obrera.* Ed. Paz e Socialismo, Praga, 1963; Thomas Perry Thornton (Editor), *The Third World in Soviet Perspective* (Studies by Soviet Writers on the Developing Areas), Princeton University Press, Princeton, 1964, cap. V, VII y XIV.

conciencia social configurado en las condiciones creadas por el desarrollismo nacionalista. Pero más que esto, la conciencia obrera se encuentra profundamente impregnada de los valores y esquemas socioculturales inherentes a la resocialización del ambiente urbano-industrial. La propia participación en movimientos sindicales y políticos es una adquisición reciente de las masas asalariadas. En varios aspectos, la conciencia obrera está dominada por la conciencia de la movilidad social preconizada por el populismo de las élites burguesas. En un plano, la conciencia obrera se encamina en el sentido que determina la mercantilización de las relaciones de producción y de las relaciones sociales en general. En otro plano, la misma conciencia obrera está impregnada de áreas oscuras, de elementos mágico-religiosos, de apego a los valores y esquemas acumulados en experiencias preurbanas y preindustriales. Las masas populistas no soportan vivir todo el tiempo según las determinaciones del mercado. Se vuelven frecuentemente a las actividades religiosas y lúdicas producidas en las comunidades del mundo agrario. En la época de la política de masas, el proletariado se halla insertado en el proceso de secularización de la cultura. La secularización de su comportamiento y de su mentalidad produce efectos y exigencias muchas veces antagónicos.

Poco a poco, no obstante, el comportamiento político de los obreros se va organizando según las exigencias de la *situación obrera.* Las relaciones con la máquina y con los otros trabajadores, con el propietario de los medios de producción y con el mercado, producen una clarificación creciente de la actividad del obrero. Su existencia real, en el seno del proceso productivo, provoca y posibilita la creación de nuevos horizontes de su actuación y comprensión. Sin embargo, sea en su comportamiento efectivo, sea en su mentalidad, se combinan o se mezclan el presente y el pasado, el patrón y el empresario, los trabajadores y los administradores, los sindicatos y las aso-

ciaciones, los gobernantes y los gobernados, el partido y la Iglesia, el ejército y la nación, el orden politicosocial presente y las exigencias de progreso personal. La cultura de masas y la manipulación ideológica, por parte de las clases dominantes, están orientados en este sentido. Además, la propia política de alianza de clases, que fomenta el populismo, se vuelve en aquella dirección. Se combinan y se mezclan los planos. Así, la actuación práctica de las masas no corresponde a una conciencia política adecuada y consciente. Se manifiesta una contradicción más o menos profunda entre el modo de actuar y el pensamiento, especialmente en el plano colectivo. Por razones histórico-culturales y políticas, la visión del mundo de las masas permanece en un atraso relativo a su situación real, a su posición en el proceso productivo. Es en este sentido que las masas del populismo son *subalternas* o *subclases.* Conforme a las palabras de Antonio Gramsci, refiriéndose al hombre activo de las masas, dice lo siguiente:

> Es casi posible decir que tiene dos conciencias teóricas (o una conciencia contradictoria): una, implícita a su acción, y que realmente no une a todos sus colaboradores en la transformación práctica de la realidad; la otra, superficialmente explícita o verbal, que heredó del pasado y acogió sin crítica.[28]

En este plano se localiza la ambigüedad del populismo desde el punto de vista de las masas. A partir de la perspectiva de las propias masas, el populismo (cardenismo, getulismo, peronismo, ordriísmo, velasquismo, marinismo y otros) encierra una contradicción fatal. Esta contradicción se configura en la identificación de los liderazgos de los "tiempos de paz" o de la "normalidad" como lide-

28 Antonio Gramsci, *Concepcão Dialéctica da História,* trad. de Carlos Nelson Coutinho. Ed. Civilizacao Brasileira, Río de Janeiro, 1966, p. 20.

rasgos efectivos y permanentes. El error fundamental de las masas y de las izquierdas populistas es que aceptan y se conforman con los liderazgos, organizaciones e interpretaciones burguesas, en cualquier tiempo. En apariencia, la aceptación de estos elementos es táctica. De hecho, sin embargo, esos liderazgos, organizaciones y técnicas son aceptadas plena y exclusivamente.

En las épocas de crisis profunda, sin embargo, las ambigüedades de la situación de masas se revelan, o se toman más explícitas. Se revelan las contradicciones entre el modo de actuar y el modo de pensar. La visión del mundo, incoherente con respecto a la situación obrera en el modo de producción, tiende a aclararse. De inmediato, y de manera casi "chocante", las contradicciones se imponen a la mente de las masas, produciendo una nueva conciencia de la situación. En este instante se produce la verdadera conciencia política obrera. Según las palabras de Gramsci, al tratar el problema de la mentalidad y del comportamiento político de las masas subalternas:

> La conciencia de formar parte de una determinada fuerza hegemónica (esto es, la conciencia política) es la primera etapa de una ulterior y progresiva autoconciencia, en la cual teoría y práctica finalmente se unifican.[29]

En este contexto, los trabajadores comienzan a aceptar la práctica de la violencia como una práctica política extrema pero necesaria. Abandonan la pasividad optimista o el deslumbramiento subjetivo inherentes al populismo. Se encaminan hacia la práctica de la violencia revolucionaria, para hacer frente a la violencia de la enajenación. Fueron estas ocasiones cuando los obreros, campesinos y

29 Antonio Gramsci, op. cit., p. 21. Consúltese también: Eric J. Hobsbawn, "Para el estudio de las clases subalternas", *Pasado y presente*, año 1, n. 2-3, Buenos Aires, 1963, pp. 158-167.

estudiantes universitarios pidieron armas a Arbenz, Perón y Goulart. A la violencia reaccionaria o fascistoide querían oponer la resistencia popular. Pero esto no fue posible, ya que el populismo es intrínsecamente arrevolucionario. La verdad es que el populismo es antirrevolucionario, fenómeno que se manifiesta de modo claro en las épocas en que el poder burgués entra en crisis.

De hecho, en "tiempos normales" el populismo es arrevolucionario. Es esencialmente reformista, apoyado en la doctrina de la "paz social" o de la "armonía" de las clases sociales. En realidad, es un "frente único", una "alianza de clases" o un movimiento político "supraclases", combinando varias clases sociales alrededor de metas aparentemente congruentes. En este sentido, el progreso que puede alcanzarse depende de las reformas negociadas. En tiempos de crisis, sin embargo, el populismo revela su contenido antirrevolucionario. O mejor, se revela el contenido antirrevolucionario de su orientación ostensiblemente reformista. En épocas de crisis, las organizaciones, técnicas, liderazgos e ideologías populistas se revelan incapaces de transformarse en el sentido de la revolución. Pero, más que esto, se revelan antirrevolucionarias. En la mayor parte de los casos, los cuadros burgueses y de la clase media del populismo se componen con los otros grupos de clase dominante. Y se abandona a las masas. Exactamente en el momento en que *las masas se transforman en clases, como categorías políticas,* quedan apresadas en las redes de las organizaciones técnicas, liderazgos e ideologías del populismo.

Volvamos a los hechos. La verdad es que las transformaciones sociales y económicas ocurridas en la época más importante del populismo no resolvieron el problema de las masas. Tampoco concretizaron el ideal de un *capitalismo nacional,* como querían Cárdenas, Perón, Vargas y otros. El hecho es que varios procesos económicos y sociopolíticos continuaron alterando la situación real y las perspectivas de los trabajadores en general. Las migra-

ciones rurales-urbanas continuaron desarrollándose. En algunos casos se prosiguió la política de industrialización, aun con efectos limitados desde el punto de vista de la ampliación del mercado de fuerza de trabajo. En la mayoría de los países de América Latina, el Estado realizó esfuerzos crecientes en el sentido de crear y mantener "frentes de trabajo" para incorporar productivamente a las masas al ejército de reserva de los trabajadores. En conjunto, sin embargo, las contradicciones estructurales internas y externas se agudizaron. El propio desarrollo de esas contradicciones llevó al colapso al populismo como modelo político de desarrollo y emancipación. En consecuencia, se crearon condiciones nuevas para la resolución política de los problemas latinoamericanos. Surgieron nuevas condiciones revolucionarias de desarrollo economicosocial y político. Según afirma el historiador inglés Eric J. Hobsbawn, refiriéndose a la situación del proletariado agrícola e industrial en América Latina:

> El potencial explosivo del campo podría decrecer, debido a su rápida despoblación relativa, pero no sus posibilidades de ser una base para la acción guerrillera. El potencial explosivo de las ciudades disminuiría solamente si la industrialización de las repúblicas fuera capaz de proporcionar empleo al aumento de la migración, o si el empleo alternativo se hiciera aprovechable. Tampoco parece ser éste el caso.[30]

Este es el cuadro general de las relaciones de clase en las sociedades latinoamericanas actuales. Poco a poco se establece más abiertamente la contradicción proletariado-burguesía. Aun cuando el antagonismo sociedad nacional-

30 Eric J. Hobsbawn, "Peasants and Rural Migrants in Politics", publicado en la obra de Claudio Véliz (editor), *The Politics of Conformity in Latin America*. Oxford University Press, Londres, 1967, pp. 43-65; citado en p. 65.

economía dependiente continúe operando dinámicamente como contradicción importante, la verdad es que el proletariado urbano y rural se opone a la burguesía "nacional" e "internacional" en términos cada vez más políticos. En este sentido, el fin de la política de masas señala los inicios de una nueva época de abierta lucha de clases. Así como no parece viable el capitalismo nacional en América Latina, tampoco parece ser viable el camino pacífico para el socialismo. Los dos modelos están apoyados en la política de masas, que también se agota con ellos. En consecuencia, se instaura más abiertamente la lucha de clases. En un extremo se halla el proletariado industrial y agrícola, mientras que en el otro extremo se encuentran las burguesías nacional e internacional.

Imprenta Madero, S. A.
Avena 102, México 13, D.F.
15 VI-1973
Edición de 10 000 ejemplares
más sobrantes para reposición

Ante el creciente surgimiento de las reivindicaciones populares a lo largo de este siglo, y en ausencia de una clase obrera suficientemente autónoma y numerosa, se ha dado en América Latina una forma peculiar de gobierno burgués conocida con el nombre genérico de populismo. Ahora bien, ¿qué es el populismo, en qué circunstancias aparece, en qué medida coarta las aspiraciones populares, cuál es su punto límite? Existen análisis aislados del getulismo, el cardenismo, el peronismo, el aprismo, del fracaso de la revolución boliviana de 1952; el presente libro, en cambio, ofrece una investigación rigurosamente sociológica de las constantes que ligan a esos movimientos aparentemente tan diferentes. Los autores ubican a los diversos populismos en su contexto nacional, pasan luego a demostrar las semejanzas básicas entre los partidos policlasistas como el PRI, los apristas, los de tipo peronista, los reformistas militaristas y aun los revolucionarios sociales como el Movimiento 26 de Julio antes de que Cuba optara por el socialismo, es decir por la lucha de clases que el populismo soslaya bajo el lema de la paz civil.